

HANNAH HOWE

UN MISTERIO DE SAM SMITH

EL HONOR DE LA

FAMILIA

SERIE #1 EN AMAZON
Y SUPERVENTAS INTERNACIONAL

El honor de la familia
Hannah Howe

Traducido por Raquel Tejedor Alonso

“El honor de la familia”

Escrito por Hannah Howe

Copyright © 2019 Hannah Howe

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Raquel Tejedor Alonso

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[El honor de la familia \(Serie de Misterio de Sam Smith\)](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[El canto de Sam](#)

[Love and bullets *](#)

[The big chill *](#)

Ripper *

The hermit of Hisarya *

Secrets and lies *

Enlaces de Internet

Elogios a Hannah Howe y su serie de misterio de Sam Smith. |

La serie de novelas de misterio de Sam Smith de Hannah Howe está disponible en formato impreso, electrónico y audiolibro:

- *El canto de Sam*
- *Love and bullets* *
- *The big chill* *
- *Ripper* *
- *The hermit of Hisarya* *
- *Secrets and lies* *
- *El honor de la familia*

* En proceso de traducción

Para mi familia, con amor

Capítulo Uno

Una ligera brisa sopló a través de la ventana abierta desordenando los papeles de mi escritorio. Marlowe, el gato de mi oficina, estaba sentado en el alféizar pensando en si quedarse quieto o saltar. Me miró, maulló y luego se lamió meticulosamente las patas. Como era habitual, Marlowe tenía una oreja partida, legado de una pelea en el callejón. La arrogancia de sus andares sugería que portaba sus heridas con orgullo, como medallas de honor. Sin duda, Marlowe se sentía como en casa en el callejón en la parte más sórdida de la ciudad, muy parecido a una servidora.

Después de otro lametón y un momento de contemplación, Marlowe decidió saltar sobre mi escritorio, donde se enrolló como una bola ronroneante, listo para echar una siesta. Cerré la venta, me alisé las arrugas de los pantalones y me senté a la mesa, donde procedí a redactar un informe.

Me habían contratado para jugar a ser detective de tienda y descubrir por qué había zapatos que se iban «andando» de la tienda. Para gran irritación del dueño de la tienda, demostré que un veterano de guerra con un solo brazo había estado robando el calzado. El dueño estaba totalmente decidido a denunciar, pero después de mantener una prolongada charla y llegar a un acuerdo, hice que entrara en razón. El acuerdo se llevó el cincuenta por ciento de mi tarifa y mi dieta de gastos, pero lo consideré dinero bien invertido.

Con el informe terminado y Marlowe dormitando, me levanté y estiré las piernas. Por algún extraño motivo, sentí la necesidad de hacer el pino. Cuando era niña, era capaz de andar sobre las manos, lo cual divertía mucho a mis amigos. Así que como no me veía nadie, sucumbí a la necesidad y me puse cabeza abajo sobre las manos. Luego atravesé la habitación, con mi largo pelo cobrizo barriendo el suelo de vinilo y la cara poniéndoseme roja. Vaya, no estaba mal para alguien de treinta y cuatro años al que le han metido una bala en el hombro y unos cuantos golpes en el cuerpo y la cabeza.

Todavía seguía sobre las manos, pensando en hacer una voltereta lateral, cuando llamaron con energía en la puerta de la oficina. «Adelante», dije, y antes de que pudiera ponerme de pie, él ya había entrado en la oficina y me miraba con cierto grado de confusión.

—Así que aquí es donde, y como, ejerce su oficio —dijo Vincent Vanzetti.

Me puse de pie de un salto, me arreglé el pelo, sonreí y asentí.

—Compacto —dijo entre dientes mientras sus ojos color avellana recorrían la habitación—. No es mucho más grande que mi escritorio.

Me encogí de hombros. La oficina era pequeña, pero se ajustaba a mi presupuesto. Me senté y dije:

—¿Ha venido a ofrecerme su escritorio?

Vincent Vanzetti gruñó de nuevo. Se quedó de pie. De compleción media y con alrededor de metro ochenta de altura, Vanzetti tenía manos grandes y suaves con uñas cuidadosamente recortadas y pulidas. Llevaba un elegante maletín de cuero, negro, impoluto. Tenía el pelo gris y ondulado, peinado hacia atrás mostrando una frente alta, una barbilla firme, un bigote amenazador y una serie de lunares de color claro que caracterizaban su cara. Vanzetti iba vestido con un buen traje gris oscuro. La camisa era blanca y estaba immaculada, igual que la corbata, que estaba impecable y recta. Un alfiler de oro adornaba la corbata, a juego con el reloj de pulsera de oro y un anillo de sello también de oro. Vanzetti parecía un cruce entre un hombre de negocios y un mafioso, totalmente apropiado ya que él era una mezcla de ambos.

—¿Qué es eso? —Vanzetti frunció en ceño, con su mirada recelosa apuntando a Marlowe.

—Un gato vagabundo del callejón, que ahora es el gato de mi oficina.

—Una oficina no es un lugar para animales —dijo dando medio paso hacia atrás.

—¿Quiere decírselo a él? —pregunté, sabiendo que Marlowe no se echaría atrás por nadie, fuera cual fuera su reputación. Con una sonrisa en los labios añadí—: No es necesario tenerle miedo, es un gato, no es un león o un tigre.

—No tengo miedo —dijo el mafioso, a pesar de que ahora se encontraba más cerca de la puerta que de mi escritorio—. Solo es que no me gustan los gatos.

—A mí no me gustan los barcos —razoné—, pero cada vez que quiero hablar con usted me hace subir a bordo del *Esmeralda*.

Vanzetti se encogió de hombros, aceptando mi observación. Añadió:

—Están reparando el *Esmeralda*.

Asentí.

—Espero que lo recompongan pronto.

Nuestra charla había molestado a Marlowe, que arqueó la espalda, maulló y se estiró. Le echó a Vanzetti una mirada asesina de tipo «no te pases

conmigo» y

luego salto al alféizar, donde se frotó contra la ventana hasta que la abrí de nuevo y le dejé salir. Con un suspiro de alivio, Vanzetti se sentó frente a mi escritorio en la silla para clientes con armazón de mimbre.

—Sabe por qué es famosa esta calle, ¿verdad? —dijo mientras se echaba hacia atrás, poniéndose el maletín en el regazo—. Prostitución.

Asentí.

—Soy una sabueso profesional, Sr. Vanzetti. No se me han pasado por alto las actividades de mis vecinos.

Vanzetti se ajustó la corbata. Miró a la derecha, hacia un segundo escritorio, más pequeño.

—Su ayudante no está hoy con usted.

—Faye está de maniobras —dije, aunque no expliqué más. Mi colega, Faye Collister, estaba en el norte de Gales, recorriendo una serie de hoteles como huésped misteriosa. Los encargos de huésped misterioso son el pan de cada día, el tipo de tareas que pagan las facturas. Además, dónde estuviera Faye no era asunto de Vanzetti.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté, inclinándome hacia adelante, yendo al grano.

—Quiero contratarla.

Con un acto reflejo, me eché hacia atrás y levanté la mano derecha:

—Lo siento —dije.

A pesar de que teníamos una relación laboral cordial y bastante respeto el uno por el otro, no tenía interés en estar en la nómina de Vanzetti.

—Escúcheme —insistió—. Quiero contratarla para encontrar a mi hija desaparecida.

—¿Su nombre?

—Vittoria.

—¿Cuánto lleva desaparecida?

—Cinco días.

—¿Ha contactado con la policía?

Vanzetti alzó la mirada y se rio.

—¿Con mi historial?

—¿Ha buscado usted a su hija?

Él asintió.

—Mis hombres han estado buscando, sí.

—¿Ninguna suerte?

Vanzetti sacudió la cabeza. Mi miró con ojos entrecerrados y tristes. Su cara tenía una expresión que no había visto antes, con profundas arrugas de preocupación surcándole la frente.

—Ninguna suerte —dijo.

—¿Alguna idea de dónde puede estar?

—Ninguna en absoluto.

—¿Alguna idea de por qué se ha escapado?

—No.

—¿Se había escapado antes alguna vez?

Vanzetti sacudió la cabeza.

—¿Tiene usted una buena relación con su hija?

Dijo que sí con la cabeza.

—Sí.

Miré al ordenador, al salvapantallas, que era una foto de mi atractivo prometido, el Dr. Alan Storey. Alan era psicólogo, un miembro destacado de su profesión y, a veces, creo que le hacían falta todos sus años de entrenamiento y experiencia para aguantarme, para comprender las ideas que me pasaban por la cabeza. Años de abuso a manos de mi madre y mi exmarido me habían dejado algo más que cicatrices físicas.

Volviendo a asuntos más urgentes, a Vittoria Vanzetti, dije:

—Hay otros investigadores privados.

—Cierto —admitió Vanzetti—. Pero nadie en quien confíe. —Se inclinó hacia adelante, con la curva de su abdomen tocando mi escritorio—. Confío en usted. Mantiene su palabra. No se dedica a timar a la gente, no se dedica a joder al personal, no se dedica a engañar y eso es raro en este mundo. Olvídense de quién soy, de lo que piensa de mí. Le estoy pidiendo ayuda para mi hija, una mujer de veintidós años que puede estar en peligro.

Para ser sincera, me dieron pena Vanzetti y su hija. No obstante, era un mafioso, uno de los delincuentes más importantes del país a fin de cuentas. A pesar de todo su encanto sofisticado, era un hombre muy peligroso.

En contra de mi sensatez dije:

—Cobro...

—Cuadruplicaré su tarifa. Con una bonificación de una cantidad de cinco cifras cuando encuentre a mi hija.

Asentí. El dinero debería haber sido mi principal motivación, pero no lo era. El lenguaje corporal de Vanzetti me decía que tenía miedo por su hija, que

quizá estuviera en peligro. Y, a pesar de su historial familiar, no podía darle la espalda a eso.

—Necesitaré una foto —dije—, y una lista de contactos a los que entrevistar.

Vanzetti dio una palmadita a su maletín. Lo abrió, sacó el contenido y lo puso sobre mi mesa.

—Ya está listo, en este archivo.

—Es usted muy eficiente, Sr. Vanzetti.

Asintió con la cabeza.

—Dirijo un negocio eficiente. —Movié los papeles con los dedos, mostrando fotografías, mapas y múltiples copias de páginas escritas limpiamente a máquina—. Le sugiero que comience por mi exmujer, Catrin; mi mujer, Sherri, con i latina; y con el novio de Vittoria, V. J. Parks.

—¿El boxeador?

—Sí.

Observé la foto de Parks, un joven atractivo y duro agachado con una pose típica de boxeador: manos enguantadas en alto, mandíbula firme y mirada profunda al frente. La foto de Catrin sugería que también era una mujer dura, una mujer con la que mejor no tontear. Si se pusiera guantes y peleara tres asaltos con Parks, el boxeador acabaría ganando, pero sería después de un intenso combate.

—Aprecio sus sugerencias, Sr. Vanzetti, y empezaré con la gente que ha mencionado. Sin embargo, debe entender que desde el principio tendré que hacer las cosas a mi manera.

—Lo que sea. —Vanzetti movió una mano con desdén. Se alisó la chaqueta y luego miró arriba, hacia un punto sin importancia del techo.

—Y si encuentro a su hija y no quiere volver a casa, no la obligaré.

—Usted encuéntrela —dijo con tono enérgico, duro y seguro. Tenía la mirada fijada en mí—, y ella volverá con papá.

—¿Y qué hay de su rival? —pregunté—. Rudy Valentine. ¿Le ha molestado últimamente?

Sin ser intención suya, los labios de Vanzetti esbozaron una sonrisa.

—No más de lo habitual.

—¿Haría Rudy algo contra Vittoria?

Vanzetti pensó un momento. Juntó los dedos y luego los apoyó contra la barbilla.

—Rudy es poco de fiar. No me extrañaría.

—¿Dónde vive Vittoria normalmente? —pregunté.

—En casa, conmigo y con Sherri.

—Con i latina.

Vanzetti se encogió de hombros. Se echó para atrás, como avergonzado.

—Sí, insiste en eso.

—¿Vittoria se lleva bien con Sherri?

—Son más o menos de la misma edad —confesó Vanzetti—. Algunos de sus intereses coinciden.

Eché un vistazo a la foto de Sherri: una monada rubia de bote, con una figura increíblemente voluptuosa y piernas extremadamente largas. Tenía una sonrisa amplia y generosa, aun así un tanto vacía. Estaría impresionante en la portada de una revista, o como póster desplegable, pero su apariencia de inmadura cabeza hueca insinuaba un nivel de inteligencia básica. Por otro lado, a lo mejor yo estaba siendo mala, porque tenía que admitir que Sherri tenía mucho mejor aspecto que yo.

—¿Se ha casado con una mujer que tiene la edad de su hija? —dije mientras asentía al mirar la foto de Sherri.

—¿Algún problema con eso? —dijo Vanzetti entre dientes.

Freud se lo habría pasado bomba, pero Alan no compartía sus opiniones, así que sonreí y sacudí la cabeza.

—Echaré un vistazo, pero ¿y qué pasa si no puedo encontrar a Vittoria?

—Solo contrato a los mejores. Solo contrato a gente que cumple. La encontrará —dijo Vanzetti.

Más tarde, sola en la oficina, reflexioné sobre las palabras de Vanzetti antes de irse: ¿eran un voto de confianza o una amenaza velada? Vanzetti no hacía prisioneros. Su reputación le precedía. En esta ocasión, yo tendría que cumplir, o si no...

Fracasar no era un opción.

Capítulo Dos

Leí las notas de Vanzetti, que eran detalladas y listaban nombres, fechas y direcciones. Pero ninguna de las personas entrevistadas había visto a Vittoria recientemente o tenía idea alguna de dónde podría encontrarse.

La fotografía de Vittoria desprendía juventud y alegría. En la foto estaba sonriendo, mostrando su linaje italiano de piel oscura. La nariz romana, la barbilla firme y las mejillas con hoyuelos hablaban más de carácter que de gran belleza; mientras que sus ojos avellana, los ojos de su padre, insinuaban inteligencia.

Me eché hacia atrás en mi silla de cuero de imitación y estudié la fotografía. Pensé en las notas, escritas por los matones de Vanzetti. Las notas ofrecían pistas sobre el carácter de Vanzetti y su profunda preocupación por su hija. Sin embargo, no me acercaban más a Vittoria, así que decidí levantar el trasero y hablar con la madre, Catrin.

Catrin Vanzetti vivía en un edificio de diez pisos en primera línea de costa. Los apartamentos eran elegantes y lujosos, en una localización altamente apreciada; Cualesquiera que fueran las condiciones del acuerdo de divorcio de Catrin, el apartamento sugería que había conseguido llevarse un buen trozo del pastel.

Un ascensor me llevó al séptimo piso, al apartamento de Catrin. Llamé a la puerta, ignoré a un vecino cotilla y esperé a que Catrin contestara. Finalmente, la puerta se abrió dejando ver a una mujer de unos cuarenta y cinco años, con ojos oscuros e intensos, una cara decidida y un cuerpo que entraba ligeramente en la mediana edad. Tenía el pelo corto, rojo, y brillaba como un faro de advertencia. Tuve la sensación de que no mucha gente conseguía sacar lo mejor de Catrin Vanzetti.

—¿Señora Vanzetti? —pregunté—. Me llamo Sam, Sam Smith.

Catrin inclinó la cabeza.

—He estado esperándola. ¿La ha contratado Vince?

Asentí y luego me ajusté la correa del bolso.

—Adelante —dijo ella.

Con Catrin marcando el camino, me adentré en el apartamento, un lugar espacioso y diáfano. Las paredes y el techo eran de color beis, en armonía con

la lujosa moqueta marrón y las robustas sillas de color crema. Vi una mesa de café cuadrada de cristal, una televisión en la pared y una serie de vistosas esculturas altas. Había dos maniqués y una mesa de dibujo en el rincón más alejado de la habitación, colocados para sacar el mayor partido de la generosa luz que ofrecían los ventanales. Los maniqués estaban desnudos, a pesar de que coloridos bocetos de vestidos informales y de fiesta cubrían la mesa de dibujo.

—Un apartamento encantador —dije con una sonrisa.

—No tan encantador como la mansión de Vince —replicó Catrin torciendo el gesto.

—Le interesa la moda —dije, mirando la mesa de dibujo.

—Hago diseños. Tengo una *boutique*.

Asentí.

—Lo sé. En el centro de la ciudad.

Catrin me evaluó con los ojos entrecerrados, analizando mi atuendo con la mirada.

—Debería de pasarse alguna vez —concluyó—. A lo mejor podríamos buscarle un conjunto nuevo.

Estiré y aplasté la solapa de mi gabardina. Ciertamente, mi gabardina había visto

tiempos mejores y quizá era hora de renovar mi vestuario.

—¿Está intentando esconder su figura o algo? —preguntó Catrin—. Quítese el abrigo —exigió, y yo, tímidamente, cumplí su petición. Catrin puso mi gabardina sobre un maniquí y luego me evaluó de nuevo—. Chaqueta corta de cuero, blusa entallada, pantalones ajustados, pero que muy ajustados —sugirió—. Querida, tiene curvas, presuma de ellas.

Mi gabardina ofrecía cierto grado de anonimato, una ventaja en mi negocio, y ocultaba mi femineidad, la cual me parecía conveniente los primeros años de trabajo. Pero, la experiencia y la vida con Alan habían transformado mi manera de ver las cosas, así que, tal vez, era el momento de prestar atención al consejo de Catrin y expresar mis sentimientos íntimos a través de mi manera de vestir. Faye tenía buen ojo para la última moda; cuando volviera de Gales del Norte haríamos una sesión terapéutica de compras.

Abordando el motivo de mi visita, dije:

—Estoy buscando a su hija, Vittoria.

Catrin se acercó al mueble bar. Se echó tres dedos de *whisky* en un vaso y movió la botella en dirección mía. Yo sacudí la cabeza y ella le dio un sorbo al *whisky*.

—Vince me dijo que vendría.

—¿Así que ustedes dos siguen en contacto?

Después de asentir brevemente con la cabeza, Catrin se sentó en un amplio sillón de cuero. Dio un trago al *whisky*, cruzó las piernas y se quedó mirándome fijamente.

—Si llama hablar a dar gruñidos monosilábicos, sí. —Se estiró hacia la mesa de café a por un paquete de cigarrillos, el cual agitó para que saliera uno de los cinco cigarrillos que quedaban sueltos en la cajetilla—. Hablamos cuando Sherri nos deja meter baza.

—A usted no le gusta Sherri.

—Destruyó mi matrimonio, ¿usted qué cree?

—¿Y sus sentimientos hacia el Sr. Vanzetti?

—Al principio enfado. —Encendió el cigarrillo con un mechero de mármol, dándole a la rueda tres veces antes de conseguir una chispa—. Ahora ya he superado la ira.

—¿Todavía le quiere?

—Un hábito asqueroso —dijo moviendo el cigarrillo en mi dirección—. Lo dejé, pero volví a empezar después del divorcio.

—¿Todavía le quiere? —repetí.

—¿Usted qué es? —Catrin frunció el ceño—. ¿Consejera matrimonial?

Siguiendo la invitación de Catrin, me acomodé en otro sillón, apartando con el codo un cojín de cuero hacia un lado. Sin darme cuenta, me ajusté el anillo de compromiso.

—No exactamente —dije—. Pero a lo largo de mi trabajo, he hecho lo mío de asesoramiento matrimonial.

Catrin le dio un trago al *whisky*. Le dio una calada al cigarrillo. A través de una columna de humo acre dijo:

—Pasamos veinticinco años juntos, creamos una familia, construimos un negocio sólido. No se equivoque, yo puse a Vince donde está hoy en día. Todavía estaría vendiendo chaquetas de diseño falsificadas si no fuera por mí.

—Apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal. El gesto torcido de su cara sugería que estaba molesta consigo misma, exasperada por haber sucumbido al atractivo de la nicotina—. Es difícil pensar en todo eso y no sentir nada.

—¿Se lleva usted bien con Vittoria? —pregunté.

—Es mi hija. La quiero, ella me quiere.

—Pero después del divorcio decidió quedarse con su padre.

—Eso es porque yo soy la que se encarga de la disciplina y Vince es el blando. En los negocios, Vince es despiadado, pero en casa es un gatito.

Pensé en nuestra entrevista y en la reacción de Vanzetti hacia Marlowe.

—Tiene miedo a los gatos.

Catrin vació el vaso, haciendo una mueca cuando la malta le llegó al fondo de la garganta.

—Es la única cosa a la que Vince le tiene miedo, créame.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar Vittoria?

Catrin se quedó mirando el vaso vacío. Se paró a pensar y su expresión de sufrimiento revelaba que estaba luchando consigo misma; luchando contra un demonio interno: la necesidad de más *whisky* medicinal.

—Ninguna —dijo—. No tengo ni idea de dónde podría estar Vittoria. Hemos buscado en todos los sitios obvios.

—A veces es cuestión de hacerlo en el momento justo, cuestión de suerte.

Dejó el vaso vacío sobre la mesa de café y le dio la espalda al mueble bar y al *whisky*. Estaba bajo mucho estrés, tensa y ansiosa. De todos modos, era fuerte; libraría su propia batalla y no dependería de ayudas alcohólicas.

—¿Quiere decir que a lo mejor hemos mirado cuando Vittoria no estaba allí y que ahora podría estar allí?

—Algo así. —Asentí—. ¿Podría conseguir una lista de los lugares obvios?

—Claro —dijo Catrin—. Espere un momento, le escribiré una.

Fue andando hasta la mesa de dibujo donde garabateó una lista antes de dármele. Estudié la letra grande y ovalada, reconociendo nombres y sitios familiares registrados en las notas originales de Vanzetti. Los comprobaría, con más esperanza que expectativas.

Después de doblar el papel y meterlo en mi bolso, pregunté:

—¿Tiene alguna idea de por qué se ha escapado Vittoria?

—No se me ocurre ninguna —contestó Catrin moviendo la cabeza con tristeza.

—Cuando tiene un problema, ¿con quién habla?

Catrin se quedó mirando fijamente las esculturas ricamente decoradas; eran negras y muy altas, como dos cuerpos surrealistas con los brazos estirados intentando llegar al techo.

—Vittoria tiende a solucionar las cosas por sí misma. Está estudiando para ser psicóloga infantil en la universidad a distancia. —Yo levanté una ceja con

curiosidad y Catrin sacudió la cabeza—. Lo sé —dijo—. No sé de dónde le viene. Ni a Vince ni a mí nos interesa ningún tipo de palabrería de psicólogos.

—Vittoria es una pensadora profunda —dije.

—Puede serlo.

—¿Es una persona sensible?

—Es una Vanzetti. —Catrin torció el gesto, mostrando una característica de la familia—. Eduqué a Vittoria de la manera adecuada, no es una blandengue.

Me levanté y cogí el bolso. Luego recogí la gabardina del maniquí y me la puse sobre un brazo. Era un día primaveral luminoso y cálido; la suave brisa se había llevado las nubes de lluvia. No me haría falta el abrigo aquella tarde.

—Gracias, Sra. Vanzetti. Estaré en contacto.

Catrin Vanzetti me acompañó a la salida principal. En la puerta, se detuvo y dijo:

—Sé lo que está pensando. Está pensando que soy una bruja fría, dura como una piedra. Pero soy madre en primer y último lugar, ante todo. Encuentre a Vittoria por mí. Encuéntrela pronto. No puedo soportarlo, me estoy volviendo loca.

Capítulo Tres

Fui paseando a lo largo de la orilla desde el apartamento de Catrin, disfrutando de la vista y ordenando mis ideas. A pesar de que los matones de Vanzetti no habían sacado nada en limpio, visitaría los sitios que había listados en las notas del mafioso. Primero, hice una llamada al principal rival de Vanzetti, Rudy Valentine. Le pedí que nos reuniéramos y Valentine aceptó cortésmente. Yo no tenía ni idea de por qué Vanzetti y Valentine eran tan amables conmigo. Al parecer, les gustaba y confiaban en mí, y respetaban la manera en la que llevo los negocios. Idealmente, a todos nos gustaría tener amigos influyentes, pero si no puedes tenerlos, la gente que controla las cloacas es probablemente la siguiente mejor apuesta.

Entretanto, recorrí la ciudad: visité a tres amigas de Vittoria, un gimnasio que frecuentaba, un club nocturno al que a ella y a V. J. Parks les gustaba ir, a un grupo de música aficionado que estaba ensayando —al parecer ella era fan—, una joyería preferida y una playa por la que solía caminar cuando buscaba momentos de refugio. Nadie había visto a Vittoria en cinco días; nadie tenía ni idea de dónde podía estar; nadie me ofreció una idea definitiva de su estado de ánimo actual.

Al día siguiente, sábado, conduje hasta el centro de Cardiff, a Pontcanna Fields, un agradable oasis verde enclavado al lado del río Taff. Allí me iba a ver con Rudy Valentine.

Pontcanna Fields contiene varios campos de críquet, cuadrados cuidadosamente segados dentro de un amplio círculo de césped. Desde el aire, aquellos cuadrados y círculos parecían cicatrices infligidas por extraterrestres de visita con su nave. Sin embargo, cuando llegué justo después del mediodía, no vi ningún extraterrestre, solo algunos jugadores: hombres con camisas blancas y pantalones de color crema preparándose para un partido de críquet.

Durante un rato observé a los jugadores practicando, observé mientras golpeaban el corcho y las pelotas de cuero con sus bates rectos de madera de sauce. Recibían, y lanzaban, tiros en el campo, con los dedos envueltos alrededor de la prominente costura de la pelota de críquet, impartiendo en ella una velocidad de giro que hipnotizaba. Críquet, un juego hecho para el verano

y el sol, para aquellos con horas y horas que matar; críquet, discutiblemente, la pérdida de tiempo más interesante creada por el hombre hasta hoy.

Los jugadores estaban colocando los palos en el cuadrado —si los extraterrestres vieran aquello, jurarían que era una ceremonia religiosa— cuando Rudy Valentine apareció. Uno de sus matones, Slick Stephens, el encargado del club nocturno The Stag, acompañaba a Valentine.

Valentine y Slick formaban una extraña pareja. El primero era alto, delgado, cubierto con joyas de oro: una cadena al cuello, una pulsera y varios anillos. Tenía alrededor de sesenta y cinco años y caminaba ligeramente encorvado. Valentine tenía una atractiva cara de ébano, rasgos nobles, la cabeza calva y una mandíbula fuerte. Sus ojos llorosos a veces parecían cansados, no obstante, la naturaleza los había bendecido con un toque de compasión.

Por el contrario, Slick Stephens tenía cincuenta y pocos años. Era un hombre bajo de cerca de un metro setenta de altura, con pelo oscuro y ralo, peinado hacia atrás con gomina, ojos oscuros y complexión pálida. Con la dentadura superior prominente, manchada por el tabaco, y una cara chupada que le caracterizaba. Un traje con una raya blanca ancha colgaba de su escuálido cuerpo, a la vez que un sombrero de copa baja pendía de un dedo torcido de su mano derecha.

Stephens se colocó enfrente de mí, se puso el sombrero en la cabeza y dijo:

—Vaya, mira quién está aquí, es la parlanchina... Preguntas, preguntas, preguntas... Diez minutos con ella y empiezan a arderte las orejas. Y cuando le respondes, tiene más preguntas. Yo creo que habla en sueños, seguro. Me parece que nunca tuvo una muñeca cuando era niña. Creo que a su novio le da dolor de oídos y no mucho más; las delgadas son así, ¿no le parece? Es a las rellenitas a las que le gusta ponerse al tema, ya me entiende. Es capaz de hablar por los codos, capaz. Tiene un pedazo de boca. Sí, sí, una vez que empieza, no se calla nunca. Habla y habla y habla. Lo que yo le diga...

Pacientemente, despacio, Valentine levantó la mano izquierda, pidiendo silencio. Con aspecto de haberse ofendido un poco, Stephens me dio la espalda. Con dedos esqueléticos, se colocó la entrepierna y luego miró hacia los jugadores de críquet según iban hacia el campo.

Mientras los jugadores aplaudían a los bateadores que entraban, le dije a Valentine:

—Gracias por reunirse conmigo.

Valentine se inclinó educadamente. Sonrió.

—Un placer, señora mía.

—Estoy trabajando para Vincent Vanzetti.

Valentine asintió, lentamente. Era una característica de aquel hombre: ejecutaba cada acción sin prisa, tomándose su tiempo.

—Es una suerte para el Sr. Vanzetti —dijo.

—La verdad es que no... Su hija ha desaparecido.

—Ajá. Algo he oído.

—¿Alguna idea de dónde puede estar?

La mirada de Valentine se fue hacia el campo de críquet. Allí, el lanzador corrió para lanzar, con los brazos y las piernas bombeando. Hizo girar el brazo y lanzó la bola hacia el bateador que la vio pasar hasta llegar a los guantes del guardapalos. Algunos de los jugadores aplaudieron mientras el lanzador rascaba los puntos de apoyo con sus botas tachonadas. Mientras tanto, el bateador daba golpecitos sobre una marca imaginaria con la punta del bate. Luego el lanzador volvió a su marca y el ritual comenzó de nuevo.

—Lo siento, señora mía —dijo Valentine, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo—. No sé nada de la desaparición de Vittoria Vanzetti. ¿Usted cree que tuve algo que ver con su secuestro?

—¿Quién ha dicho que la hayan secuestrado? —pregunté bruscamente.

—Lo he dado por hecho. —Valentine se encogió de hombros—. La hija de un hombre rico que tiene muchos enemigos... La hija de un hombre rico que aborrece a la policía... Madura para una recompensa, un rescate valioso.

—Nadie ha pedido un rescate.

—Entonces a lo mejor ha huido de Vanzetti. La respetaría si lo hubiera hecho.

Desde el campo de críquet alguien gritó: «¿En serio?», y me gire de manera instintiva. Miré hacia el árbitro y su mano derecha. Pero el árbitro no movió la mano, no levantó el dedo de la perdición. El bateador se había salvado.

—Si Vittoria se ha escapado —pregunté—, ¿tiene alguna idea de dónde podría estar?

Valentine sacudió la cabeza, lentamente.

—No conozco a la chica.

—Pero sus clubes nocturnos son un hervidero de cotilleos.

Nos detuvimos mientras el lanzador corría de nuevo, mientras el bateador movía el bate, mientras la pelota de críquet se precipitaba hacia el límite. El

bateador mantuvo la pose, con la rodilla izquierda ligeramente doblada, como si estuviera contento consigo mismo, mientras el lanzador daba patadas al suelo furioso.

—Slick —ordenó Rudy Valentine y el repulsivo encargado del club nocturno se dio la vuelta para prestarme toda su atención.

—Algo he oído —dijo Slick—. Alguien dijo que Vittoria pasaba el tiempo con Grant Osborne. Ni idea de si es cierto o falso. Ya sabe como son las cosas en nuestro negocio, Sr. Valentine. La gente ofrece información a ver si saca algo de pasta rápido; no hay manera de saber si venden mentiras o la verdad. —Paró un momento para echarme una mirada lujuriosa—. A lo mejor le gustaría pasarse por el club, hacer una audición. Debe de tener unos treinta y pico años, así que es algo vieja pero está bien de figura. Atraería a los adolescentes que buscan a las de tipo madre.

Por si acaso, Slick me regaló una sonrisa cadavérica, una especial de *Halloween*, lo que me dejó pensando en si debería de haberme dejado la gabardina puesta después de todo.

Ignorando a Slick, me giré hacia Valentine y pregunté:

—¿Quién es Osborne?

Valentine sacó la mano del bolsillo. Se examinó las uñas. Tenía los dedos largos y finos, con un notable callo en el dedo anular de la mano derecha.

—Grant Osborne no es un hombre muy agradable. Preferiría dejarlo así.

—¿Dónde podría encontrar a Grant Osborne?

—Vive en una vieja granja, Green Meadow, en el valle de Glamorgan, fuera de Llancarfan.

—Lo conozco —dije.

—Y tiene una oficina en la plaza Lloyd George, cerca del club Literal.

Archivé las direcciones en mi cabeza y le di las gracias a Rudy Valentine.

—Le agradezco su tiempo. Y aprecio la información.

—Ya le dije que hablaba mucho, ¿eh? —dijo Slick mientras seguía a su jefe que se alejaba del campo de críquet—. Ya le digo que...

Mientras Slick se reía, dirigí la mirada hacia los jugadores de críquet. El lanzador corrió para lanzar, el bateador movió el bate, falló y la pelota de críquet golpeó los palos. El bateador se fue andando con el bate debajo del brazo. Se arrancó los guantes enfurecido. Mientras tanto, el lanzador agitaba los brazos y gritaba de alegría. Luego, el resto de los jugadores se acercaron corriendo a él. Algunos abrazaron al lanzador y chocaron los cinco. Éxito o

fracaso, gloria o decepción, suerte o desgracia, quién sabe lo qué saldrá al tirar los dados.

Capítulo Cuatro

La crónica Gwentian de Caradoc de Llancarfan afirma que en el 893 d. C. los vikingos quemaron y saquearon Llancarfan. Sin embargo, algunos historiadores desestiman la crónica como una serie de divagaciones fantasiosas. Eso es lo maravilloso de la historia: puedes escoger los trozos que encajan en tu teoría y desechar el resto.

Los vikingos brillaban por su ausencia cuando, más tarde aquel día, conduje hasta la granja Green Meadow en las afueras de Llancarfan. Atravesé un mosaico de verdes campos hasta llegar a la granja aislada en medio de la nada. La casa era grande y sólida con paredes de piedra gris, tejado cubierto con tejas grises y dos chimeneas de ladrillo rojo. Tenía dos alturas y la fachada contenía cinco ventanas grandes y un porche prominente. La hiedra reptaba por uno de los laterales del edificio mientras que varios árboles ofrecían sombra. Los árboles eran coloridos, con abundantes anémonas blancas y rosas.

Un camino largo llevaba directamente hasta el porche. Varios campos rodeaban la casa y en uno de ellos vi a una mujer con un caballo. La mujer tenía cuarenta y pocos años. De estatura media, tenía pelo largo, oscuro y sedoso —casi tan largo como el mío—, ojos oscuros y almendrados, piel color aceituna y cara ovalada. Su figura era voluptuosa y emanaba sensualidad. Por otro lado, el caballo era marrón con patas largas y delgadas. Como resulta obvio, no sé casi nada sobre caballos. Le echo la culpa a *Azabache*. Leí ese libro cuando era niña y me puso triste, me quitó el gusto por los caballos. Aun así, son elegantes animales que observar, nobles bestias. Ahora que lo pienso, sí que me monté en un burro una vez, en una playa de Porthcawl. A día de hoy, todavía puedo ver el sol brillando sobre el mar, escuchar los graznidos de las gaviotas y saborear la arena en los sándwiches empapados de tomate. Pero estoy divagando.

Fui hasta una barrera con cinco listones y observé como la mujer montaba al caballo alrededor del campo, con el pelo sedoso ondeando y la cara mostrando placer evidente a raudales.

Caballo y jinete completaron un circuito más en el campo. Luego la mujer me vio. Desmontó, llevó al caballo a los establos y volvió a mirar en

dirección mía. No podría decir si lo hizo molesta o con curiosidad, pero vino andando hacia mí.

—Estoy buscando a Grant Osborne —dije cuando la mujer se aproximaba a la barrera.

—¿Quién es usted? —Frunció el ceño. Llevaba vaqueros y un jersey sencillo de lana. Los vaqueros eran ajustados y estaban salpicados de barro, embadurnados por las pezuñas del caballo al patear el suelo blando.

—Me llamo Sam. Sam Smith. Soy investigadora privada. Me han contratado para encontrar a una persona desaparecida.

Volvió a fruncir el ceño y apretó sus gruesos labios.

—Mi marido no está desaparecido.

—¿Es la Sra. Osborne?

—Maya —dijo, mostrando una sonrisa automática.

—¿Y aquel es su caballo? —Miré hacia los establos.

—Folio. Bonito, ¿verdad?

—Sí que lo es —admití.

—¿Usted monta? —preguntó con entusiasmo y mucho interés. Me di cuenta de que Maya Osborne no recibía muchas visitas y que agradecía mi compañía.

—En bicicleta, sí —sonreí—. Caballos, no.

—Adoro los caballos —dijo Maya con emoción infantil—. Adoro montar.

Eché un vistazo hacia la casa y vi un Range Rover, cubierto de barro seco. Obviamente, el vehículo había visto cantidad de acción en los campos y los caminos de la zona. No obstante, la ausencia de barro fresco sugería que ni Maya ni Osborne lo habían conducido recientemente.

—¿Su marido está en casa? —pregunté.

—Está fuera —contestó Maya, siguiendo mi mirada hacia el Range Rover—. Por negocios.

—¿Su marido es un hombre de negocios?

—Finanzas. —Sonrió.

—¿Suele estar fuera?

—Sí.

—¿Por negocios?

Maya se detuvo. Me miró torciendo el gesto. Después de un silencio pensativo, replicó:

—Sí.

—¿Y por placer?

Una pausa más larga. Un gesto aún más torcido. Luego:

—Va de vacaciones, sí.

—¿Con usted?

—A veces. —Una expresión de sospecha reemplazó la sonrisa tímida. Me echó una mirada comedida, se giró, quedándose de perfil—. ¿Qué insinúa? —preguntó, con tono cauteloso, de recelo.

—Nada —insistí—. Solo me interesa encontrar a una mujer joven. Creo que puede estar en peligro.

Mientras Maya pensaba lo que acababa de decir, me cayó una gota en la cabeza, seguida de otra. La lluvia haría, sin duda, que los jugadores de críquet se fueran del campo. El chaparrón también me brindó la oportunidad de conocer más cosas sobre Maya.

Dije:

—Tengo mucho interés en encontrar a esta mujer. ¿Podemos hablar dentro? No quiero que se moje.

Una persona con algo que ocultar me hubiera dicho que me largara. Pero, noté que Maya se sentía sola, y estaba contenta por tener alguien con quien hablar.

—Vale —dijo con prudencia—. Podemos hablar dentro.

Seguí a Maya a través del campo, hacia la parte trasera de la casa. Allí, entramos en el edificio atravesando unos ventanales; una reforma reciente a juzgar por el enyesado fresco.

Dentro de la granja, vi una foto de Maya vestida de novia de pie al lado de Grant Osborne. Al menos, di por hecho que el novio era Osborne. Otra foto mostraba una Maya más joven, junto a un hombre fornido vestido con uniforme de *rugby*. El hombre, quizá su padre, tenía una sonrisa alegre, una sonrisa importada de alguna isla del Mar del Sur.

Mis fisgones ojos también notaron una librería pequeña repleta de libros de romance, junto a varios DVD de meditación. Encima reposaba una escultura hecha a mano a partir de una parra.

—¿Esto lo hizo usted? —pregunté, refiriéndome a la escultura.

—Sí. Corto trozos de parra de los arbustos, les quito la corteza, los barnizo y los monto.

—Queda muy vistoso.

Maya se inclinó y me ofreció una sonrisa educada.

Asentí hacia la foto de boda.

—¿Su marido?

—Sí.

—¿Cómo le conoció?

—En una presentación, del equipo de *rugby* de mi padre. —Maya miró la foto de su padre—. Fue hace quince años, aunque parece que fue ayer.

—¿Lleva casada quince años?

Dijo que sí con la cabeza.

—Nos casamos poco después de conocernos. Dos meses después de conocernos.

—La persona que estoy buscando —dije—, Vittoria Vanzetti, ¿conoce a su marido?

Maya frunció el ceño. Volvía a estar a la defensiva.

—No conozco a nadie que se llame Vittoria.

—¿Su marido la conoce?

—No lo sé —contestó automáticamente.

—He oído que, tal vez, Vittoria esté con su marido.

Dándome la espalda, Maya se giró y miró a través de los ventanales; tenía la espalda recta como un clavo, firme por la tensión.

—¿Está sugiriendo que mi marido tiene aventuras?

—¿Las tiene? —pregunté.

Despacio, se dio la vuelta y me miró. Con la voz queda dijo:

—A veces tiene aventuras.

—¿Y tiene estas aventuras cuando sale de viaje de negocios?

—A veces —dijo con la misma voz queda.

—¿Dónde ha ido su marido en esta ocasión?

—América. Boston.

—¿Cuándo espera que vuelva?

—Pronto. Me llamará para decírmelo.

—¿Usted no tiene problema con eso? ¿Con que su marido se lleve a mujeres a los viajes de negocios?

Maya se encogió de hombros, un gesto de derrota o indiferencia.

—Es mi marido. Mi obligación es ser leal, seguir a su lado.

—¿Aunque su conducta le disguste?

—Es mi marido —repitió—. Hago lo que una buena esposa tiene que hacer.

—¿Es usted una buena esposa con todos los aspectos de la vida de su marido?

Asintió.

—Lo intento.

Me quedé mirando la escultura de parra. Al igual que las nubes, la forma podía acomodarse a la imaginación de cada uno. En mi cabeza, veía a dos personas fundidas en un cariñoso abrazo. A lo mejor era cosa de mi imaginación, quizá la imagen surgía de nuestra conversación. Entonces, si Osborne tenía una serie de amantes, yo tenía razón sobre Maya: se sentía sola. Pero, ¿dónde dejaba aquello a Vittoria? ¿En Boston con Osborne?

Le hice aquella pregunta a Maya.

—¿Podría Vittoria estar con su marido?

—No lo sé. No creo.

—¿Por qué no lo cree?

—Porque... porque... Creo que esta vez está Gemma con él.

—¿Conoce a Gemma?

Maya miró al suelo, de los muy pulidos listones de madera a una alfombra de colores vivos, luego a las borlas de sus sencillos zapatos.

—Conozco a Gemma solo de nombre.

—¿Me llamará? —pregunté—. ¿Cuándo vuelva su marido?

Le ofrecí mi tarjeta a Maya que la aceptó con dedos reticentes.

—¿Va a darle problemas a mi marido? —preguntó Maya, con sus ojos oscuros estudiando los detalles de mi tarjeta.

—Estoy buscando a Vittoria Vanzetti. No quiero crearle problemas a nadie.

Maya continuó estudiando la tarjeta. Luego la deslizó debajo de la escultura de parra.

—La llamaré —dijo—. Cuando mi marido vuelva.

Le di las gracias. Luego miré por los ventanales hacia los campos, hacia los establos, hacia el cielo, otra vez azul.

—Ha dejado de llover —dije.

Maya miró hacia el cielo y arrugó la frente. Suspiró y luego dijo:

—Siempre está lloviendo en alguna parte del mundo.

Capítulo Cinco

Mi prometido, el Dr. Alan Storey, vivía en St. Fagans, en las afueras de Cardiff, en una casa señorial restaurada del s. XVI. La casa era lujosa sin ser ostentosa y los alrededores —una zona de bosque intacta y campos verdes ondulantes— eran como un paraíso. Allí me sentía como en casa. El edificio, y Alan, me ayudaban a relajarme. Y podría ser la señora de aquellos dominios. Todo lo que tenía que hacer era decir «sí». Aun así, vacilaba, mis pensamientos estaban nublados por el pasado, por las preocupaciones del presente y por las dudas sobre el futuro. Por naturaleza pienso de manera enrevesada; soy capaz de ver las cosas desde distintos puntos de vista y eso era una ventaja en mi trabajo. Sin embargo, pensar de manera intrincada no lleva a una relación armoniosa y, muy a menudo, me acababa enredando yo misma.

Alan era un cocinero excelente y para cenar había preparado un plato búlgaro: una versión vegetariana del *sarmi* —zanahorias, cebollas, arroz envuelto en hojas de parra condimentado con un toque de pimentón, eneldo, perejil y ajo— todo acompañado con una botella de vino búlgaro suministrada por sus amigos Petar y Pavlina.

Mientras me estaba comiendo el *sarmi*, pregunté:

—¿Cómo está Alis?

—Bien —de manera automática Alan miró a su izquierda, hacia un aparador donde había una foto de su hija adolescente—. Disfrutando de sus aventuras de vacaciones. Hoy ha estado practicando espeleología.

—¿Y no te importa?

Alan se quedó quieto, sin lugar a dudas rememorando el trágico momento, el doloroso suceso de cuando perdió a su mujer en un accidente de escalada. Después de mirar su copa de vino, preguntó:

—¿Por lo que le pasó a Elin?

Asentí.

Dio un sorbo al vino y luego se encogió de hombros con filosofía.

—Tenemos genes aventureros en la familia; supongo que por eso me siento atraído por ti. Cuando era joven, solo me interesaban los pasatiempos arriesgados: escalada, espeleología, *rugby*... Después de que Elin muriera,

tuve que restringirme, por el bien de Alis, pero a veces todavía me entran ganas de hacer cosas peligrosas.

—Y permites que Alis responda a sus necesidades de aventura.

—Todo forma parte de hacerse mayor. Sinceramente, preferiría que se quedara en casa conmigo, pero es bueno, beneficioso para ella, darle tanta libertad como sea posible.

Después de nuestra satisfactoria cena, nos pusimos a jugar al ajedrez. Alan me había enseñado lo básico sobre el ajedrez y yo había reforzado tales conocimientos estudiando las partidas de los grandes maestros y leyendo libros sobre ajedrez. Alan siempre ganaba nuestros encuentros competitivos. De todos modos, las partidas eran cada vez más largas y me estaba acercando a conseguir derrocar su rey.

—Bueno, ¿y en qué estás trabajando? —preguntó Alan mientras movía su reina para amenazar mi torre.

—Shhh. Estoy concentrada. —Debía proteger mi torre, ¿me retiraba o avanzaba? Era una elección difícil, una situación delicada.

—Hacer varias cosas a la vez... Creía que a la mente femenina se le daba bien.

Miré hacia arriba y arrugué la frente. Los trucos de Alan para ganar habían destruido mi concentración. Tendría que rebobinar y comenzar los cálculos de nuevo.

—¿Spassky le hablaba a Fischer cuando jugaban? —me quejé.

—Yo no soy Spassky. —Alan sonrió—, y tú no eres Fischer, gracias a Dios.

—Era un genio —dije—. Avanzaría y atacaría. Me encontraba en una posición de poder. Estaba ganando la partida.

—En el ajedrez, sí —coincidió Alan—. Lejos del tablero..., algunas veces, muchas veces, aquellos con talentos pagan un terrible precio por ellos.

Hice mi jugada y Alan respondió instantáneamente, alejando su rey de cualquier peligro.

—De todos modos —dije—, yo no hago varias cosas al mismo tiempo..., esta fémica se concentra en una sola cosa cada vez.

Alan sonrió. Miró hacia el dormitorio.

—Ya te digo. Desde luego que te concentras en lo que haces en cada momento, como pueden atestiguar los arañazos de mi espalda.

Fruncí el ceño, me sonrojé y me quejé:

—Estás intentando que pierda la concentración en el juego. Y lo estás consiguiendo.

Mover mi reina para atacar o capturar su caballo con mi alfil, ¿cómo iba a ser capaz de decidir con visiones eróticas llenándome la cabeza?

—Jaque —dijo Alan sacrificando un alfil como respuesta al movimiento de mi reina.

Tenía que ir a por su alfil o me haría jaque mate. Pero, ¿y luego qué? Mover mi alfil, mi reina, un peón..., las opciones se volvían borrosas al competir contra los pensamientos de delicias carnales. Aquello no era justo, era guerra psicológica, no una partida amistosa de ajedrez.

—Has dejado tu alfil *en prise* —dije después de que hiciéramos unos cuantos movimientos.

Alan simplemente me sonrió primero a mí y luego al tablero.

—Si quieres mi opinión profesional, ese alfil no es lo único que está *en prise* en esta habitación.

Volví a sonrojarme y me revolví en el asiento. Aquello no era bueno, no podía concentrarme en el juego. Hice un movimiento por instinto.

—Me comeré tu alfil.

—¿De verdad quieres hacer ese movimiento? —me advirtió Alan.

Me eché hacia atrás y estudié el tablero. No obstante, las piezas del ajedrez habían perdido su forma, ocultas tras imágenes de Alan y una servidora envueltos en un apasionado abrazo.

—Sí. —Suspiré—. Sí quiero.

—Entonces, me comeré tu peón. Te haré jaque mate en cinco movimientos.

Una vez más, estudié el tablero y consideré las posibilidades. Tenía razón, me haría jaque mate. Aun así, yo estaba ganando la partida. Alan se inclinó hacia adelante para besarme. Respondí. Nuestros labios se encontraron y el beso duro un largo rato.

Cuando nos separamos para coger aire, pregunté:

—¿Cómo puede ser que me sienta como si estuviera ganando cuando voy perdiendo?

Alan se echó a reír.

—Por pensar solo en una cosa en cada momento...

Y, sin más dilación, le arrastré hacia el dormitorio.

Más tarde, disfrutando de la satisfacción al terminar, nos tumbamos juntos con nuestros cuerpos, mentes y almas entrelazados. El silencio, la sensación de calma, eran maravillosos mientras la luna y las estrellas brillaban,

brillaban para nosotros, solo para nosotros, o al menos eso parecía. Teníamos la luna, las estrellas y el uno al otro; teníamos todo lo que necesitábamos.

—Bueno, entonces ¿en qué estás trabajando ahora? —murmuró Alan.

Con la voz adormilada, le hablé de Vincent Vanzetti y Vittoria.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó Alan mientras se incorporaba sobre un codo—. Trabajar para un criminal duro como Vanzetti.

—Como dijo él mismo, se trata de Vittoria, no de él.

Alan se tumbó sobre la almohada. Miró hacia el techo, con expresión pensativa.

—¿Estás algo más cerca de encontrar a Vittoria?

—Pregúntamelo mañana.

—¿Y qué hay de la pregunta que te hice el otro día? —contestó, cogiéndome una mano y acariciando mi anillo de compromiso.

—¿Qué pregunta era esa? —dije inocentemente.

—¿Ya te has olvidado?

—¿Matrimonio?

—Ajá.

Me encogí de hombros.

—¿Dónde viviríamos?

—Aquí, en tu casa, en la luna. A lo mejor podríamos comprar una estrella. Me da igual donde vivamos. Solo quiero estar contigo.

—Aquí sería mejor —razoné.

Alan asintió.

—Estoy de acuerdo. O sea, que te mudas aquí conmigo.

Pensé por un momento e intenté imaginar nuestro futuro. El sudor se me había secado en la piel, así que metí mi cuerpo desnudo bajo el edredón.

—Tal vez sería mejor si solo viviéramos juntos, sin casarnos.

Alan se unió a mí bajo el edredón. Echó mi pelo hacia atrás y me besó en los labios.

—Si eso te hace feliz.

—O, quizá, deberíamos de quedarnos como estamos. Nos va bien así, tal como estamos.

En la semioscuridad, Alan sonrió. Sus dedos vagaron por mi piel sensible y me eché a reír.

—Nos va bien —dijo.

—No quiero echar nada a perder, arruinar lo que tenemos.

—El matrimonio debería mejorarlo, no estropearlo —dijo Alan, con los dedos acariciándome las mejillas, los hombros, el pelo.

—Puede ser difícil vivir conmigo.

En ese momento, se frotó la mejilla, como arrepentido.

—Ya me lo parecía a mí.

—Y me gusta tener tiempo para mí misma. Y tengo horarios intempestivos.

Se encogió de hombros.

—Me puedo adaptar.

—Soy un desastre de cocinera y un ama de casa inútil.

Se volvió a encoger de hombros.

—A mí me gusta cocinar. Me relaja. Además, ya tengo una criada contratada.

El hombre perfecto, la casa perfecta, el estilo de vida perfecto. Y una criada. Ya sé lo que estás pensando: «¿Por qué duda?», la respuesta a esa respuesta es más que compleja y, quizás, más allá de mi comprensión.

Me quedé mirando al techo y dije:

—¿De verdad te quieres casar conmigo?

Alan dijo con la cabeza que sí con firmeza.

—Más que ninguna otra cosa.

—Vale. Pero dame unos días para pensármelo. Una vez que tome una decisión, no cambiaré de idea. Pero tiene que ser la decisión adecuada. Quiero estar segura de que estamos haciendo lo correcto.

Alan me abrazó. Me besó otra vez.

—Tú siempre haces lo correcto.

Le devolví el beso y le pregunté con cautela:

—¿Y me seguirás queriendo? ¿Decida lo que decida?

—Samantha —dijo mientras me miraba fijamente a los ojos—, te querré siempre y quiero pasar el resto de mi vida contigo. No puedo decir más.

Capítulo Seis

Pasaron tres días sin noticias de Vittoria. Como es comprensible, Vanzetti se estaba poniendo frenético y sus llamadas agresivas sugerían que la desaparición de su hija era toda culpa mía.

Mientras intentaba mantener las amenazas de Vanzetti en un segundo plano en mi cabeza, continué la búsqueda de Vittoria. Repetí el patrón de los días anteriores llamando a las amigas de Vittoria otra vez, visitando el gimnasio, el club nocturno, al grupo de rock aficionado, la joyería y la playa. Nadie había visto a Vittoria; nadie tenía la menor idea de dónde podía estar.

De vuelta en la oficina, comprobé los mensajes de teléfono y no encontré ninguno de Maya Osborne. Era casi seguro que Grant Osborne habría vuelto ya al país, así que decidí montar vigilancia en su oficina de la plaza Lloyd George.

Aparqué mi Mini fuera del club Liberal, el cual ofrecía una buena vista de la oficina de Osborne. Era un edificio moderno de ladrillo rojo decorado con un cartel de latón que rezaba: «S. F. G. O.». El cartel estaba atornillado a la pared junto a la puerta principal. Interpreté el cartel como «Servicios Financieros Grant Osborne», una tapadera para ejercer la usura si uno se fiaba de la reputación de Osborne.

Cuando se está de vigilancia, es cuestión de cara o cruz entre dos partes de tu anatomía: ¿qué parte se quedará dormida primero, tu cabeza o tu trasero? Mi mente estaba activa, pensando en la propuesta de matrimonio de Alan, así que en esa ocasión los pinchazos y hormigueos comenzaron en mi trasero.

Después de tres horas, ya no tenía sensación alguna en las posaderas y me estaba empezando a doler la espalda. Luego apareció un Ferrari negro que conducía un viejo amigo, Mac. Mac tenía un Bugatti, su orgullo y alegría, así que era de suponer que el Ferrari pertenecía a su cliente.

Mac era un «hombre para todo». Trabajaría casi para cualquiera, si el precio era adecuado. Alto y poderoso, tenía una percha impresionante; Mac estaba calvo, tenía cejas prominentes, una mirada dura como el granito y ojos tan claros y azules como un lago mediterráneo. También tenía un inmenso bigote pelirrojo. Como era habitual, llevaba un abrigo largo, vaqueros azules y una camisa de lana a cuadros.

Mac salió del Ferrari para abrir la puerta del pasajero. El pasajero era un hombre que parecía un oso, con una mata de pelo rubio, ojos fríos y enfadados, cara redonda con grandes bolsas bajo los ojos y lóbulos de las orejas inusualmente grandes. Con alrededor de cuarenta y cinco años, tenía un sobrepeso de al menos veinte kilos, así que tenía una panza considerable. Andaba de manera amenazadora, con aires de importancia exagerados. Me desagradó desde el momento en que lo vi; a veces ves a gente y te enamoras de ella, a veces ves a otra gente y se te ponen de punta los pelos del cogote. Con Osborne, los pelos de mi nuca se habían puesto como escarpas.

Osborne estaba engullendo una hamburguesa con ansia. Arriesgándome a sufrir una lluvia de migas, y puede que de algo más, decidí acercarme a él.

—Sr. Osborne...

Se dio la vuelta, eructó y lanzó la caja de cartón de la hamburguesa al suelo. Qué más daba, el barrendero lo limpiaría luego. La gente como Osborne siempre tiene lacayos que limpian tras ellos.

—¿Quién es usted? —Frunció el ceño.

Antes de que pudiera contestar, Mac dio un paso al frente y ofreció una respuesta.

—Se llama Samantha. Es investigadora privada. Una muy buena, puedo garantizarlo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —rugió Osborne. Y Maya se había casado con ese hombre..., no era de extrañar que pareciera tan deprimida.

—Estoy buscando a Vittoria Vanzetti —dije.

—Nunca he oído hablar de ella. —Osborne se giró para empezar a subir las escaleras que llevaban a su oficina.

—Pero, ¿ha oído hablar de Vincent Vanzetti?

Se detuvo en el último peldaño y se dio la vuelta despacio.

—Quizás.

—He oído por ahí que ha estado pasando tiempo con Vittoria Vanzetti.

Osborne escupió al suelo, lanzando un trozo de hamburguesa envuelto en saliva.

—Ya sabe lo que pasa con los rumores... Empiezan con «manden refuerzos, vamos a avanzar» y terminan con «acaba el almuerzo, vamos a bailar». Nunca haga caso de los rumores.

—Entonces —le dije desafiante—, ¿usted nunca ha visto a Vittoria Vanzetti?

—Se está repitiendo. —Osborne arrugó la frente—. Soy un hombre muy ocupado. Esta conversación se ha terminado. Ahora váyase a la mierda.

«Encantador», pensé. No hay nada como un hombre grosero abusando de ti verbalmente para alegrarte el día.

Resultó que no seguí el consejo de Osborne. No me fui a la mierda. En lugar de eso, volví al Mini a esperar novedades.

Cuarenta y siete minutos después, Mac apareció de nuevo. Se alejó andando de la oficina de Osborne, así que decidí unirme a él.

Al principio, tuve que correr para seguir el ritmo de las zancadas de Mac. Cuando me puse a su altura, apunté con el pulgar por encima del hombro.

—¿Estás trabajando para él?

—Sí, jovencita. Estoy trabajando para él.

—Pero, es un usurero.

—Tiene los dientes afilados y muerde de manera despiadada, te lo admito.

—Y tú eres su matón.

Mac se detuvo en la esquina de la calle. Cuando una adolescente con el pelo morado pasó de largo, preguntó:

—¿Te importa que me ofenda por esa observación?

Nos habíamos alejado de los edificios altos, los bloques de oficinas, los hoteles y los centros educativos hasta una zona residencial, resplandeciente con calles con filas de árboles. Ahora estábamos en la puerta de un Starbucks, lo cual despertó mis ganas de café. Pero resistí valientemente. Aunque sí que cogí a Mac por el codo para hacer que siguiéramos andando.

—Eres su matón, Mac, ¿o vas a decirme que haces trabajos sociales en su nombre?

—En cierto sentido, lo hago. —Mac se detuvo de nuevo, esta vez fuera de una iglesia católica. La iglesia católica estaba puerta con puerta con un centro budista. Cardiff: hogar de la armonía religiosa—. Verás, la cosa va así, jovencita: es mejor que alguien como yo haga el trabajo sucio de Osborne antes de que lo haga un psicópata total. Quiero decir, cuando yo hago el trabajo, pregunto amablemente, le doy una oportunidad a la gente. Mientras que un psicópata partiría piernas por puro placer y luego pediría el dinero. ¿Ves la sutil diferencia? Es una pregunta fácil, ¿ves lo que quiero decir?

Sonreí y asentí.

—Para ser un bruto eres muy elocuente, Mac.

Sacó barbilla, se estiró el monstruoso bigote y murmuró:

—Debería haber sido poeta. Estoy desaprovechado en este trabajo.

Continuamos el paseo por las calles arboladas, con un paso más relajado. Mientras esperábamos para cruzar la calle, pregunté:

—¿Has acompañado a Osborne en su último viaje de negocios?

—Sí, lo hice.

—¿Era de negocios?

Mac asintió.

—En la bella ciudad de Boston, Massachusetts.

—¿Y de placer?

Se giró hacia mí y frunció el ceño, arrugando la frente con desaprobación.

—Eso sería traicionar su confianza.

Cruzamos la calle corriendo ligeramente y esquivando por poco una moto, que apareció de la nada. El motorista llevaba cuero negro y un casco negro. *The leader of the pack* de las Shangri-Las me vino a la cabeza. No es una canción de mis preferidas, pero se me había metido en la cabeza y me iba a molestar el resto del día.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer —sugerí—. Yo diré un nombre y tu solo agitas la cabeza para decir sí o no.

Mac miró al frente. Empezó a dar zancadas más largas.

—Gemma —dije.

Mac vaciló. Me echó una mirada de cansada aprobación y dijo que sí con la cabeza.

—¿Vittoria Vanzetti?

Se detuvo, sacudió la cabeza.

—Has trabajado para Vincent Vanzetti. ¿Conoces a Vittoria?

—La he visto por ahí, sí.

—¿Qué tipo de persona es?

Mac buscó algo en el bolsillo del abrigo. Sacó una barrita grande de chocolate con trozos de fruta y frutos secos y me ofreció un mordisco. Dije que no, así que partió cuatro trozos de chocolate, se los metió en la boca y puso una sonrisa de felicidad.

—Vittoria Vanzetti... Me dio la impresión de ser una niña equilibrada.

—Tiene veintidós años, Mac.

—Jovencita —dijo en tono de reproche—, cualquiera que tenga menos de treinta años, para mí es un niño. Y eso te incluye a ti.

—Tengo treinta y cuatro. Mi cumpleaños fue en abril.

—Jovencita, bebes de la fuente de la eterna juventud. Siempre serás una niña para mí.

Sonreí y acepté el halago.

—Así que, ¿dirías que Vittoria no sufre problemas emocionales?

Mac se encogió de hombros.

—¿Quién soy yo para juzgar algo así? —Nos detuvimos mientras un tren pasaba por unas vías cercanas, abandonando la ciudad velozmente hacia el oeste. El ruido era perturbador, la presencia física del tren intimidaba, pero Mac ni pestañeó. Cuando volvió el silencio, dijo—: Es hija de Vanzetti. Eso tiene que influir en su manera de pensar.

Llegamos a nuestro destino. El orgullo de Mac, su Bugatti clásico del 57. Mientras Mac quitaba una mota de polvo del capó, pregunté:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Bueno, de momento he terminado con Osborne. Supongo que soy libre e independiente.

—Me prometiste una cena. Me mandaste una postal...

Dijo que sí con la cabeza.

—Desde San Francisco. Sí.

—¿Qué hacías en San Francisco? —pregunté descaradamente.

Mac arrugó la frente. Entrecerró los ojos y me miró fijamente:

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes una mente muy curiosa?

—San Francisco —insistí.

—Eso fue un viaje de negocios.

—¿Nada de placer?

Mac suspiró. Cruzó los brazos y se echó hacia atrás apoyándose en el Bugatti. Mac era un hombre tan grande, que su peso amenazaba con volcar el coche. Me atrevería a decir que es tan fuerte como para levantar el coche si tuviera que hacerlo.

—Eres muy cotilla, y lo sabes, jovencita.

Sonreí y asentí.

Sin poder evitarlo, Mac sonrió.

—Vale, San Francisco estuvo bien, pero de momento, creo que disfrutaré de las delicias de tu bella ciudad.

—Últimamente has pasado mucho tiempo en Cardiff...

—Lo he hecho —admitió.

—¿Por algún motivo?

Una vez más, arrugó la frente, aunque una sonrisa le asomaba a los labios.

—A lo mejor puedo poner una manta en el suelo para que puedas dormir debajo de mi cama.

Levanté una ceja y sacudí la cabeza.

—No creo que quiera llegar tan lejos.

Mac metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves del Bugatti. Básicamente, era un hombre reservado que quería irse sin dar más explicaciones. Pero, habíamos afianzado nuestra relación durante el último año y noté que, a pesar de querer privacidad, necesitaba confesarme algo.

—Si te cuento una cosa, ¿te lo guardarás para ti? —Agitó la cabeza, desechando su propia pregunta—. Pues claro que lo harás. Te confiaría mi vida, lo haría, jovencita.

—Entonces, cuéntame...

Lo juro, casi se ruborizó. En serio, empezó a arrastrar los pies como si le diera vergüenza.

—Sí, es que tengo un nuevo amante.

—¿De Cardiff?

—Es de Estados Unidos, pero ahora vive aquí.

Abracé a mi amigo mostrando mi sincera alegría.

—Estoy encantada por ti, Mac.

Mac miró hacia otro lado. Se quedó observando las vías del tren. Tenía las mejillas rojas y estaba claro que le daba vergüenza.

—Quiere que me mude con él.

—Igual que Alan.

—¿Tú qué vas a hacer? —Mac preguntó, volviendo a posar la mirada en mí justo cuando pasaba otro tren a toda velocidad.

—Pensarlo.

—Yo también.

Mac abrió la puerta del conductor y se metió en el Bugatti. Antes de que arrancara, me incliné hacia él y dije:

—Mi búsqueda de Vittoria Vanzetti... No estoy segura de hacia dónde va, pero ¿si te necesitara...?

Cogió otro trozo de chocolate y sonrió.

—Tan solo tienes que silbar, jovencita, e iré corriendo.

Suavemente, di una palmadita en el techo del coche y dije:

—Eso haré.

Capítulo Siete

Seguía sin haber señales de vida de Vittoria. Y, a pesar de los rumores, no estaba con Osborne. Eso decía Mac, y yo le creía.

Era hora de informar a Vincent Vanzetti en persona, lo que significaba un largo viaje por la costa hacia el oeste, en dirección a St. Donats.

Vanzetti vivía en una mansión palaciega en las afueras de St. Donats. La casa tenía una piscina exterior y varios acres de césped muy bien cuidado. Las cámaras de seguridad y el alto muro de piedra mantenían a los intrusos fuera. Sin embargo, había un fallo en el sistema de seguridad de Vanzetti, del cual yo había tomado ventaja en una ocasión: un punto ciego en un lateral de la casa. ¿Se habría colado alguien y habría secuestrado a Vittoria? ¿Por qué motivo? Nadie había pedido un rescate. Un secuestro parecía poco probable, aun así, seguía siendo una posibilidad.

Encontré a Vanzetti en su habitación de juegos; una habitación equipada con una mesa de billar inglés, un tablero de dardos y una gramola. Alguien había sujetado una foto de una ministra del gobierno al tablero de dardos y había lanzado tres dardos: uno estaba en un ojo, otro en una mejilla y el tercero en la nariz.

—Me gustaría hablar con Sherri —le dije a Vanzetti. Parecía apagado, sentado en un sillón de cuero, cuidando de un vaso de *whisky*.

—Claro —dijo apuntando con el vaso de *whisky*— Está ahí.

Entré en una sala de estar lujosa, una sala alargada con paneles de color crema y de color café dispuestos en rayas verticales. La habitación contenía dos sofás grandes de ante con cojines dorados, un espejo grande con marco dorado, unas cuantas vitrinas donde había adornos y figuritas de porcelana expuestos, un elaborado candelabro de cristal y, como pieza central, una gran mesa baja con la parte superior de cristal. La mesa reflejaba los objetos a su alrededor así que resplandecía con brillo dorado. Adicionalmente, una televisión colgada dominaba la pared oeste. Sherri estaba sentada en uno de los sofás viendo la televisión, uno de esos programas que pasan por ser un *reality*.

Con veintipocos años, Sherri tenía el pelo rubio de bote largo hasta los hombros, ojos grandes, azules e inocentes, una atractiva cara ovalada con

expresión de ingenuidad, un pecho generoso que decía «hola» bastante antes de que lo hicieran sus labios, y piernas que parecían alargarse kilómetros. Su ropa realzaba sus atributos naturales. Llevaba puesta una camiseta escotada y entallada y una minifalda de estilo años 60. Del cuello le pendía un colgante de oro con una cadena de oro también, mientras un enorme diamante amenazaba con hacerle un esguince en los tendones del dedo anular de la mano izquierda.

—Hola —dije con una sonrisa—. ¿Eres Sherri?

—Con i latina. —Sherri se puso de pie delante de mí. Hizo un gesto teatral y se apuntó al ojo derecho con el dedo índice derecho. Luego sujetó el dedo recto mientras dibujaba un punto imaginario. Pensé que para rematar iba a hacer una pirueta y una reverencia.

Sin embargo, antes de que llegara tan lejos, miré hacia la televisión y dije:

—¿Te gustan esas cosas?

—Ay, ¡sí! —Sherri suspiró. Alzó la mirada, luego hizo un corazón con los dedos y los puso delante del pecho—. Adoro ese programa. Mi gran sueño es ir a un *reality*. Hice la audición final para *Fiesta de pijamas celebrity*, ya sabes, ese donde la gente famosa se junta para pasar la noche, pero no les dejan tocarse ni practicar sexo ni nada. Por supuesto, el productor quiere que tengan sexo para poder emitirlo en directo y entretener a millones de espectadores. Mi agente dice que tengo muchas posibilidades de llegar a la criba final. —Dio un saltito de alegría—. ¡Estoy tan emocionada! —Luego frunció el ceño y me miró fijamente—. ¿A ti te gustaría salir en un *reality*?

Hice una mueca y dije:

—Creo que preferiría que me ahorcaran con una cuerda de piano.

—*Fiesta de pijamas celebrity* es una pasada. —Insistió Sherri, ignorándome—. Es el mejor programa de la televisión.

Nos dimos la vuelta y miramos hacia las celebridades desconocidas para mí, que estaban tumbadas semidesnudas en una cama. La luz era débil, pero sugerente. ¿Dónde estaban? ¿Lo harían? ¿Deberían hacerlo? Millones de espectadores se ponían delante de la tele cada tarde y se hacían aquellas preguntas. ¿Quién necesita educación cuando puedes pasar los ratos de ocio viendo *realities*?

—¿Crees que me cogerán? —preguntó Sherri sin aliento.

—No lo sé —dije—. Tienes la imagen y ... —«¿Reales u operadas?». Después de pensarlo un momento, le concedí el beneficio de la duda. La naturaleza había sido generosa en exceso en el departamento mamario, Sherri

había sido bendecida, estaba claro—. Y el... mmm... porte. Pero no eres una celebridad.

—Cuando vaya a *Fiesta de pijamas celebrity* seré una celebridad —dijo con una lógica que desafiaba toda discusión.

Todavía estaba yo pensando en eso, cuando Sherri cogió el mando a distancia y cambió de cadena. Consiguió encontrar a Peter Falk y a su arrugada gabardina.

—Ah, mira —dijo con sorpresa—, están echando *Colombo*. Es mi serie preferida de policías.

Mientras el villano acosaba a su víctima con un Colt del calibre .45, Sherri hizo una pistola con la mano derecha. Cuando el arma de la pantalla disparó, Sherri dijo «¡Bang!». Imitó los gestos del villano, finalmente dejando su «pistola» en un aparador, lejos de todo peligro. Sacudiendo la cabeza dijo:

—Es tan tonto, ¿verdad?

—Colombo siempre aprehende al villano.

—¿Aprehende? —Frunció el ceño.

—Arresta.

—Lo sé, pero —razonó—, tarda tanto. Quiero decir, si se sentara y viera el principio del programa, pillaría a los malos en pocos minutos, ¿no?

—Sí, pero... —Me quedé pensando un momento: «¿De verdad estaba teniendo esa conversación? ¿Me había invitado Alicia a tomar el té? ¿Me había caído por un agujero hacia el País de las Maravillas?». Pregunté—: ¿Qué haces —En parte por desesperación; cualquier cosa para cambiar de tema— para pasar el rato?

—Soy actriz. —Sherri juntó las manos y las apoyó contra las mejillas. Batió las pestañas con toda la sutileza de una estrella del cine mudo de los años 20.

—¿Has estado en alguna película famosa? —Me mordí la lengua al instante, porque sabía que me iba a arrepentir de haber hecho aquella pregunta.

—He salido en *Esta lengua es para chupar*, *Achúchame*, *Dame placer*, *Asesino en serie sesenta y nueve* y *Muñeca sometida*. En esa hice de Sasha y de Sally, gemelas idénticas. Había una escena en la que practicaba sexo con mi gemela, solo que en realidad era una doble, una que se parecía a mí, aunque no es que haya muchas mujeres que se parezcan a mí. Pero bueno, el caso es que el director fue muy listo. Cuando editaron la película, se podría jurar que era yo la que hacía los dos papeles. El director dijo que parecía una verdadera estrella en ese papel, aunque fingí un poco al final, ya sabes. Solo llego hasta

el final con Vincent. Claro está —añadió con un susurro seductor—. Ahora estoy semiretirada, desde que me casé con Vincent.

Sonreí educadamente y asentí.

—¿Has visto *Muñeca sometida*? —preguntó Sherri, con un tono lleno de entusiasmo.

—No, pero no te ofendas. No veo la televisión de ahora.

Sherri frunció el ceño. Sus facciones revelaban que le costaba imaginarse una vida sin televisión. Luego sonrió vivamente, con la cara radiante, brillando con inspiración:

—Espera un momento... Soy actriz... Soy una celebridad. Así que te equivocas.

Suspiré.

—No sería la primera vez.

—¿Alguna vez has hecho una película? —preguntó abruptamente.

—¿Perdón? —Torcí el gesto.

—Con tu novio. ¿Has hecho una película alguna vez?

Un poco avergonzada, arrastré los pies y me quedé mirando al suelo. La idea de una Sam haciendo el papel de actriz joven sexi no iba mucho conmigo.

—No tenemos cámara. —Mentí descaradamente.

—Todo el mundo tiene cámara. —Sherri insistió—. En el teléfono. Deberías hacer una película. A Vincent le encanta verme en la pantalla grande.

Elevé la vista y miré a mi alrededor, como buscando el *home cinema*.

—¿Tienes una pantalla grande?

—En el dormitorio. —Asintió Sherri—. ¿Te gustaría verla?

—Ahora no —respondí a la defensiva. Me había metido en un jardín con aquella conversación y buscaba una salida a la desesperada. Cuando hay dudas, siempre hay que aplicar la regla número uno de la *Guía del detective para investigar*: hacer referencia al aspecto más pertinente del caso.

—Estoy buscando a Vittoria.

—Lo sé. Es terrible. Se ha escapado.

—Cuéntame lo que sepas de Vittoria.

—¿Qué te cuente el qué? —Sherri arrugó la frente.

—¿Te llevas bien con ella?

—Sí, somos como hermanas. —Sherri hizo una pausa. Arrugó la frente de nuevo. Repitió las palabras solo moviendo los labios—. Eso suena un poco raro, ¿no? Estando yo casada con Vincent y eso... ¿Debería de haberlo dicho?

Ignoré su pregunta y volví a adentrarme en el laberinto inmoral; pregunté:

—¿Sois buenas amigas?

—Sí. No somos amigas del alma, pero nos llevamos bien.

—¿Quieres a Vincent?

Una vez más, Sherri hizo un corazón con los dedos y se lo puso en el pecho.

—Con todo mi corazón.

—¿Y qué tal con su ex? ¿Catrin?

En ese momento, por primera vez, Sherri mostró el lado más oscuro de su carácter; mientras retorció sus facciones en un gesto de total rencor, escupió:

—Es una zorra.

—¿Vittoria se lleva bien con Catrin?

Sherri entrelazó las manos por delante del abdomen. Como una niña pequeña, se balanceó alegremente de adelante a atrás.

—Son madre e hija. Supongo que sí.

—¿Tú te llevas bien con tu madre?

—Sí. —Sherri me brindó su sonrisa más brillante—. Mi madre es mi roca. Me animó a hacer películas. Adora absolutamente todas mis películas, les habla de ellas a sus amigas y todo.

Lo dejé pasar y pregunté:

—¿Vittoria se lleva bien con Vincent?

—Son padre e hija. Están bastante unidos.

—¿Cómo de unidos?

Sherri torció el gesto. Su mente se fue por la tangente y cuando volvió no estaba contenta conmigo.

—No del modo que estás pensando. Vincent no es un perverso.

Mientras hablaba con Sherri me costaba saber lo que pensar. Para ser justos, probablemente tenía un buen coeficiente intelectual; a lo mejor era un genio. A lo mejor era una actriz con tanto talento que ocultaba su inteligencia perfectamente. A lo mejor.

—¿Tú te llevas bien con tu padre?

Puso morritos mientras seguía balanceándose como una cría, adelante y atrás.

—Se largó cuando yo era joven. Ya no tengo mucho que ver con él.

—¿Habló Vittoria contigo de problemas?

—¿Problemas? —Sherri hizo una mueca.

—¿Habló contigo de algún motivo por el que quisiera irse?

—No. Nunca hablábamos de cosas serias. Solo charlábamos de música, moda, productos de belleza, *realities*.

—¿Describirías a Vittoria como feliz?

Sherri lució una sonrisa inocente. Hizo un pequeño bailecito y dijo:

—F. E. L. I. Z. ¡Feliz! Sí, Vittoria podía ser reservada a veces, pero era enrollada.

—Vittoria tiene novio.

—Sí. V. J. Parks. Es boxeador.

—¿Se lleva bien con él?

—Se quieren. —Sherri agitó sus largas pestañas. Luego se quedó mirando al techo ensimismada, como si estuviera mirando la luna—. Así que supongo que sí.

—¿Le ha levantado V. J. alguna vez la voz a Vittoria?

—No que yo sepa.

—¿Le ha levantado alguna vez los puños?

—V. J. no es de esos. —Insistió Sherri—. Es un león en el cuadrilátero, pero un gatito fuera de él.

Asentí.

—Gracias, Sherri, has sido de gran ayuda.

—Hago lo que puedo —dijo. Me sonrió con un aspecto tan inocente que era conmovedor—. Me gusta ayudar a la gente. Creo que es bueno ser amable.

Mientras tanto, Peter Falk estaba teniendo más suerte que una servidora; sus preguntas habían conseguido respuestas significativas y se estaba acercando al astuto villano, un actor que había asesinado por lo menos a tres personas más en tres temporadas anteriores.

Me colgué el bolso en el hombro y fui hacia la puerta. Entonces Sherri protestó.

—Eh..., ¿no vas a decir eso de «solo una cosa más»?

Durante nuestra conversación, me había dado cuenta de una cosa, aunque el decoro me había hecho ignorarlo. Pero, cuando se me presentó la oportunidad, sentí la necesidad de lanzarme a ello, así que en contra de mi buen juicio, dije:

—Solo una cosa más, Sherri. La etiqueta de tus braguitas sugiere que las llevas puestas al revés.

—Ah, siempre me pasa —dijo Sherri alegremente—. ¿Te explico por qué?

¿Quería profundizar en las braguitas de satén de Sherri, metafóricamente hablando? Definitivamente no. Así que me coloqué el bolso otra vez, fui hasta

la puerta y dije por encima del hombro:
—Quizá la próxima vez.

Capítulo Ocho

Las notas de Vanzetti me decían que podía encontrar a V. J. Parks en el gimnasio de boxeo Riverside, un edificio decrepito que se caía a cachos, cubierto de grafitis, con tejado de hierro corrugado y malla metálica en las mugrientas ventanas. Así que me fui en coche al gimnasio Riverside, junto al río Taff, en una parte de la ciudad venida a menos.

Aparqué el coche en un descampado y luego agaché la cabeza para esquivar el brazo de una excavadora que estaba limpiando escombros. Tuve que atravesar los escombros, pasando por encima de mampostería caída, dando gracias porque ese día me había puesto playeras y no zapatos de tacón. También llevaba vaqueros y una chaqueta corta de cuero, quizá una reacción subconsciente a las moderadas críticas de Catrin Vanzetti sobre mi gabardina

La puerta del gimnasio estaba abierta, así que entré y me encontré con tres hombres sudorosos practicando actividades pugilísticas. Uno de ellos, poco más que un adolescente, estaba dando puñetazos con todas las ganas a un saco que colgaba del techo. Incluso a simple vista, estaba claro que ese boxeador confiaba solamente en la agresividad, no en la delicadeza o el estilo. El modo en que golpeaba el saco sugería que estaba allí colgado para que él desfagara su frustración.

El segundo hombre, de treinta y pocos años, estaba en una máquina de remo moviendo los remos con facilidad adelante y atrás, como si estuviera navegando por aguas calmadas. Mientras tanto, el tercer hombre estaba de pie junto al cuadrilátero, saltando a la cuerda. Sus lánguidos movimientos naturales lo distinguían como a un profesional. Por las fotos de los periódicos y el informe de Vanzetti, supe que aquel hombre era V. J. Parks.

Parks se movía con gracia y con estilo, ignorando los gruñidos y gemidos de sus acompañantes. Zurdo y de peso medio, rondaba los veinticinco años. Tenía el pelo corto y negro, bien cortado, ojos oscuros y ardientes y una atractiva cara mediterránea. Noté una cicatriz cerca de los ojos y recordé como algunos expertos creían que aquellos cortes cerca de sus ojos eran los únicos obstáculos que tenía para alcanzar la grandeza. No hace falta decir que tenía un cuerpo delgado y musculado; tonificado, esbelto, atlético.

Mientras los boxeadores continuaban con su entrenamiento, yo recordé las palizas que me pegaban mi madre y mi exmarido. Alan no era como Dan. Me repetía ese mantra a mí misma cada día. Entendía que Alan era una clase diferente de hombre, ni violento ni agresivo. Aun así, el pasado es como un ancla y puede retenerte en un sitio si no tienes cuidado. Paso a paso, me alejaba de mi pasado, construyéndome una nueva vida y nuevos recuerdos. Sin embargo, el nubarrón permanecía conmigo y puede que tuviera algo que ver con mi reticencia a comprometerme en matrimonio.

—El gimnasio de mujeres está al final de la calle —dijo Parks. Se paró un momento para quitarse el sudor de la frente y luego vino andando hacia mí.

—No he venido a boxear —dije—. Trabajo para Vincent Vanzetti, estoy buscando a Vittoria.

Parks asintió, lentamente. Produjo una breve sonrisa contenida. Ciertamente, sus ojos tenían cicatrices, pero tenía la dentadura en perfecto estado.

—Eres Sam.

Dije que sí con la cabeza.

—El Sr. Vanzetti te ha mencionado. ¿Has encontrado ya a Vittoria?

Con tristeza, sacudí la cabeza.

—¿Tienes alguna pista?

—Todavía no —confesé—. Esperaba poder hablar contigo.

—Claro —dijo Parks. Volvió a coger la toalla que tenía en los hombros y se quitó el sudor de la frente—. Deja que me refresque. Estaré contigo en un momento.

Mientras V. J. Parks se duchaba, me fui andando fuera. Me quedé de pie junto al dique y miré hacia el río. Parece ser, que cuando era niña me caí al Taff. Como era habitual, mi madre estaba borracha y a cargo de una niña muy pequeña. A lo largo de los años la historia fue variando al ser contada: a veces mi madre insistía en que me rescató ella, o un policía que pasaba por allí, o un atractivo hombre se tiró de cabeza y luego, instantáneamente, le pidió matrimonio. Lo más probable, es que tuviera que apañármelas yo misma para salir. Tuve que apañármelas muchas veces en unas y otras situaciones durante mi infancia. No obstante, puede que aquel recuerdo borroso ayudara a explicar mi ligero miedo al agua.

V. J. Parks salió al sol de primavera con una elegante chaqueta deportiva, pantalones de buen corte, camisa blanca y corbata azul marino adornada con un emblema de boxeo sobre el gran nudo Windsor. Echamos a andar y paseamos a lo largo del dique.

—¿Te llevas bien con el Sr. Vanzetti? —pregunté después de un poco de charla preliminar sobre el tiempo y sobre como estaba cambiando la ciudad.

—Claro, es un buen hombre.

—¿Y te llevas bien con Vittoria?

Parks sacó barbilla. Puso rectos los hombros y pareció crecer unos centímetros con orgullo.

—Es mi chica. La quiero.

—Entonces, ¿por qué ha huido de ti, de todo el mundo?

—No lo sé. —Sus hombros bajaron. Su poderoso cuerpo se hundió y puso cara de mal humor.

—Y no saberlo, no saber dónde está, es como recibir un golpe bajo, ¿me entiende?

Asentí y seguimos andando en silencio.

Íbamos andando hacia el sur, hacia un barrio más saludable con una serie de torres modernas, pisos con balcones que asomaban al río. Pude imaginarme a mi madre con una traviesa Samantha colgando del balcón, amenazando con dejarla caer al río. Era capaz de oír mis gritos de protesta. Tenía ganas de gritar en ese momento. Menos mal que mi madre me había criado en un simple barrio marginal victoriano: la pobreza tiene sus ventajas.

Cuando nos detuvimos debajo de un balcón, dije:

—Tienes posibilidades de intentar conseguir el título mundial.

—Sí. Si gano mi próxima pelea, estaré listo para la corona.

—¿Crees que ganarás?

—No me metería en el cuadrilátero si pensara que iba a perder —dijo Parks con seguridad, pero sin arrogancia.

—¿Por qué entrenas aquí? —pregunté—. Debe de haber instalaciones mejores.

—Ah, sí, también voy a otros gimnasios. Vengo al Riverside cuando quiero entrenar extra. Además, me mantiene en contacto con mis raíces, con mi padre, mi primer entrenador. Supongo que sigo entrenando aquí para rendir tributo a su memoria. —Parks se santiguó y miró al cielo—. El entrenamiento extra que hago aquí me convertirá en campeón mundial.

—¿Qué piensa Vittoria de tu carrera de boxeo?

—Le entusiasma. Me apoya. Estamos muy unidos.

—Pero no en estos momentos —dije.

—No. —Parks se detuvo, inclinó la cabeza, apretó los labios y le dio una patada a una piedra.

—¿Alguna idea de dónde puede estar Vittoria?

Sacudió la cabeza.

—Le dije los sitios que se me ocurrieron al Sr. Vanzetti. Escribió una lista.

—He comprobado esos sitios. Nadie ha visto a Vittoria en los últimos diez días.

Mientras pensábamos en aquel sombrío hecho, un joven pasó en bicicleta. Reconoció a V. J. Parks y gritó:

—¡Machácalo, V. J.!

Parks levantó el puño izquierdo y sonrió en agradecimiento. La sonrisa era genuina, pero no se reflejaba en su mirada.

—¿Qué haces además de boxear? —pregunté cuando el ciclista había desaparecido.

—Nada, la verdad. Veo algo de fútbol, juego un poco con los chicos. Pero mi vida son Vittoria y el boxeo, es todo lo que quiero. —Apretó el puño izquierdo, hizo una mueca y amenazó con darle un puñetazo a un árbol cercano—. La echo de menos. —Aspiró con fuerza por las narices. Parecía a punto de llorar—. Estoy preocupado por ella. ¿Dónde puede estar?

Miré hacia el río, el sucio Taff, abusado durante generaciones. Un día, el río se defendería inundando sus orillas. Entonces, toda la gente de las casas de lujo y los apartamentos caros gritarían: «¿Cómo es posible?». Recogemos lo que sembramos, abusamos de este planeta a nuestro propio riesgo.

Me di cuenta de que V. J. Parks era sincero, que me estaba diciendo la verdad. Le dije:

—Tú concéntrate en el boxeo. Yo seguiré buscando a Vittoria. Estaremos en contacto pronto.

Parks asintió. Apretó el puño contra el árbol, a través de su camisa y su chaqueta los bíceps se le marcaban con energía contenida. Parks había ganado la gran mayoría de sus peleas por KO, muchas de ellas antes del tercer asalto. El boxeo es una profesión brutal, aun así, muchos de sus héroes son hombres de honor. Parks me parecía un hombre de honor, lo cual me llevaba a preguntarme: ¿Por qué Vittoria huiría y le abandonaría? Si encontraba la respuesta a esa pregunta, a lo mejor conseguía encontrarla a ella.

Capítulo Nueve

Pasé las horas más tempranas de la madrugada recorriendo los clubes nocturnos y los bancos de los parques en vano. A pesar de echar un vistazo por las zonas más sórdidas de la ciudad, no me encontraba más cerca de localizar a Vittoria. Así que decidí preguntarle a un experto. Quedé para ver a mi viejo amigo el inspector de policía *Sweets* MacArthur.

El tiempo se había vuelto frío y húmedo, así que volví a ponerme la gabardina. Estaba de pie en la puerta de los juzgados de la avenida King Edward VII, refugiada bajo un árbol alto y frondoso, esperando a que llegara *Sweets*.

Como esperaba, justo después del mediodía, *Sweets* salió de los juzgados, sin parecer estar muy contento. Se ajustó el sombrero, suspiró y dijo:

—Un abogado se compra una granja para ir a descansar los fines de semana. Mientras va andando por el campo ve que se le hunden los pies en una plasta de vaca y grita: «Dios mío... ¡Socorro! ¡Socorro!». Su mujer va corriendo y le dice: «¿Qué pasa, cariño?». El abogado mira hacia la plasta de vaca y dice gimiendo: «¡Me estoy derritiendo! ¡Me estoy derritiendo!». O este otro: Una mujer se va para casa con el capó del coche lleno de barro, hojas y mucha sangre. «Siento lo del coche», le dice a su marido, «pero he atropellado a un abogado cuando venía para casa». El marido asiente y dice: «Vale, eso explica la sangre, pero ¿y lo demás?». La mujer hace una mueca y admite: «Bueno, es que primero he tenido que perseguirle por el parque». O este otro: Si un abogado y un político se estuvieran ahogando a la vez, ¿qué harías... irte a comer o leerte una revista?

Sonreí y dije:

—Suenas amargado, *Sweets*.

Se quitó el sombrero, se rascó la coronilla, que se le estaba quedando calva, y luego silbó a través del espacio que tenía entre los dos dientes de delante.

—Te explico: lo pillamos con las manos en la masa. Sin embargo, su abogado encuentra un tecnicismo mínimo, el juez le apoya y el delincuente queda libre. Y yo te pregunto, ¿por qué hago este trabajo?

Me encogí de hombros y luego pregunté:

—¿Crees que el delincuente tiene contactos?

Sweets gimió y luego suspiró.

—¿No los tienen todos?

Fuimos andando en dirección norte, a lo largo de la avenida hacia la estación central de policía. En el cruce, Sweets se acordó de que iba andando conmigo y que no quería que sus compañeros nos vieran confraternizar, así que giramos hacia el este y nos adentramos en los pintorescos jardines Alexandra.

Los jardines contenían un monumento a los caídos en la guerra y un monumento a aquellos que habían muerto durante el conflicto de las Falklands. Samuel, el marido de mi madre —pero no mi padre— murió en aquel conflicto. En muchos aspectos, Sweets era una figura paterna para mí, alguien a quien admirar y respetar, alguien que ofrecía consejos y sentido común.

Según llegamos al monumento a los caídos, dije:

—Estoy trabajando para Vincent Vanzetti.

Sweets me miró dos veces. Casi se cae de espaldas de la indignación.

—¿Has perdido la cabeza, Sam?

—Estoy buscando a su hija, Vittoria.

Sweets infló las mejillas. Me parecía que quería gritar, pero había gente en el parque disfrutando del descanso de la comida, así que en lugar de eso murmuró:

—Vanzetti es un criminal de los gordos. Un peso pesado.

—Lo sé. Pero su hija no.

—¿Eso quién lo dice? —exigió Sweets.

—La gente con la que he hablado.

—¿Y te dicen la verdad?

—A veces —admití. Nos detuvimos mientras una pareja de avanzada edad pasaba en dirección al monumento. Descubierta el 12 de junio de 1928, el monumento conmemoraba a los militares que murieron durante la Primera Guerra Mundial. Una placa honrando a los que murieron durante la Segunda Guerra Mundial fue añadida en 1949. Mientras la pareja estudiaba la placa, continué:

—No me imagino a Vittoria como a una delincuente. Es hija de un delincuente, cierto, y puede que eso la haya metido en un lío. Al mismo tiempo, puede que algo la tenga preocupada y por eso se haya escapado.

La pareja de ancianos ofreció un educado «buenas tardes» a Sweets, el cual sonrió, se quitó el sombrero y contestó. Luego la pareja continuó su paseo

por el parque, en dirección al monumento que honraba a Samuel, entre muchos otros.

Cuando volvimos a estar solos de nuevo, me giré hacia Sweets y le pregunté:

—¿Has oído algo sobre la desaparición de Vittoria?

—Ni una palabra.

—¿Ha estado Vittoria metida en líos antes?

—No tiene historial, está limpia.

—¿Ningún tema de drogas?

—No que yo sepa.

—¿Has visto a Vittoria cuando has tenido que tratar con Vanzetti?

—Un par de veces —admitió Sweets—. En la mansión de Vanzetti.

—¿Qué te pareció?

Se encogió de hombros, torció el gesto y luego se puso la mano en el hombro derecho, como para calmar un dolor.

—Una chica normal, supongo.

—¿Hablaste con ella?

—Solo para decir hola.

—¿Nunca la has interrogado?

Sweets agitó la cabeza.

—Nunca he necesitado hacerlo. Pero sigo teniendo cientos de preguntas para su padre.

Una mujer joven entró en el parque. Llevaba un bloc de dibujo y lápices. Miró hacia el monumento, estudió sus columnas circulares y las tres esculturas de bronce que estaban dispuestas alrededor de un pilar de piedra. Las esculturas representaban las tres ramas de las Fuerzas Armadas: las fuerzas aéreas, la marina y el ejército. Las tres sujetaban guirnaldas sobre sus cabezas. Luego, la artista miró hacia la Victoria, un hombre alado desnudo que coronaba la estructura.

La artista llevaba una pequeña silla de tela. La desplegó, se sentó y comenzó a dibujar. Mientras los lápices bailaban sobre el papel, le dije a Sweets:

—Vittoria está estudiando para ser psicóloga infantil.

Asintió.

—Tiene sentido. Me pareció estudiosa.

—Así que no es una típica Vanzetti.

—Supongo que no —admitió Sweets—. Pero si aceptas dinero de él, Sam, estás aceptando dinero manchado de sangre.

Me molestó la acusación, chocaba contra mi código moral y mi sentido del decoro. Como respuesta, fruncí el ceño.

—Y todos mis otros clientes son santos, supongo.

—Puede que no. —Suspiró Sweets—. Probablemente no. Pero sabes que Vanzetti no es honrado; lo sabes de antemano.

Mientras mi cabeza se enfriaba, tuve que admitir que Sweets tenía razón.

—A lo mejor dono mis honorarios a la caridad —dije con una nota de arrepentimiento.

—Hazlo —dijo Sweets. Observó atentamente su sombrero, le quitó una mota de polvo imaginaria de la parte superior y luego se lo colocó el sombrero en la cabeza—. Mejor todavía, dile a Vanzetti que se vaya a paseo, hay más investigadores privados en la guía de teléfonos.

—Hasta podría llamar a la policía —dije con un poco de aspereza.

—Si quiere hablar con nosotros, aquí estamos. —Sweets se fue hacia la entrada, mirando hacia la artista y el dibujo todavía poco elaborado. Mientras tanto, yo fui corriendo tras él, solo para conseguir otro azote de su lengua:

—Estás andando en la cuerda floja, Sam, trabajando para Vanzetti. Ten cuidado de no caerte.

—Si me caigo —Sonreí—, tú me cogerás.

—No con Vanzetti en escena. —Sweets arrugó la frente—. Si te tropiezas, estás sola.

Capítulo Diez

A la mañana siguiente, organicé una cumbre de mandatarios, una reunión del clan Vanzetti. A lo mejor era una buena idea, a lo mejor no lo era, pero los días y las noches empezaban a difuminarse y cada hora que pasaba, Vittoria desaparecía más profundamente en la niebla. Se me ocurrió que, quizá, estaba muerta. Si alguien la había asesinado, ¿cómo reaccionarían Vanzetti, Catrin y V. J. Parks? Atisé en el futuro más noches en vela y un posible derramamiento de sangre.

Nos reunimos en la sala de estar dorada de Vanzetti: Catrin, V. J. Parks, Sherri y una servidora. La televisión estaba encendida, estaban echando más *realities*. Luego entró Vanzetti, agarró el mando a distancia y apagó la tele con un movimiento enfadado de su dedo índice. Suspiró, se recompuso y luego se giró hacia el boxeador preguntando:

—¿Cómo van los entrenamientos, V. J.?

V. J. Parks se deslizó hacia adelante, hacia el borde de su asiento. Apoyó los codos en los muslos y miró fijamente al suelo.

—Estoy un poco distraído en estos momentos, con Vittoria desaparecida y todo eso.

Vanzetti asintió. Tenía un aspecto sombrío de determinación. Sentí que estaba hirviendo y a punto de explotar. Mientras él se paseaba por la habitación yo dije:

—Una idea... ¿Podría alguien estar reteniendo a Vittoria en contra de su voluntad para desconcentrar a V. J. en los combates?

Vanzetti miró hacia el boxeador. Simultáneamente, ambos hombres cerraron un puño y lo golpearon contra la palma abierta de la otra mano.

—Si alguien está reteniendo a Vittoria, se enfrenta a una buena —dijo Vanzetti apretando los dientes—. Creo que no se arriesgaría nadie, no con la hija de Vincent Vanzetti.

Miré hacia Catrin, que estaba observando a su exmarido, con las facciones serias, duras y severas.

—Pareces cansado, Vince. —Su tono lo daba por sentado y carecía de simpatía—. ¿Sherri te está cuidando?

—Es la preocupación por Vittoria —Vanzetti explicó—. Yo y Sherri estamos bien.

—Me alegro tanto por ti —dijo Catrin con las palabras cargadas de sarcasmo.

—No es necesario comportarse como una perra celosa —gruñó Vanzetti, con el bigote erizado.

—¿Yo...? —Se burló Catrin. Miró hacia Sherri de un modo que amenazaba con dejarla frita en el sitio—. Celosa... ¿de qué?

Sherri miró hacia Catrin, luego miró hacia la pared mientras con el labio inferior empezaba a hacer pucheros como una niña.

—Te estás poniendo en evidencia, Catrin —insistió Vanzetti.

—¿Crees que yo no noto también el cansancio? —preguntó Catrin escondiéndose en el sofá, dándose la vuelta con aspecto de disgustada.

—Bueno, pues no la tomes con Sherri —dijo Vanzetti. Fue andando al mueble bar y sugirió—: A lo mejor nos vendría bien a todos una copa. ¿Quieres una, Catty?

—*Whisky*, solo. Que sea largo. —Catrin frunció el ceño, sin lugar a dudas recordando la promesa que se había hecho a sí misma de soportar la tensión sin ayudas, de renunciar al apoyo del alcohol—. No, pensándolo mejor, que sea un zumo de fruta.

—¿Una copa, V. J.? —preguntó Vanzetti mientras servía un zumo en un vaso largo. Con un gruñido evasivo le dio el vaso a Catrin.

—No. —V. J. sacudió la cabeza—. Nada de alcohol mientras entreno. —Elevó la mirada brevemente, luego continuó mirando al suelo.

—¿Sherri? —inquirió Vanzetti arqueando la ceja izquierda.

—Tomaré una piña colada, gracias, Vincent —dijo Sherri, mientras cruzaba la habitación contoneándose.

Estábamos allí para hablar de Vittoria, aun así noté que había muchas tramas secundarias en juego. Puede que alguna de aquellas subtramas ofreciera una pista sobre el paradero de Vittoria. En cualquier caso, la familia Vanzetti necesitaba hablar; necesitaban aquella sesión de terapia de grupo, así que decidí seguirles la corriente y dejarles hablar.

—¿Cómo van los negocios? —preguntó Catrin, la cuestión punzante y con cebo: estaba buscando una respuesta negativa, era evidente viendo la expresión cínica que tenía en la cara.

—Estamos prosperando —dijo Vanzetti mientras contemplaba el hielo de su vaso de *whisky*.

—Prosperaríais todavía más si yo formara parte del equipo.

Vanzetti miró a su exmujer. Echó la cabeza para atrás, bebió dos dedos de *whisky* y luego se sirvió más malta sobre el hielo—. Tú misma decidiste irte al banquillo de los sustitutos hace dos años.

—¿Creías que me iba a quedar con esa cosa calentando mi cama? —De nuevo, Catrin echó a Sherri una mirada condescendiente. Y, de nuevo, Sherri sacó el labio inferior y se quedó mirando la pared.

—Esa «cosa» es mi esposa, y te voy a pedir que le muestres más respeto —dijo Vanzetti—. Y ella calienta *mi* cama; esta es *mi* casa.

—¿Y quién construyó esta casa? —preguntó Catrin, con la cara llena de enfado e indignación—. ¿Qué cerebro de los negocios te proporcionó el dinero?

—Cogiste tu parte cuando te fuiste —dijo Vanzetti. Agitó el *whisky* en el vaso con hielo y luego tomó un trago tranquilizador.

—¿Y se supone que me tengo que contentar con eso? —Catrin se puso en pie. Miró fijamente a Vanzetti lanzándole puñales con la mirada mientras sus manos formaban dos puños. Mientras tanto, V. J. Parks seguía mirando al suelo y Sherri bebía su piña colada con una pajita de cristal con cara hosca mirando a la pared—. Has decepcionado a la familia, Vince. Esa golfa de mujer que tienes es lo bastante joven como para ser tu hija. No es ninguna sorpresa que Vittoria se haya ido.

—No fue corriendo a buscarte a ti, ¿verdad? —gritó Vanzetti. Luego se contuvo mientras le venían más preguntas a la cabeza—. ¿Verdad?

—No la he visto —dijo Catrin. Volvió al sofá donde se sentó en perpendicular a V. J. Parks y a Sherri, echando una mirada empática al primero y evitando a la segunda—. Crees que me lo callaría si lo hubiera hecho.

—No me extrañaría —dijo Vanzetti con algo de malicia.

—¿Ahora quién suena amargado y retorcido? —gritó Catrin—. Quien con niños se acuesta, meado se levanta.

Incapaz de contener ya la lengua, Sherri levantó los brazos y se movió por la habitación haciendo aspavientos, derramando la bebida. Se dio contra la mesa baja de cristal, pero estaba tan encendida que no notó ningún dolor.

—No soy una niña, soy una actriz —afirmó.

—Tú no eres actriz, cariño. —Se burló Catrin—. Eres una estrella porno. De hecho, no eres ni una estrella, solo eres una reina del porno, una golfa.

—Vincent, ¿te vas a quedar ahí de pie y dejar que me hable así?

Vanzetti miró a su mujer, luego a Catrin. Las dos demandaban su atención. Pero, su *whisky* hablaba más alto y tomó otro trago.

—Cierra la boca, Catty —dijo mientras con los labios mostraba desprecio a lo Humphrey Bogart.

—Calcetines, zapatos y chaquetas de diseño falsas, eso es todo lo que vendías antes de conocerme.

Vanzetti tiró de la corbata aflojándola del cuello de la camisa. Llevaba camisa y chaqueta, aunque la chaqueta estaba abierta dejando ver una funda de hombro con una pistola.

—Suenas como un gramófono rayado —le dijo a su exmujer.

—Se te nota la edad, querido. —Catrin hizo un mohín—Apuesto a que ella ni siquiera sabe lo que es un gramófono.

—Sí que lo sé —insistió Sherri. Se quedó de pie al lado de la mesa de cristal y, lentamente, movió los labios pronunciando *gramo y fono*. Luego, con sonrisa inocente iluminándole la cara, se giró hacia Vanzetti y dijo—: Es un teléfono en miniatura, ¿verdad, Vincent?

Catrin sacudió la cabeza, como para aclarársela. Le ofreció a su exmarido una medio sonrisa de dolor.

—¿Cómo te las arreglas para hablar con ella?

—Cuando estoy con Sherri, no tenemos mucho tiempo para hablar. —Vanzetti puso mirada lasciva.

—No me vengas con esas. —Catrin le fulminó con la mirada, haciendo desaparecer la media sonrisa—. Te conozco Vincent, no eres ningún Casanova. De hecho...

Antes de que Catrin pudiera decir una palabra más, Vanzetti dio un paso al frente. Al igual que Sherri, se dio contra la mesa de cristal, lo que le hizo poner aún más cara de enfado.

—¿No crees que estás avergonzando a nuestros invitados? —le preguntó a Catrin.

Miré a V. J. Parks, pero todavía estaba mirando hacia abajo, perdido en sus propios pensamientos, en su propio y problemático mundo. La familia Vanzetti y su cacareo le eran totalmente indiferentes.

Mis ojos recorrieron la habitación, yendo de una persona a otra; se me ocurrió que a lo mejor debería de llevar cámaras de televisión. Podríamos crear nuestro propio *reality* basado en la familia Vanzetti: haríamos una fortuna. Era una idea ligeramente graciosa, atenuada por la desaparición de Vittoria y sus posibles apuros.

—Creo que deberíamos encarrilar la conversación —dije—, hacia Vittoria. Si asumimos que se está escondiendo por voluntad propia, ¿dónde podría estar?

—Ya le hemos dicho nuestras sugerencias —dijo Vanzetti quejumbrosamente.

Asentí y pregunté:

—¿Mencionó Vittoria algo en alguna conversación trivial que pudiera sugerir por qué se ha escapado o a dónde ha huido?

Todos sacudieron la cabeza, excepto Sherri. Miró hacia arriba y sonrió vivamente.

—Tengo una idea.

Vanzetti gruñó con cansancio.

—Ahora no, cariño.

—Déjela hablar —insistí—. ¿Qué idea, Sherri?

La actriz se puso en el centro del escenario. Después de dejar el vaso vacío, inclinarse y sonreír a su audiencia, comenzó su rutina: tocándose el pelo, los labios, las uñas, recalcando lo que decía con elaborados gestos faciales.

—Bueno, un día, Vittoria y yo estuvimos hablando. Empezamos a hablar de peinados, luego de uñas y pedicuras, luego...

—Vete al grano —se quejó Vanzetti. Luego vio los morritos de su esposa y añadió—: Amor mío.

—Eres mi conejito, ¿verdad que lo eres, Vincent? —Sherri sonrió mientras se balanceaba alegremente de adelante a atrás.

—¡Sigue! —ladró Catrin.

—¿Por dónde iba? —preguntó Sherri, con aspecto de sincera confusión; para ser honestos, aquel aspecto no ayudaba a sus dotes de actriz.

—Estabas hablando con Vittoria —dije.

—Ah, sí. Vale, pues yo dije: Me encantaría pasar un día en una isla deserta...

—Se dice desierta, no deserta —Catrin la corrigió sin mucha delicadeza.

—Isla desierta, entonces —dijo Sherri. Continuó—: Solo yo, desnuda, a solas con la naturaleza. Y Vittoria dijo: yo tengo mi propia isla deserta... desierta a la que voy cuando me quiero relajar. Y yo dije: ¿y dónde está? Y ella dijo: Nadie la conoce, ni siquiera mi padre. Y yo dije: Seguro que es una maravilla. Y Vittoria dijo: Lo es. Es un paraíso, tan pacífico y tranquilo, es

como estar en un sueño. Y yo dije: tienes que llevarme allí un día. Y Vittoria dijo: lo haré.

—¿Y dónde está este sitio? —pregunté.

Sherri miró hacia el vaso que estaba en la mesa. Juntó las manos por delante del abdomen, puso morritos, dejó caer la cabeza y luego se encogió de hombros solemnemente.

—Vittoria no lo dijo.

—Por Dios. —Catrin suspiró, cogiéndose la cabeza con las manos.

—¿Qué es un paraíso para Vittoria? —pregunté, dirigiendo la pregunta a todo el mundo.

Después de pensarlo un momento, contestaron al unísono:

—La playa.

—Tenemos un amplio territorio de costa —indiqué.

—Mi agencia inmobiliaria alquila casas en la playa —dijo Vanzetti, con expresión pensativa mientras se acariciaba los extremos del bigote con los dedos.

—¿Podría Vittoria haberse servido de una de las casas sin que usted se haya enterado? —pregunté.

Paró un momento, luego salió andando con decisión de la habitación.

—Voy a averiguarlo.

Vanzetti volvió un momento después con el ordenador portátil y un par de gafas sencillas. Puso el ordenador sobre la mesa de cristal, lo encendió y accedió a sus archivos. Después de casi cinco minutos de búsqueda, de quejarse exasperadamente y de quitarse la corbata, Vanzetti se echó hacia atrás y se masajeó las sienes. Entonces, Catrin dio un paso al frente y tomó el control.

Dos minutos después, Catrin miró arriba hacia mí y dijo:

—Una casa cerca de Newton ha desaparecido.

Asentí y pregunté:

—¿Vittoria ha estado pirateando un poco?

—Eso parece. Tenemos la casa, pero ya no sale en los listados.

Noté que Catrin había dicho «tenemos», lo que sugería que, por lo menos para ella, no se habían cortado todos los lazos con el imperio Vanzetti; pero de momento eso lo dejé pasar.

—Vince, has dejado que se te pase por alto —se quejó Catrin—. Tu propia hija te ha robado una casa.

—No la ha robado —dijo Vanzetti un poco tímidamente—. Al parecer, la ha tomado prestada.

—Como escondite —dije—, un santuario. —Me giré hacia V. J. Parks y le pregunté—: ¿Has estado alguna vez allí, V. J.?

Elevó la mirada y sacudió la cabeza.

—Es la primera vez que oigo hablar de ella.

Le pedí a Catrin la dirección y luego me fui hacia la puerta.

—Iré a comprobarlo.

—Iré con usted —dijo Vanzetti. Se estiró la chaqueta y el cuello de la camisa, poniendo el nudo de la corbata en su sitio; luego se aseguró de que la pistola estaba donde tenía que estar.

—No —dije—. Si Vittoria se ha ido allí, se ha ido por algún motivo. Es mejor establecer la razón primero. Confíe en mí. Tengo experiencia con este tipo de cosas.

Al principio, Vanzetti dudó. Luego asintió con decisión.

—Confío en usted.

Miré hacia Catrin y V. J. Parks, los dos me dieron su aprobación con la cabeza. Luego le di las gracias a Sherri, por su sugerencia.

—No es nada —contestó Sherri con una risita de niña—. Ya me conoce, me gusta ayudar.

Capítulo Once

Conduje a gran velocidad por la M4 treinta y dos kilómetros al oeste de Newton.

Newton era un pueblo de postal —uno de los muchos de la región— que podía rastrear sus raíces hasta la invasión normanda de Glamorgan en el s. XII. Situado en la costa, el pueblo presumía de tener una iglesia normanda, un pintoresco estanque, una serie de dunas de arena y una gran zona verde municipal. Además, la gente que iba de vacaciones utilizaba un amplio parque de caravanas, uno de los más grandes de Europa. Newton también tenía un pozo «mágico» que se vaciaba cuando subía la marea y se llenaba cuando la marea bajaba.

Recuerdo quedarme mirando aquel pozo de pequeña, cuando mi madre me avisaba de no acercarme demasiado o el hombre del saco me metería dentro. Mi madre utilizaba el miedo como medio de control; no es el modo ideal de educar pero, siendo alcohólica, lo hacía lo mejor que podía.

El posible escondite de Vittoria era una casa moderna de ladrillo rojo con cuatro habitaciones, cuya parte trasera daba a las dunas de arena, a tiro de piedra de la playa. Aparqué el Mini frente a la casa, ignoré la mirada crítica de un vecino cotilla y entré andando en el jardín. Llamé con los nudillos a la puerta y probé el picaporte: la puerta estaba cerrada con llave. Así que me fui a la parte trasera de la casa donde había un camino, pero no había jardín. El camino llevaba hasta las dunas mientras que una vereda arenosa llevaba hacia la playa.

La parte posterior de la casa estaba apartada así que intenté abrir la puerta, la cual cedió cuando la toqué. Sintiéndome culpable por un lado pero justificada por otro, entré en la casa.

La casa estaba vacía; No me hizo falta registrar cada habitación, cada rincón, para saberlo. Simplemente sentí el vacío, digamos que fue gracias a un sexto sentido después de años de experiencia. Sin embargo, las habitaciones estaban desordenadas, parecían habitadas. Los platos del desayuno que había en el fregadero de la cocina me decían que alguien había comido allí unas horas antes.

Deambulé hasta el comedor, una habitación iluminada por el sol de la tarde que atravesaba una gran ventana, aun así era oscuro debido a una pared negra y el

mobiliario negro. Una televisión dominaba la pared, perpendicular a la ventana. Las plantas de interior que había proporcionaban un poco de frescura mientras que un jarrón alto metálico ofrecía un aire industrial. No era mi tipo de habitación —demasiado oscura para mí— pero el contenido mostraba opulencia y estilo.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando se abrió la puerta trasera. Me quedé de pie en las escaleras, me di la vuelta y vi a una mujer joven. Vestida con vaqueros descoloridos y un jersey amplio, llevaba un collar y una pulsera de conchas marinas a la vez que una colección de coloridas conchas llenaban su mano izquierda. Tenía el pelo oscuro y despeinado, como si lo hubieran cortado con tijeras de podar. Realmente el pelo era un desastre, más allá de una declaración rebelde sobre la moda. Pensé que se lo habría cortado ella misma sin la ayuda de un espejo. Sus dulces ojos avellana, los ojos de Vanzetti, y la nariz romana me indicaban que había encontrado a Vittoria.

—¿Quién eres? —preguntó echándose hacia atrás, dejando las conchas sobre una mesa pequeña que había en el pasillo, cerca de la puerta. Cuando dejó caer las conchas, se le subieron las mangas del jersey, revelando cicatrices profundas, feas.

—Me llamo Sam —dije—, soy investigadora privada. He estado buscándote; me ha contratado tu padre.

Vittoria asintió. Miró hacia abajo, a sus playeras.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó, con tono cansado y un lenguaje corporal defensivo, llevando la mano derecha hacia el pomo de la puerta.

—Has tentado a la suerte —dije— robándole la casa a tu padre.

Se encogió de hombros.

—Solo la borré de la lista de propiedades.

—Tenía que enterarse antes o después.

—No con Sherri cerca. El cerebro se le queda hecho puré cuando Sherri anda cerca. Ya no presta atención a los pequeños detalles.

Sonreí y agité una mano por encima de mi cabeza.

—¿Esta casa es un pequeño detalle?

—Lo es cuando tienes tantas propiedades como mi padre.

Aunque todavía cansada, consiguió elevar la mirada para encontrar la mía. Después de una larga pausa para pensar, quitó la mano del pomo de la puerta.

Dio un paso por el pasillo y luego entró en el comedor. Invitándome a mí misma, la seguí.

En el comedor, Vittoria se dejó caer en un sofá, frente a la pared de la televisión. Se quedó mirando la pantalla, a pesar de estar en negro.

Mientras tanto, yo me acomodé en otro sofá, me incliné hacia adelante y le pregunté:

—¿Te cae bien Sherri?

Vittoria se encogió de hombros. Ya me había dado cuenta de que era muy de encogerse de hombros. De todos modos, parecía fiarse de mí, quizá porque estaba trabajando para su padre. Sentí que tenía miedo de algo, de alguien, pero que el miedo no se centraba en mí.

—Sherri no es como mi madre —dijo Vittoria—. Nos llevamos bien.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —le pregunté—. ¿Y en los brazos?

Vittoria tiró de las mangas escondiendo las cicatrices. Me miró, luego bajo la mirada y se quedó de nuevo en silencio.

Estuvimos sentadas sin hablar. Los minutos pasaron. Vittoria no miraba a nada en particular mientras que yo intentaba encontrarle sentido a la situación.

Luego me preguntó:

—¿Vas a llevarme de vuelta con mi padre?

—Eso es cosa tuya. Sabe que estás aquí. Pero puedo conseguirte algo de tiempo, algo de espacio, si quieres mantenerte alejada de él.

—Quiero estar sola —dijo con un tono pesado, cansado, cargado de melancolía.

—Lo respeto —dije—, pero tu padre, tu madre y V. J. están preocupados por ti. ¿Te importa que los llame para decirles que estás a salvo?

Vittoria se lo pensó. Los segundos parecieron minutos. Luego dijo:

—Vale. Puedes decirles que estoy bien. Pero necesito estar sola.

Dije que sí con la cabeza, cogí el bolso y sujeté el teléfono. Sin embargo, antes de hacer la llamada, necesitaba más respuestas.

—¿Estás enfadada con tu padre?

—No.

—¿Por qué no quieres verlo?

—No puedo verlo —dijo Vittoria girando la cabeza, mirando hacia otro lado.

—¿Por qué no?

—No lo entenderías.

—Ponme a prueba —dije.

Se quedó en silencio. Mirando fijamente a la pared.

—¿Te gustaría hablar con tu madre? —pregunté.

—No.

—Cuando se divorciaron, escogiste vivir con tu padre, no con tu madre.

—¿Y? —Giró la cara para mirarme, con las facciones duras, severas.

—¿Alguna razón para ello?

—Siempre he estado más unida a mi padre. Siempre ha estado ahí para protegerme. Mi madre solía reñirme. Era la dura. Mi padre era el blando.

—¿Así que te sientes más unida a tu padre que a tu madre pero no quieres verlo?

De nuevo, silencio pesado y mirada perdida. Claramente, Vittoria era una mujer articulada, inteligente, pero algo, o alguien, la habían hecho salir huyendo, una emoción negativa contenía su lengua.

—¿Qué hay de V. J.? ¿Te gustaría hablar con él? —pregunté.

—Más tarde. —Vittoria se encogió de hombros—. Puede que sí. Pero ahora no.

—Realmente quieres estar sola.

—Sí.

—¿Estás pensando en quedarte aquí?

—No lo sé. —Subió la vista y me miró torciendo el gesto—. Ahora a lo mejor me tengo que ir.

—Si lo haces, te volveré a encontrar.

Otro encogimiento de hombros.

—Entonces, supongo que me quedaré.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—El tiempo que haga falta.

—¿Qué haga falta para qué?

Silencio: pesado, prolongado, intenso.

—¿Te importa que vuelva a venir a verte? —pregunté.

Vittoria frunció el ceño. Se me quedó mirando y, por primera vez, mostró interés sincero.

—¿Por qué?

—Quiero ayudarte.

—No puedes. —Cogió un cojín, y lo abrazó contra su vientre—. Nadie puede.

Ignoré aquello y dije:

—Volveré pronto, ¿vale? Puede que traiga un amigo.

Me miró con dureza. El miedo nublaba sus ojos.

—Alguien que conoces —dije, en tono reconfortante—. Mi amigo te protegerá, te mantendrá a salvo.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Vittoria. Agarró el cojín y lo lanzó contra la pared. Luego se puso a llorar—. Es demasiado tarde para cualquier cosa. Nadie puede ayudarme ahora.

Capítulo Doce

Llamé a Vanzetti por teléfono y le conté que Vittoria estaba a salvo. Quiso verla inmediatamente, pero le expliqué que necesitaba un poco de tiempo a solas. Vanzetti se quejó y farfulló entre dientes. De todos modos, accedió cuando le prometí explicárselo todo al volver a su casa.

Me quedé de pie en una duna que ofrecía una vista delantera y trasera de la casa y llamé a Mac. Le expliqué la situación y en media hora su Bugatti ya se aproximaba.

—Muchas gracias por dejarlo todo y venir corriendo —dije mientras me acercaba al coche de Mac.

—Te dije que solo tenías que silbar, ¿no? Has silbado y aquí estoy. Soy un hombre de palabra.

Mac salió del Bugatti. Noté como se movían las cortinas de los vecinos mientras él se ajustaba el abrigo, se pasaba la mano por la calva y luego le daba un lametón a su bigote pelirrojo. Mac llamaría la atención entre miles de personas. En aquella exclusiva calle, pasaba tan desapercibido como un extraterrestre en tanga.

Entramos en la casa por la puerta trasera y encontramos a Vittoria sentada en el comedor. Tenía una pila de libros al lado —libros de psicología en su mayoría— y una colección de CD. Estaba buscando entre los CD, como distraída. Tenía los ojos vidriosos, preocupados, distantes.

—Hola otra vez —dije—. Este es mi amigo Mac. ¿Conoces a Mac?

Miró hacia arriba y asintió ligeramente con la cabeza.

—Lo he visto por ahí.

—Me gustaría que Mac se quedara contigo hasta que yo pueda arreglar las cosas con tu padre.

—No necesito una niñera —dijo Vittoria mientras empujaba con enfado los CD. Los CD esparcidos por el suelo mostraban álbumes de los Stereophonics, Manic Street Preachers, Super Furry Animals y Catatonia. También vi un CD de un cantante de folk, Dafydd Iwan.

—No puedo dejarte sola —dije—. Si lo hiciera y te pasara algo, tu padre no me lo perdonaría nunca, ¿entiendes?

Vittoria se quedó mirando los CD fijamente. Se inclinó hacia adelante para ordenarlos, luego lo pensó mejor y se dejó caer hacia atrás en el sofá.

—Te ofrezco un trato —dije—. Si dejas que Mac se quede contigo, te quitaré a tu familia de encima el tiempo que haga falta.

Vittoria vaciló. Jugó con su pulsera de conchas y luego miró hacia Mac.

—Necesito pensarlo —dijo.

—Tú piénsalo —dije—. Nosotros esperaremos fuera.

Después de subirnos a una duna para mantener vigilada la casa, me giré hacia Mac y le pregunté:

—¿Qué te parece?

Mac apretó los labios. Se quedó muy pensativo y luego contestó:

—No es la Vittoria que yo he visto en casa de Vanzetti. Quiero decir, la chica es la hija de Vanzetti, pero su personalidad ha cambiado.

—¿Has notado su pelo?

Mac asintió.

—Autoinfligido, creo yo.

—¿Y los brazos?

De nuevo, asintió con la cabeza.

—Probablemente, también se ha hecho ella los cortes en los brazos. Creo que algo la debe de haber perturbado psicológicamente. Me parece que le iría bien hablar con el bueno del Dr. Storey.

—Creo que tienes razón —dije. Ya se me había pasado por la cabeza pedirle ayuda a Alan—. Si dice que sí, ¿la vigilarás hasta que yo arregle las cosas con Vanzetti?

—Lo haré si me llevo un porcentaje de tu parte —dijo Mac echándose hacia atrás, arqueando la espalda y mirándome como un banquero mezquino.

—Creía que hacías este trabajo por vocación, no por dinero.

—Soy escocés —dijo echándose de nuevo hacia adelante, dejando que se le hundieran los pies en la suave arena—. Por si no te habías dado cuenta. Y los escoceses apreciamos el valor de una libra.

—Vale. —Suspiré—. Diez por ciento.

—¿Diez? —Mac frunció el ceño.

—Veinte.

—Digamos cuarenta para ir acercándonos a un trato.

El día era soleado y brillante, aunque corría una brisa fresca por las dunas que me desarregló la ropa y el pelo. Estiré una mano y me quité el pelo de los ojos y la cara y dije:

—No vas a largarte y a abandonar a Vittoria, así que ¿por qué estamos teniendo esta conversación?

—¿Quieres poner a prueba eso que dices, jovencita? —preguntó Mac, con la mirada fija en un surfista, un joven que peleaba por mantenerse erguido mientras luchaba contra las olas y el viento—. Tú silba, yo vendré corriendo; pero un hombre necesita conseguir comida y refugio.

—Treinta por ciento —cedí.

—Cuarenta.

—Treinta y ocho.

—¿Treinta y ocho? —La frente de Mac se llenó de arrugas que parecían los pliegues de la arena húmeda de la playa—. ¿Pero qué número es ese?

—Es un número entre treinta y siete y treinta y nueve.

Mac se me quedó mirando, así que crucé los brazos y golpeé la arena con los dedos de los pies. Siguiendo el ejemplo de Sherri, puse morritos y miré hacia otro lado. La teatrera en mí había entrado en acción.

—Ahora solo estás siendo terca y pedante —se quejó.

Alcé la mirada al cielo. Un avión había dejado una estela de vapor mientras que, a distancia, un helicóptero amarillo volaba sobre las vías del tren.

—¿Quieres que te haga una lista de tus características? —pregunté.

Mac me dio un empujón en bromas en el hombro que casi me mandó rodando duna abajo.

—Estamos discutiendo como un matrimonio. —Sonrió—. Te das cuenta, ¿no?

—Entonces, menos mal que no estamos casados. Menos mal que no me encuentras atractiva.

—Yo no he dicho eso, jovencita. Eres una mujer muy atractiva, a pesar de tu obstinación.

Asentí en dirección a la casa y nos pusimos en pie sobre la vereda llena de arena. Era hora de volver con Vittoria.

—Treinta y ocho por ciento —dije—. Mi última oferta.

Con paso pesado, Mac se hundió en la arena. Así que saltó hacia el césped.

—Redondeémoslo a treinta y tres por ciento, solo para acabar con esta conversación. Treinta y ocho por ciento. —Sacudió la cabeza poniendo cara triste—. No puedo decir que sí a esa cantidad. No habría manera de que me acordase de ella.

—¿Y te acordarás de treinta y tres por ciento?

Dijo que sí firmemente con la cabeza.

—Los viejos discos de música, treinta y tres revoluciones por minuto. La primera vez que eché un polvo había un tocadiscos de fondo, ¿cómo iba a olvidarme de eso?

—¿Echar un polvo? —Fruncí el ceño.

—¿Quieres que te haga un dibujo?

Me sonrojé y empecé a dar zancadas más largas. Ese es el problema de tener pecas, con la más mínima sugerencia se me enciende la cara como un semáforo.

—¿Sería para mayores de dieciocho? —pregunté.

—Uy, sí. —Mac sonrió, enseñando un empaste de oro en el colmillo izquierdo—. Desde luego que para mucho más mayores de dieciocho.

Dentro de la casa encontramos a Vittoria en el sofá, en la misma posición tirada. Claramente, a todos los efectos, no se había movido.

Arqueé una ceja y ella contestó:

—Vale, Mac puede quedarse. Pero no quiero ni ver ni hablar con nadie de mi familia.

—No te preocupes —dije—. Yo me encargaré de eso.

Capítulo Trece

Regresé a St. Donats y a casa de Vanzetti.

En la sala de estar dorada, encontré a Catrin y a V. J. Parks sentados al borde de los sofás mientras Vanzetti andaba de un lado para otro. Sherri estaba mirando fijamente la televisión, con el sonido apagado. Alguien había retirado la mesa baja de cristal para que no hubiera más espinillas amoratadas aquella tarde.

—Encontré a Vittoria —dije—. Está bien.

—¿Dónde está? —preguntó Vanzetti—. ¿En la casa?

Dije que sí con la cabeza.

—Quiero verla —dijo él, con tono apremiante y contundente.

Sin lugar a dudas, poca gente hacía frente a Vincent Vanzetti. Sin embargo, yo le había hecho una promesa a Vittoria, así que dije:

—No.

—¿No? —Torció el gesto mientras apretaba los puños con enfado.

—Se lo he prometido. Necesita tiempo para ella misma.

—¿De qué está hablando? —Vanzetti me miró con furia. Fue andando hasta donde yo estaba y me puso la mano en el hombro derecho. Me dio una sacudida enérgica.

—No lo sé exactamente —dije manteniendo mi postura—. Vittoria huyó a su santuario por algún motivo. No quiere verle a usted, a ninguno de ustedes, por algún motivo. Necesita tiempo antes de poder dar explicaciones.

Vanzetti me cogió de ambos hombros. Me zarandeó y dijo:

—Es mi hija y voy a ir a verla.

Preocupada, Catrin metió baza. Se llevó a Vanzetti a rastras hasta el sofá y le acomodó en un lujoso asiento.

—Siéntate, Vince. Deja las manos quietas y escuchemos a Sam.

—Mac está con Vittoria —expliqué, ignorando una punzada de dolor en el hombro derecho. Vanzetti había estrujado una vieja cicatriz, recuerdo de una herida de bala; a pesar de que había pasado el tiempo, la herida seguía sensible al tacto—. Mac conoce a Vittoria, de las veces que ha trabajado para usted.

Catrin y Vanzetti asintieron al unísono. Estaban sentados uno junto a otro y Catrin cogió las manos de Vanzetti. Las acarició y las colocó sobre su regazo. Por el raballo del ojo pude ver a Sherri poniendo morritos mientras V. J. seguía con la mirada perdida, pensando en Vittoria, sin duda.

Mientras flexionaba el hombro dije:

—Mac cree que Vittoria no es la misma mujer que conoció en esta casa; que su personalidad ha cambiado.

—¿De qué manera? —preguntó Catrin.

—Más reservada —expliqué—. Sombría.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero se ha cortado el pelo y se ha hecho cortes en los brazos.

—¿Por qué? —repitió Catrin.

Me encogí de hombros.

—Intentaré averiguarlo.

El dolor del hombro se me había calmado, podía moverme con libertad. De todos modos, hice una nota mental para recordarme que Vanzetti era un hombre violento, me vendría bien vigilar su humor y sus manos.

Mientras me alejaba de Vanzetti y de Catrin, pregunté:

—¿Alguna vez se había hecho daño Vittoria a sí misma?

—Nunca —dijo Catrin—. Vittoria siempre se toma muy en serio su aspecto.

—¿V. J.? —pregunté mirando hacia el boxeador.

—Vittoria nunca se ha hecho daño. Odia el dolor; tiene un umbral muy bajo de tolerancia.

—Me gustaría comprender qué está pasando —dije—, por el bien de Vittoria, antes de pedirle que vuelva a casa.

—¿Cree que alguien de esta casa tiene algo que ver con cómo se está comportando? —dijo Vanzetti iracundo—. ¿Qué la culpa es nuestra?

—No lo sé, Sr. Vanzetti. Pero, para serle sincera, se me ha pasado por la cabeza.

Vanzetti intentó levantarse, pero se sometió al firme control de Catrin.

—¡La contraté para que encontrase a mi hija! —gritó—. ¡No para que nos insultase!

Catrin tiró a Vanzetti de la manga. Dijo:

—Siéntate, Vince. Te estás alterando. Le has hecho una pregunta directa y ella te ha dado una respuesta directa. Hubo un tiempo en que respetabas eso.

Vanzetti me observó durante diez largos segundos. Luego inclinó la cabeza hacia su esposa y mantuvo su posición en el sofá.

—Vale —admitió—. Lo siento. Pero es que estoy disgustado.

—Todos estamos disgustados —dijo Catrin. Apretó las manos de Vanzetti de manera reconfortante y luego las puso contra su mejilla derecha. Sus labios rozaron las manos de Vanzetti. Él las dejó quietas. No se quejó—. Pase usted algo de tiempo con Vittoria —me dijo Catrin—. Descubra qué es lo que está pasando. Infórmenos

regularmente

—¿Estará usted aquí? —pregunté.

—¿Vince? —se giró hacia su exmarido.

—¿Eh? —Vanzetti sacudió la cabeza, como para aclarársela—. Sí, claro —dijo—. Puedes quedarte en la habitación de invitados.

Por si acaso, se dio la vuelta hacia su mujer, que había dejado de ver la tele para prestarles atención a Catrin y a él; Sherri estaba allí sentada, con los ojos fríos, con mirada vengativa. Si hubiera podido transformar sus uñas en tacones de aguja, le habría sacado los ojos a Catrin.

—¿Te parece bien, cariño? —preguntó Vanzetti con la misma sutileza que un mazo.

Aguantando las lágrimas, Sherri salió haciendo aspavientos de la habitación. Mientras, Vanzetti miraba a Catrin y se encogía de hombros.

—V. J., ¿te quieres quedar tú también? —le preguntó Vanzetti al boxeador.

—Claro. —Asintió V. J. Luego se levantó y vino hacia mí. Con un toque lastimero en la voz dijo—: Quiero ver a Vittoria.

—Todo a su tiempo —dije—. Confía en mí.

Iba a salir de la habitación, sin embargo, antes de que llegara a la puerta, Vanzetti me gritó:

—Será mejor que cumpla lo prometido. Si la jode, le retorceré el pescuezo.

Capítulo Catorce

Desde St. Donats me fui en coche a St. Fagans. En Glamorgan, cada segundo pueblo tiene nombre de santo o, al menos, eso parece; ¿quería decir aquello que nuestros antepasados eran devotos hasta casi la santidad? ¿o es que necesitaban

desesperadamente orientación espiritual? Si me guiaba por mis ancestros, la respuesta era la segunda, sin lugar a dudas.

Encontré a Alan en casa, en su estudio. Estaba pasando a ordenador un manuscrito: sus teorías sobre psicología. A pesar de que estaba bien cualificado, se resistía a todas las ofertas para escribir un libro alegando falta de tiempo. Sin embargo, un editor le había acosado hasta someterlo con la promesa de una fecha límite abierta. Aunque puede que Alan tardara un tiempo en escribir el libro, cuando lo acabara, ese libro sería un tomo impresionante en términos de contenido y volumen.

Esperé a que Alan terminara el párrafo, me incliné hacia adelante y le di un beso, luego dije:

—He encontrado a Vittoria.

Sonrió.

—Sabía que lo harías.

—Está dañada, emocional y físicamente. —Me senté en un viejo sillón cubierto con una manta decorativa. La manta tenía patrón de diamante y variedad de colores otoñales, ofrecía un contraste agradable con las paredes lisas de color magnolia. Dije—: Me gustaría saber qué ha provocado ese daño.

Alan miró al ordenador entrecerrando los ojos. Hizo un ajuste mínimo al manuscrito y luego dijo:

—Estoy seguro de que Vincent Vanzetti puede permitirse un equipo de asistentes, uno de ellos, quizá un psicólogo, podría ayudar a Vittoria.

—Ella no quiere ver a su padre ni hablar con él o con nadie de su familia.

Alan se detuvo. Giró la cara hacia mí y luego arrugó la frente.

—Ya veo.

—Le prometí a Vittoria que la protegería. Mac está con ella para mantener a la familia alejada.

La frente de Alan se arrugó aún más. La preocupación nublaba sus comprensivos ojos marrones.

—¿Cuál ha sido la reacción de ellos?

—No están contentos. Me están presionando, sobre todo Vanzetti.

Alan asintió con la cabeza.

—Así que estás entre la espada y la pared.

Hice una mueca.

—Y estoy notando la presión.

Alan cerró el programa del ordenador. En la pantalla volvió a lucir el salvapantallas: una foto de una servidora. Estaba sonriendo en esa foto, lo normal, con aspecto joven y feliz. Ahora que lo pienso, era relativamente joven y sumamente feliz, a pesar de la espada de Damocles que Vanzetti había puesto sobre mi cabeza. Mientras pensaba en eso, Alan giró en la silla y me preguntó:

—¿Crees que alguien en casa de los Vanzetti es responsable de la situación de Vittoria?

—Ella no quiere verlos. Parece un indicio, sin duda. Todos tienen algo..., algo amenazador. Quiero decir, Catrin es una mujer dura, dura como el granito; V. J. es boxeador, lo que sugiere agresividad natural; y Vanzetti es, bueno, Vanzetti es un hombre que podría ordenar tu ejecución si se ajustara a sus necesidades.

—¿Y qué hay de Sherri?

—A pesar de su historial en el mundo del cine, Sherri es bastante dulce e inocente. No obstante, es tan dulce e inocente que se puede pensar que sería capaz de hacer algo sin pensar, algo peligroso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Alan puso una sonrisa triste y dijo que sí con la cabeza.

—Podría enseñarte una lista de asesinos en serie que parecían angelitos. Los chulos suelen ser inmaduros e impulsivos. Algunos tienen características agresivas que expresan a través de la violencia. Hay un dicho: «El expresivo puede volverse agresivo». Hay una etiqueta que algunos psicólogos ponen a la gente: Trastorno Histriónico de la Personalidad. La gente con THP es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir atención y sus emociones tienden a ser extremas. Sus vidas personales suelen ser turbulentas y pueden parecer caricaturas vivientes. Muchos actores, artistas y políticos muestran rasgos de THP. Los que lo sufren ansían aprobación y les aterra el rechazo. Lo que quiero decir, es que no juzgues a Sherri por las apariencias; intenta comprenderla, ver más allá de sus exhibiciones extravagantes.

—Los santos más dulces pueden, a menudo, ser los pecadores más retorcidos —dije.

Alan asintió.

—Eso pasa, de hecho, es una característica común. En la vida, necesitamos un equilibrio; la conducta demasiado generosa suele compensarse con actos que son oscuros en extremo.

—No estoy segura de cómo podría Sherri haber hecho daño a Vittoria —dije—, pero puede que pasara algo entre ellas.

Nos quedamos en silencio pensando en ello. Mientras Alan rumiaba sobre mis palabras, miró hacia un cuadro, una pintura que representaba la barraca de un minero de carbón. La choza representaba un hogar ancestral. Un familiar había pintado el cuadro, lo que me recordó los orígenes humildes de Alan.

—Vittoria necesita alguien con quien hablar —dije—. Te necesita.

Alan miró hacia mí. Frunció el ceño con cautela.

—Espera un minuto, Sam.

—Como un favor para mí, por favor.

Sacudió la cabeza. Yo no era la única en esa casa que podía ser cabezota.

—No puedo lanzarme sobre ella sin avisar —dijo Alan—. La psicología no funciona así. Cuando mejor funciona la psicología es cuando el cliente es el que se acerca al psicólogo.

—Pero a veces hace falta un parche —dije—. No digo que encuentres la cura, o lo que sea, solo que le pongas un parche hasta que Vittoria pueda buscar ayuda ella misma.

—Puede que le moleste mi intromisión —dijo Alan cerrando el ordenador—. Puede que ponga las cosas peor.

—No será así, te conozco. Le harás sentirse mejor consigo misma. A mí me hiciste sentirme mejor conmigo misma. Si fuiste capaz de hacerlo conmigo, lo puedes hacer con cualquiera.

Alan sonrió. Se acarició pensativo la barba cuidadosamente recortada.

—Eso fue con amor, no con psicología.

—No —insistí—. Eso fue por ti, por el tipo de persona que eres. Le das algo a la gente, algo que no puedo explicar, algo intangible. Describirlo como un aura sería demasiado imaginativo. Pero sí que tienes una presencia, una presencia que calma y proporciona seguridad y cuando la gente te conoce, responden a ella. Además, a Vittoria le interesa la psicología, está estudiando psicología infantil. Estoy segura de que reaccionará a ti.

—No estoy seguro —contestó Alan prudentemente.

—Por favor —le rogué—. Aunque solo sea para quitarme a Vanzetti de encima.

Alan se quedó mirando por la venta, hacia el bosque, la zona arbolada que había en la parte posterior de la casa. Un río atravesaba aquel bosque dando un aire de serenidad, de tranquilidad, a la bella escena silvana.

—Vanzetti es un hombre peligroso —Alan reflexionó.

—Lo es —coincidí—. Si Vittoria da su consentimiento, ¿lo harás?

Alan dijo que sí con la cabeza.

—Por ti, lo haré.

Capítulo Quince

Tras mi charla con Alan, hice el viaje de vuelta a Newton. Por el camino, tuve que soportar la frustración de media hora de retraso en la autopista: un camión había perdido su carga, reteniendo así el tráfico. Mientras estaba sentada esperando, reflexioné sobre la noción de que las cosas que están diseñadas o inventadas para acelerar nuestras vidas, a menudo nos hacen ir más despacio.

En Newton encontré a Mac en el comedor. Estaba sentado en el sofá viendo la televisión con el volumen bajo. Había puesto un canal de deportes donde estaban echando un partido de fútbol; un partido europeo, supongo, posiblemente la final de alguna copa. La carencia de un padre o una figura masculina en mi infancia supuso una educación desequilibrada; mi madre odiaba el deporte, así que se convirtió en algo que yo aborrecía. Dicho esto, era capaz de apreciar las habilidades y la dedicación de los deportistas modernos, pero la naturaleza voyerista del deporte no me atraía.

—¿Cómo está Vittoria? —pregunté mientras me acomodaba en un sillón.

—Tranquila —dijo Mac. Con el pulgar derecho apuntó hacia el techo, hacia donde estaban los dormitorios.

—¿Algún problema? —pregunté.

—No se ha presentado nadie amenazador, si es a lo que te refieres.

Nos quedamos callados mientras un futbolista se derrumbaba en el área de penalti; sus compañeros salieron corriendo hacia el árbitro exigiendo un penalti. Pusieron la repetición varias veces para demostrar que nadie había tocado al futbolista, se había tirado a la piscina: otro motivo por el que me interesaba tan poco aquel juego.

—¿Has hablado con el bueno del Dr. Storey? —preguntó Mac mientras agitaba la cabeza en dirección a la pantalla de la televisión y aquel «teatrillo».

—Ajá.

—¿Va a ayudar?

Asentí.

—Si Vittoria está de acuerdo.

Las cámaras de televisión siguieron al futbolista que se había tirado y al oponente, el hombre que supuestamente le había tirado. Estalló una discusión. Durante la gresca, el oponente se puso las manos en la cara con bastante dramatismo y se tiró al suelo, como si le hubieran noqueado. Una vez más, el ojo que todo lo ve de las cámaras de televisión reveló que no hubo contacto alguno. El juego se estaba convirtiendo en un circo, con payasos y todo.

—¿Has tomado ya una decisión? Sobre el Dr. Storey —preguntó Mac, sacudiendo la cabeza otra vez mientras el árbitro sacaba tarjetas rojas y amarillas a montones, expulsando a los piscineros del terreno de juego.

—Le quiero —dije—. Eso lo tengo claro.

—¿Te vas a casar con él?

—Me gustaría.

—¿Y qué te lo impide?

Pensé un momento, luego contesté con sinceridad.

—No quiero echar a perder lo que tenemos. Puede ser muy difícil vivir conmigo, como bien has señalado. Además, las pesadillas de mi vida pasada con mi ex siguen aquí, en mi cabeza.

—El bueno del Dr. Storey no es un hombre violento.

—No lo es —coincidí—. Pero me queda un poco de miedo, restos de sentimientos que Dan dejó, pero creo que puedo controlarlos.

—Entonces, adelante —me instó Mac.

A lo mejor debería de dejarme llevar alegremente. No obstante, el matrimonio es un gran paso y quería estar segura de que pisaba sobre suelo firme. Potencialmente, aquel sería un punto de inflexión en mi vida, la mayor decisión que jamás tomaría.

—La situación económica también me molesta —confesé—. Nuestra última conversación me dice que eso lo entiendes, Mac.

—¿El bueno del Dr. Storey gana más dinero que tú?

Dije que sí con la cabeza.

—Es uno de los mejores en su campo, le pagan muy bien. En comparación, yo soy una pobre.

—¿Pero os queréis igual el uno al otro?

—Creo que sí —hice una pausa y luego añadí— Sí, nos queremos igual.

—Entonces sois iguales —dijo Mac—. Deja ya de marear: coge a ese hombre de la mano y llévatelo directo al altar.

En la pantalla de la televisión, los futbolistas millonarios corrían con más ganas. Luego, gracias a Dios, alguien marcó un gol. Como es normal, el

público se volvió loco mientras los hinchas de los contrarios caían en la desesperación. El director del programa enfocó de cerca a los alegres hinchas que, inmediatamente, se pusieron a hacer caras y a saludar a la cámara. Desde luego, los hinchas estaban más alterados por salir en la televisión que por el gol que había marcado su equipo. Ah..., ese momento efímero de fama, esa droga que dirige a la sociedad moderna.

—¿Has decidido lo de mudarte con tu amante? —pregunté.

Perdiendo el interés en el partido, Mac apagó la televisión. Estiró sus largas piernas y su agarrotada espalda y suspiró.

—Todavía no, jovencita.

—¿Qué te lo impide?

Apuntó hacia la funda de pistola que llevaba en el hombro y hacia su fabulosa pistola Beretta.

—Mi trabajo no es exactamente convencional.

—¿A qué se dedica tu amante?

—Está metido en el mundo del arte.

—¿Sabe a lo que te dedicas?

—Lo sabe.

—¿Y qué le parece?

—No tiene problema con ello.

—Entonces, adelante —dije, repitiendo el consejo de Mac.

Mac sonrió. Se acarició el gran bigote pelirrojo, atusándose.

—¿Sabes qué, jovencita? Se nos da muy bien dar consejos, pero la cosa cambia cuando se trata de recibirlos.

—Interesante apunte. —Sonreí.

—No soy solo un matón. —Mac sacó barbilla. Se quedó mirando al frente, con la cara totalmente seria—. También leo libros de cocina.

El sonido de pasos bajando por la escaleras puso fin a nuestra conversación. Arrastrando los pies y con la cabeza agachada, Vittoria entró en el comedor. Se sentó en el sofá, manteniendo las distancias lejos de Mac. Parecía adormilada, como si hubiera salido a duras penas de la cama.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Parpadeó, pero no contestó.

—He hablado con V. J. y con tus padres. Creo que puedo conseguirte algo de tiempo, pero necesito tu colaboración.

Vittoria parpadeó de nuevo, luego miró hacia Mac. Con los ojos aún puestos en él, preguntó:

—¿Para qué?

—Me gustaría que conocieras a mi prometido, el Dr. Alan Storey.

Entonces sus ojos se volvieron hacia mí.

—¿Quieres que me haga un reconocimiento?

—No es ese tipo de médico —expliqué—. Es psicólogo.

Vittoria cogió un cojín. Se lo puso en el regazo. Mientras abrazaba el cojín, igual que un niño abraza un osito de peluche, preguntó:

—¿Crees que estoy enferma de la cabeza?

—No, no lo creo —dije—. Pero, creo que sería bueno para todos si tuvieras una charla con Alan.

Vittoria se quedó mirando la televisión apagada mientras yo eché una mirada a Mac. Mac estaba, literalmente, rascándose la cabeza sin encontrar una respuesta, una explicación a la conducta de Vittoria.

Dije:

—Te has cortado el pelo por algún motivo. ¿Por qué motivo?

Se produjo un pesado silencio.

—Te has arañado los brazos por alguna razón.

Silencio, interrumpido por el suave sonido de lluvia que caía contra los cristales de la ventana.

—¿Conocerás a mi prometido, por favor?

Silencio, excepto por la lluvia, cuyo golpeteo se estaba volviendo más insistente por el viento que la arrastraba desde el mar.

—Escucha, princesa —dijo Mac en tono suave, amable, persuasivo—. Estamos intentando ayudarte.

Ahora la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas y, en la distancia, se oía el delicado sonido de truenos.

Dije:

—Te has hecho daño a ti misma, ¿pero quién te hizo daño a ti? ¿qué te hicieron?

Un rayo iluminó la habitación, lanzando un destello sobre la cara de Vittoria y remarcando sus ojos hundidos, angustiados.

—Tu padre es un hombre muy beligerante —dije—. Si quiere hacer algo, lo hará. Te lo puedo quitar de encima, pero tengo que darle una buena razón.

Mencionar a Vincent Vanzetti sacó a Vittoria de su ensimismamiento. Miró hacia Mac, luego hacia mí y dijo:

—¿Si me presentas a tu novio, mantendrás a mi familia alejada?

—Lo prometo —dije.

Vittoria volvió a abrazar el cojín y luego lo utilizó como una toalla para detener un río de lágrimas y secarse las mejillas. Resopló y dijo:

—Vale. Lo conoceré.

Capítulo Dieciséis

La tarde siguiente, después del trabajo, Alan conoció a Vittoria Vanzetti. Pero, primero saludó a Mac.

—¿Cómo va todo? —preguntó Alan—. ¿Qué tal los negocios?

—Prosperando, hasta que me encontré con tu media naranja. —Mac me miró frunciendo el ceño—. Ahora estoy metido en un bache financiero.

—Tendrás tu parte —dijo pacientemente.

—Sí, claro. —Suspiró Mac—. Y la luna está hecha de queso.

Mientras Mac montaba guardia en la puerta, llevé a Alan al comedor. Vittoria estaba sentada en el sofá con un cojín sobre el regazo y la mirada perdida en dirección a la pantalla apagada de la televisión.

—Hola —dijo Alan—. Soy el prometido de Sam.

Vittoria levantó la vista. Arrugó la frente juntando las cejas.

—¿Usted es el Dr. Storey?

—Alan. He venido como amigo, no como psicólogo. No estoy aquí en calidad de profesional.

Alan se sentó en un sillón, bien alejado de Vittoria. Llevaba puestos vaqueros y jersey informales. Se echó hacia atrás, emanando un aire muy natural, una sensación de calma.

Con mirada de halcón, Vittoria estudió a Alan en detalle durante un minuto. Luego se giró para regalarle a la pared una mirada vacía.

Inclinándose ligeramente hacia adelante, Alan observó los libros de texto que estaban al lado del sofá. Los libros se ladeaban como la torre inclinada de Pisa y amenazaban con venirse abajo. Sin embargo, al igual que la torre, mantenían el equilibrio; al igual que Vittoria, estaban al límite, empero se negaban a caer.

—Esos libros me llevan al pasado —dijo Alan—. A mis días de estudiante. ¿Estás estudiando para ser psicóloga?

—Psicóloga infantil —dijo Vittoria con voz queda de niña.

—¿Te está gustando el curso?

Se encogió de hombros e hizo un movimiento mínimo con el hombro izquierdo.

—Está bien.

—Y te gusta la música —dijo Alan, notando los CD que había tirados por todo el suelo.

—Sí.

Los ojos de Alan se pasearon por los CD. Vio uno de sus preferidos y sonrió.

—Stereophonics, un gran grupo.

Vittoria se giró bruscamente. Permanecía prudente, pero me di cuenta de que Alan le intrigaba hasta cierto punto. Mientras le miraba fijamente, vi que no llevaba maquillaje ni pendientes, a pesar de tener agujeros en las orejas. Con un ligero tono de acusación dijo:

—Eres demasiado viejo para escuchar a los Stereophonics.

—¿Por qué dices eso? —Alan sonrió.

Vittoria arrugó la frente. Evaluó a Alan rápidamente y dijo:

—Debes de tener unos cuarenta.

—¿Por qué debería la edad de ser una barrera a la hora de escuchar buena música? —preguntó Alan razonablemente—. ¿Por qué deberíamos imponernos limitaciones artificiales a nosotros mismos? —Mientras Vittoria pensaba sobre aquello, él continuó—: A un adolescente le puede encantar Beethoven; a un jubilado le puede encantar el rock. A mí me gusta todo tipo de música, todos los estilos. Está todo ahí para disfrutarlo.

Vittoria se quedó mirando fijamente los CD con la cara huraña. Claramente, en algún momento de su vida aquellos CD le habían proporcionado placer. Pero ahora todo parecía producirle dolor.

—¿Qué más cosas te gustan? —preguntó Alan.

La mirada de Vittoria se posó sobre una colección de conchas, las conchas que había cogido en la playa. Había llevado aquellas conchas de la mesa del pasillo a una bandeja en el comedor. Estaban allí por alguna razón, pero Vittoria carecía de la motivación para llevarla a cabo.

—¿Estos los has hecho tú? —preguntó Alan, refiriéndose a un collar y una pulsera de conchas que se había quitado ella.

Vittoria vaciló. Luego asintió, despacio.

—Muy bonitos. —Alan sonrió.

Vittoria se encogió de hombros.

—Yo solo ato juntas cosas que cojo en la playa.

—¿Te gusta andar por la playa?

Dijo que sí con la cabeza.

—¿Me harías algo para mí?

Frunció el ceño y casi sonrió. Casi.

—¿Tú quieres ponerte un collar de conchas?

Alan asintió hacia una servidora.

—Para dárselo a Sam, como regalo.

Aunque había sido una conversación breve, Vittoria parecía cansada. De hecho, Alan notó que estaba cansada y dijo:

—Ya te he robado demasiado tiempo. A lo mejor podría volver mañana.

Vittoria movió los pies. Miró hacia el suelo. Tenía los pies descalzos, con las uñas pintadas, aunque el pintaúñas se había saltado en todos los dedos.

—Tengo algunos libros en el ático —dijo Alan—. De cuando estudiaba. Solo están cogiendo polvo. Puedes quedártelos, a lo mejor te ayudan con los estudios.

Yo me moví un poco hacia adelante y me fijé en los pies de Vittoria. Como era de esperar, tenía las plantas sucias, pero también noté un moratón que le subía hacia la espinilla.

—Te traeré los libros mañana, si te parece bien, ¿vale, Vittoria?

Finalmente, Vittoria levantó la vista del suelo. Se quedó mirando a Alan y asintió de manera brusca y resignada.

Haciendo que Mac reanudara sus tareas, Alan y yo nos fuimos de la casa.

Capítulo Diecisiete

La tarde siguiente Alan fue a ver a Vittoria. Tal como le había prometido, juntó unos cuantos libros a los que les quitó el polvo después de bajarlos del ático. Llevaba aquellos libros cuando entró en el comedor.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Vittoria se encogió de hombros.

—Bien, supongo.

Alan le dio una palmada a los libros.

—Estos tomos me sirvieron bien cuando era estudiante. Puede que algunos estén desfasados, pero puedes usarlos si quieres. Cuando tengas tiempo, a lo mejor te apetece leerlos.

Sin mucho entusiasmo, Vittoria aceptó los libros. Les miró los lomos detenidamente y le prestó atención a uno de Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*.

Alan asintió. Preguntó:

—¿Estás de acuerdo con las teorías de Freud?

Vittoria se sentó erguida. Se inclinó ligeramente hacia adelante, mostrando algo de interés.

—¿Cómo voy a discutir con Freud? —preguntó—. Yo no soy nadie.

Alan sonrió. Se sentó en un sillón y se puso las manos detrás de la cabeza. Cuando se relajaba se repantingaba, decía que era bueno para su espalda.

—Solo es Freud —dijo Alan—, una persona con una serie de ideas interesantes. Personalmente, yo no estoy de acuerdo con sus ideas, pero eso no significa que me equivoque o que tenga razón. No tiene nada de malo absorber ideas a las que nos oponemos, nos ayuda a ver con más claridad nuestros puntos de vista sobre algunos temas. Y, por cierto —añadió—, no eres ninguna doña nadie, tus teorías son tan válidas como las de Freud.

Vittoria se movió un poco hacia adelante. Mientras sujetaba el libro de Freud, preguntó:

—¿En las ideas de quién crees?

—Me gusta formular mis propias ideas, pero sí que creo en los humanistas. ¿Has estudiado a los humanistas?

Vittoria frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Todavía no.

—Las ideas de Maslow y Rogers, la pirámide de las necesidades, la teoría de la personalidad... Creo que las encontrarás fascinantes. —Alan se sentó hacia adelante. Aunque Mac y una servidora estábamos en la habitación, parecía que Alan y Vittoria solo se preocupaban el uno del otro—. Ha dejado de llover —observó él—. ¿Qué te parece si damos un paseo por la playa? Podemos coger algunas conchas para la pulsera de Sam..

Vittoria siguió la mirada de Alan hacia la ventana, luego hacia las dunas y la playa.

—Vale —dijo, después de pensarlo un momento.

Mientras Alan y Vittoria paseaban por la playa, Mac y yo fuimos andando por las dunas. El día era tempestuoso y con chaparrones, así que la playa estaba casi desierta, perfecto para las intenciones de Alan, supongo.

Desde cierta distancia, vimos como Alan tiraba piedras al agua, se detenía a examinar unos restos de madera y hablaba con Vittoria. Aunque todavía reservada, parecía más cómoda y, de vez en cuando, insinuaba una sonrisa.

—Me pregunto qué es lo que le inquieta —reflexioné.

—El bueno del Dr. Storey llegará hasta el fondo, no lo dudo. Es un buen hombre. A lo mejor debería de mudarme yo con él, teniendo tú la opción a rechazarlo primero, por supuesto.

Arqueé una ceja lentamente.

—Le gustas, Mac, pero puedo prometerte que Alan es firmemente heterosexual.

—¿Te importaría explicármelo con detalle? —Sonrió.

—Sí, sí que me importaría. —Me giré para mirar a Mac, que me observaba fijamente—. No me mires así —me quejé—. Mira al mar.

El viento me había puesto el pelo en la cara y me pareció bien dejarlo allí, hasta que el rubor de mis mejillas hubiera desaparecido.

—A lo mejor debería de mudarme contigo y con Faye —sugirió Mac—. Por cierto, ¿cómo está Faye?

—Se ha adaptado bien. Está en Gales del Norte, recorriendo una cadena de hoteles como cliente misteriosa. Está un poco obsesionada con el orden. En realidad, algo más que obsesionada, pero es leal y entregada, una buena trabajadora y una buena amiga.

—Acoges a un gato callejero y a una mujer con un pasado turbulento —reflexionó Mac—, ¿alguna vez has pensado en abrir un hogar para los abandonados y los descarriados?

Sonreí.

—Si te mudaras con nosotros, habría hora punta en el baño por las mañanas.

—Sí. —Mac asintió— Y yo necesito mi tiempo en el baño por las mañanas. Necesito, al menos, media hora para afeitarme la cabeza. —Se pasó la mano por la calva—. Si no lo hiciera, tendría el pelo tan largo como el tuyo en nada de tiempo.

—Te estás quedando calvo, Mac. Te afeitas la cabeza porque tienes entradas. Y —añadí— la cabeza calva te hace parecer más duro.

—Yo no soy ningún macho —afirmó Mac, mientras hinchaba el pecho y se estiraba todo lo alto que podía—. Yo solo soy un gatito.

—El fortachón con corazón.

—Sí. —Sonrió abiertamente—. Y con la cartera vacía.

Mientras estudiaba a Alan y a Vittoria, dije:

—Estás obsesionado con el dinero, Mac.

—No, yo no. Solo muestro un sano interés en el vil metal. Es mi educación presbiteriana.

En la playa, Alan y Vittoria examinaban una serie de rocas y escollos. Muchos de los escollos estaban lisos y planos, reliquias de los días en los que la piedra caliza se extraía de la playa y se quemaba en hornos para hacer fertilizante. En el s. XVII la bahía era un puerto. Sin embargo, un lugar histórico local, Tusker Rock, hacía que muchos barcos encallaran de modo que la gente local abandonó el puerto y volvió a tierra firme. Cien años después, los contrabandistas utilizaron la bahía a través de, al parecer, pasajes secretos que iban desde la playa hasta el pueblo de Newton. ¿Qué secretos guardaba el pueblo? ¿Qué preocupaba a Vittoria? ¿Conseguiría Alan las respuestas?

Mientras Alan y Vittoria seguían con la charla, cogían conchas, examinaban la resaca del agua y usaban trozos de madera para dibujar sobre la arena, le dije a Mac:

—Háblame de cuando creciste. No sé nada.

Mac me miró con algo de recelo. Luego rebuscó en el abrigo y sacó una barrita grande de chocolate con trozos de fruta y frutos secos. Me ofreció:

—¿Quieres un trozo?

—Preferiría oírte hablar de tu pasado —dije.

Mac partió cuatro rectángulos de chocolate de la barra y se los metió en la boca. Procedió a chuparlos y masticarlos con gran alegría.

—No me vas a contar nada, ¿verdad? —conjeturé.

—A lo mejor algún día —admitió.

—¿Por qué trozos de fruta y frutos secos y no solo chocolate? —inquirí. A veces, hago las preguntas más ridículas.

—Una de mis cinco al día. Ya sabes, una de mis cinco porciones de fruta y verdura al día.

—¿Chocolate con trozos de fruta y frutos secos? —Arrugué la frente. Culpa mía: hago una pregunta tonta, obtengo una pregunta tonta—. Yo creo que no, Mac.

—En realidad, jovencita. —Mac hizo una pausa, como si estuviera a punto de hacer un hallazgo sensacional. Galileo al borde de un gran descubrimiento—. Como precisamente indicas, lleva trozos de fruta además de frutos secos, así que, en realidad, son dos de mis cinco al día.

Cinco minutos después, Alan y Vittoria paseaban por la playa con las manos llenas de conchas y guijarros. Alan dejó que Vittoria se adelantara con Mac, luego se detuvo y me dijo:

—Quizás mañana.

Capítulo Dieciocho

Alan reorganizó su horario y dejó tiempo libre para ir a ver a Vittoria por la tarde.

Nos encontrábamos en el comedor. Afuera estaba oscuro, el viento soplabla esparciendo anémonas, doblando ramas y agitando las hojas de los árboles. Llegando con la marea, se formaron nubes grises sobre nuestras cabezas, cargadas de lluvia helada, que hicieron los helados a la orilla del mar innecesarios y aseguraron la perspectiva de una playa desierta. Adiós patrones regulares de tiempo y estaciones constantes, hola calentamiento global.

Desde su posición en el sillón, Alan preguntó:

—¿Qué tal va la pulsera?

Vittoria miró hacia las conchas, las cuales había dejado amontonadas sobre una bandeja.

—Todavía no he tenido tiempo de ponerme a ello.

Alan asintió.

—¿Has leído alguno de los libros? —preguntó.

—He empezado este. —Vittoria cogió *Una teoría sobre la motivación humana* de Abraham Maslow—. Pero no puedo concentrarme.

De nuevo, Alan asintió. Se quedó en silencio, dejándole tiempo a Vittoria para que organizara sus ideas. Luego se desabrochó un botón de la chaqueta —había ido a ver a Vittoria directo desde el trabajo—, se ajustó la corbata y se inclinó hacia adelante. Todavía le daba a Vittoria cantidad de espacio y de tiempo; sin embargo, pude ver por la expresión de su cara que creía que Vittoria estaba lista para responder a algunas preguntas indagatorias.

—¿Dónde te ves a ti misma dentro de diez años, Vittoria? —preguntó Alan.

Ella pensó un momento y contestó:

—Siendo psicóloga infantil con mi propia consulta.

—¿Y cómo alcanzarás esa meta?

Echó un vistazo a los libros y dijo:

—Estudiando y aprobando los exámenes.

—¿Y que hay de matrimonio? —sondeó Alan.

Vittoria se dio la vuelta. Se quedó mirando la pared y se encogió de hombros.

—Quizás.

—¿Hijos?

—Quizás.

—¿Con V. J. Parks?

Entonces se giró para mirar a Alan, pero después de un breve contacto visual, miró al suelo, con la cara entre las sombras.

—Quizás.

—¿Le quieres?

—Sí, le quiero —respondió con voz queda.

—¿Él te quiere?

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Creo que sí.

—¿Te molesta su profesión?

De nuevo, Vittoria hizo una pausa. Miró a Mac y se encogió de hombros.

—Siempre he estado rodeada de hombres duros y de violencia. Mi padre es un tipo duro.

—¿Y violento?

—A veces —admitió ella.

—¿Contigo?

—No, nunca conmigo. —Sacudió la cabeza con firmeza.

Alan se quedó callado. Se echó hacia atrás. Observó a Vittoria con ojos dulces y compasivos. Le ofreció una sonrisa amable.

—Eres muy atractiva, Vittoria.

Ella tragó saliva y dijo:

—Gracias.

—Debes de tener muchos admiradores masculinos.

Ella se dio la vuelta.

—Unos pocos.

—¿Cómo se siente V. J. al respecto?

Ella hizo una mueca y apretó los labios.

—Puede ponerse celoso, sobreprotector.

—¿Y cuando V. J. no anda cerca?

—Puedo cuidarme yo sola. —Vittoria se estiró para coger un cojín. Lo apretujó y los nudillos se le pusieron blancos. Le cayó una lágrima por la mejilla.

—¿Cómo cuidas de ti misma? —preguntó Alan con delicadeza.

—Les digo que se larguen.

—¿Y si no te hacen caso?

Vittoria arrugó la frente.

—Les recuerdo que soy una Vanzetti.

—¿Y si eso no les impresiona?

Se encogió de hombros.

—Simplemente les digo que no me interesa.

—¿Y si no aceptan un no por respuesta?

—Les empujo para echarles.

—¿Y si insisten?

—Les... —Vittoria se quedó callada. Hundió la cara en el cojín. Mientras la observábamos con caras de preocupación, con las cabezas yéndonos a mil, ella lloraba desconsolada—. He deshonrado a mi familia... He llevado la vergüenza y el deshonor a mi familia.

Alan se llevó una mano a la boca. Dobló el dedo índice y lo colocó sobre el labio superior. Mientras él consideraba aquello, el tiempo se detuvo. Hacía que pareciera que el tiempo era inmaterial, infinito.

Cuando el llanto de Vittoria se había calmado, Alan preguntó:

—¿Cómo has deshonrado a tu familia, Vittoria?

Siguió un largo silencio.

—¿Has matado a alguien?

Vittoria se sorbió las narices e intentó aguantar las lágrimas. Sacudió la cabeza.

—¿Le has robado a alguien?

—No —dijo.

—¿Has traicionado a alguien?

—No.

Alan asintió. Se inclinó hacia adelante y se quitó la mano de la boca. Juntó ambas manos y apoyó los brazos sobre los muslos. Con voz tranquilizadora dijo:

—No has deshonrado a nadie, Vittoria. No has llevado la vergüenza ni el deshonor a tu familia.

Vittoria se secó los ojos con el cojín. Dijo que sí con la cabeza, como un acto reflejo que carecía de convicción. Evidentemente, en su mente había dudas, culpabilidad y vergüenza que la agitaban.

—¿Qué pasó cuando le dijiste que se fuera? —preguntó Alan.

—Me empujó.
—¿Y luego?
—Se rio de mí.
—¿Y luego?
—Me pegó hasta que casi perdí el conocimiento.
—¿Y luego? —preguntó Alan.
—Me violó —Vittoria dijo gritando.
—¿Quién te violó, Vittoria?
—Grant Osborne. —Con lágrimas estranguló el cojín. A través de su dolor, gritó—: Grant Osborne me violó.

Capítulo Diecinueve

El tiempo se detuvo. Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos en una eternidad. Alan seguía sentado en el sillón, aunque se había quitado la chaqueta; Mac estaba de pie junto a la puerta, con la cara seria y apretando los puños con rabia; mientras tanto, yo estaba junto a la ventana, pensando: Osborne no se podía salir con la suya, teníamos que encontrar la manera de hacer justicia.

Sin embargo, a Alan lo que le preocupaba era Vittoria. Cuando se le secaron las lágrimas le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—¿Qué te gustaría hacer?

Parpadeó y se frotó los ojos. Los tenía rojos e hinchados y el rastro de las lágrimas parecían cicatrices sobre su cara, cicatrices incrustadas en su mismo ser, cicatrices que necesitarían amor y comprensión, cicatrices que tardarían tiempo en curar.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con tono preocupado, confuso.

—¿Quieres informar a la policía?

—No. —Sacudió la cabeza y luego explicó—: Soy una Vanzetti.

Alan dijo:

—Hay buenos agentes de policía que verán más allá de eso.

—Soy una mujer. —Vittoria suspiró.

—Y la justicia está dominada por hombres.

Vittoria asintió.

—En lo que concierne a violaciones, sí.

Alan paró para contestar a Marcia, su secretaria, que le estaba llamando al móvil. Se inclinó hacia adelante, escuchó atentamente durante unos treinta segundos y luego dijo:

—Organiza la cita para mañana. Nada más de llamadas por hoy.

Marcia contestó y después de un cortés «de acuerdo», Alan colgó el teléfono.

Con toda su atención centrada en Vittoria preguntó:

—¿Cómo crees que se haría justicia?

Ella frunció el ceño y se frotó los ojos de nuevo.

—No entiendo.

—Si Grant Osborne entrara ahora mismo en esta habitación...

Ella arrugó la frente y estrujó el cojín.

—Lo mataría.

—¿Lo harías? —preguntó Alan en un tono amistoso, inquisitivo.

—No —contestó Vittoria, soltando los dedos del cojín, con la cabeza colgando hacia el pecho y el cuerpo echado hacia atrás—. No, no lo haría.

—¿Y si tu padre lo matara?

—Cuando se entere —dijo Vittoria—, lo hará.

—¿Eso sería lo justo?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y se llevó las manos a la cabeza. Se frotó las sienes con cansancio—. No puedo pensar.

—A lo mejor, ahora deberías de descansar —sugirió Alan.

—Sí. —Vittoria asintió—. Voy a descansar.

Mientras Mac acompañaba a Vittoria a su dormitorio, Alan y yo nos fuimos andando hasta las dunas de arena.

La reciente lluvia había humedecido la arena, estaba más firme bajo nuestros pies. Seguimos un caminito que iba de un lado a otro atravesando las dunas, una de las muchas vetas doradas que atravesaban la zona verde hacia el camino principal a la playa y una zona de rocas grandes e irregulares. Nos paramos donde las rocas y escuchamos a las gaviotas graznar, a los niños gritar y a la marea acercarse suavemente a la orilla.

En la bahía había niños explorando los charcos de las piedras, echando al agua redes y sacándolas con algas, mientras que los surfistas se deslizaban

esquivando a alguna que otra pequeña embarcación. Al otro lado de la bahía, el sol se reflejaba en las ventanas de las casas y nos hacían guiños. En la distancia, los acantilados rocosos y las colinas arboladas me recordaban que Glamorgan era un condado por el que uno mataría, una región de gran belleza, un sitio que rebosaba historia y, a la vez, orgullo contemporáneo.

Solos, en aquel tranquilo rincón, me giré hacia Alan y dije:

—Así que Osborne violó a Vittoria. ¿La crees?

—¿Tú la crees? —dijo Alan lanzándome la pregunta de vuelta.

—Soy una mujer; mi instinto me dice que es verdad.

Él dijo que sí con la cabeza.

—Soy psicólogo y mi instinto me dice que es verdad.

Me quedé pensando en que alrededor de cien años antes, un médico local, el Dr. Hartland, había estado en aquella playa dispensando agua del manantial de un balneario al aire libre. Ahora, yo estaba en aquella playa escuchando a mi médico particular mientras dispensaba palabras de sabiduría.

—¿Cuándo empezaste a sospechar? —pregunté.

—La primera vez que la vi. Las autolesiones, la automutilación, el sentimiento de culpabilidad, la retirada en sí misma, lejos de otra gente, son signos clásicos mostrados por la víctima.

Asentí. Supongo que tenía mis sospechas, pero eran vagas y poco definidas. Siempre es tentador adelantar conclusiones, amoldar los hechos para que se acoplen a tu teoría, pero he aprendido por experiencia que especular puede ser peligroso, que las conjeturas pueden hacerte caer.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Alan mientras una sombra caía sobre nosotros al oscurecer el sol una nube gris.

—Tendré que informar a Vanzetti.

—Querrá vengarse.

Dije que sí con la cabeza.

—Tendré que hablar con él sobre eso.

Seguimos andando, ignorando a los raqueros y a los que buscaban pasar un rato agradable. En realidad, la temporada había empezado hacía tan poco que había poca gente. Además, el tiempo cambiante no ayudaba, con nubes haciendo sombra sobre la gente que intentaba tomar el sol.

—Solo quiero justicia para Vittoria —dije mientras regresábamos a través de las dunas.

—Un crimen no se puede deshacer. ¿Cómo vas a conseguir justicia?

Me detuve sobre una duna y miré hacia el mar. La respuesta era simple: denunciar el crimen y dejar que el sistema judicial actuase. No obstante, teníamos el obstáculo de la resistencia de Vittoria, de las conexiones de su familia y de la trayectoria irregular del sistema judicial en general y, en particular, en el caso de violaciones. Tendríamos que forjarnos nuestra propia espada justiciera, quizá en el yunque del infierno.

—A mí, lo que me preocupa es el bienestar de Vittoria —dijo Alan.

—¿Volverás a hablar con ella esta tarde?

—Me quedaré con ella. Hablaremos si ella quiere. Quiero conseguir atención médica y consultar a mis colegas sobre apoyo psicológico a largo plazo. Vittoria necesita consejo especializado de manos de expertos que apoyen a víctimas de violación.

—Yo no admiro a mucha gente —dije sonriendo a Alan, dándome la vuelta hacia la brisa y pasándome los dedos entre el pelo—. No creo en la idolatría, pero eres mi héroe, ¿lo sabías?

Alan me devolvió la sonrisa. Luego sacudió la cabeza y dijo:

—Yo no soy un héroe. Aquellos que sufren daños y que superan el trauma y resurgen como mejores personas son los héroes; esos son los que se merecen todo nuestro respeto y admiración.

Capítulo Veinte

Conduje desde Newton hasta St. Donats. Estuve sentada en el Mini unos buenos quince minutos: ¿cómo iba a informar a Vanzetti? ¿cómo iba a contarle lo de la violación? Comprensiblemente se disgustaría, se enfadaría. Me daba miedo que descargase su ira contra mí, la mensajera; luego llegué a la conclusión de que no había ninguna manera fácil de contárselo, tendría que entrar allí y relatar los hechos.

En la verja de casa de Vanzetti llamé al interfono y me abrieron la puerta. Fui andando por el camino y pasé al lado de un Bentley verde botella hasta llegar a la recargada puerta principal de Vanzetti.

Encontré a Vanzetti en la sala de estar dorada, junto a Catrin, V. J. Parks y Sherri. Todos me miraron con ansia, todos notaron que llevaba muy malas noticias.

—Primero —dije—, Vittoria está a salvo y en proceso de aceptación de la situación. Alan ha hablado con ella y hablarán de nuevo esta tarde. También organizará apoyo a largo plazo para ella.

—¿Situación? —gruñó Vanzetti—. ¿Apoyo? —Frunció el ceño—. ¿De qué está hablando?

Tomé una respiración profunda y dije:

—Grant Osborne violó a Vittoria.

Mis ojos recorrieron la habitación midiendo sus reacciones. V. J. Parks cerró la mano izquierda en un puño y soltó un gemido primitivo, luego golpeó el sofá, fuerte. Sherri parecía impactada. Se sorbió las narices y luego empezó a llorar. Catrin, una mujer que no derramaba lágrimas con facilidad, también se puso a llorar. Mientras tanto, Vincent Vanzetti se puso morado hirviendo de rabia.

—Osborne es hombre muerto —dijo Vanzetti.

—¿Tiene intenciones de matarlo? —pregunté.

—Personalmente.

Asentí y luego dije:

—Hemos discutido esto con Vittoria; No creo que matar a Osborne vaya a hacer que se sienta mejor.

—A mí me haría sentir mejor —dijo Vanzetti.

Se fue hacia el mueble bar. Allí, se echó cuatro dedos de *whisky* en un vaso. Le temblaba la mano mientras servía el *whisky*; se le llenaron los ojos de lágrimas al beberse de un trago.

—No lo dudo —dije—. Y entiendo su enfado. Pero, ¿quizá deberían de ponerse por delante los sentimientos de Vittoria?

—Entonces, ¿qué sugiere? —gritó Vanzetti—. ¿La policía?

Sacudí la cabeza y luego me encogí de hombros.

—Vittoria tampoco quiere eso.

—Entonces es cosa mía —insistió Vanzetti. Con pulso más estable se rellenó el vaso—. Soy el cabeza de familia. Es asunto mío solucionarlo.

Catrin se levantó. Fue andando hacia Vanzetti. En el mueble bar echó una larga mirada al *whisky*, meneó la cabeza y puso la mano sobre el brazo de su exmarido.

—No puedes, Vince. No solucionaría nada.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Vanzetti sin hacer caso a Catrin—. Ese cabrón ha violado a nuestra hija.

—Y me siento como si me hubiera violado a mí —gritó Catrin. Con un gesto rápido de irritación, se limpió las lágrimas de los ojos—. Pero esto tenemos que discutirlo como una familia; igual que hemos discutido otras crisis en el pasado.

Catrin cogió la mano izquierda de Vanzetti. Lo llevó hasta un sofá y se sentaron uno junto al otro. Mientras los dedos de Catrin dibujaban pequeños círculos sobre las manos de Vanzetti, Sherri observaba con los ojos como platos y las mejillas húmedas con lágrimas. Mientras tanto, V. J. miraba a la distancia con gesto sombrío, los puños apretados y una expresión de determinación y venganza en la mirada.

Mientras que Vanzetti y Catrin se consolaban uno a otro, me giré hacia el boxeador y pregunté:

—¿Estás bien V. J.?

—Voy a matarlo —dijo V. J. Descargó sus emociones golpeando el sofá; el armazón del sofá crujía con cada puñetazo que recibía.

—Ponte a la cola —dije—. Pero tenemos que encontrar otra solución.

—No hay otra solución —insistió Vanzetti—. ¿Se le ocurre alguna?

Por mi vida que no se me ocurría nada. Por lo tanto, con reticencia, sacudí la cabeza.

—No —dije.

—En ese caso —dijo Vanzetti iracundo—. Ese hombre está muerto.

—La policía sabrá a quién acusar —dije.

—¿Cómo? —preguntó Vanzetti—. No saben nada de la violación.

Eso era verdad. No obstante, dije:

—No puede matarlo.

Vanzetti se levantó. Se acercó a mí y me miró fijamente.

—¿De parte de quién está usted?

—Estoy de parte de Vittoria. Solo quiero que se haga justicia con ella.

—Bueno, pues créame —dijo—, en este caso la justicia saldrá del tambor de una pistola.

Vanzetti tenía derecho a sentir enfado, ira. De hecho, yo misma quería apuntar a Osborne con mi pistola. Sin embargo, no podía tolerar un asesinato. A pesar del ambiente en la habitación, las emociones a flor de piel, no podía permitir que Vanzetti le pegara un tiro a Osborne en nombre de la venganza; aun así, sabía que ninguno de nosotros descansaría hasta que se hiciera justicia.

—Ustedes hablen —dije—, expresen sus sentimientos, su odio, su ira, su disgusto. Apóyense unos a otros, pero nada de violencia de momento, esperen hasta que haya hablado con Osborne.

—¿Y eso de qué servirá? —dijo Vanzetti con el gesto torcido.

—No lo sé —confesé—. Pero alguien debe enfrentarse a él; tiene que enterarse de que sabemos la verdad.

—¿Y luego?

—Haremos lo que sea necesario.

Capítulo Veintiuno

El sueño me fue esquivo aquella noche mientras buscaba una solución al problema. Quizá, con ayuda de Alan, sería capaz de persuadir a Vittoria para denunciar la violación a la policía. A lo mejor daríamos con un agente compasivo que pasara por alto el hecho de que Vittoria era una Vanzetti, hija del enemigo público número uno. Y luego, ¿qué? Tal vez la policía arrestaría a Osborne. Luego habría un juicio, que podría salir de cualquier manera porque estaba segura de que Osborne tenía buenos contactos. Vittoria tendría que soportar el trago sin garantías de que se hiciera justicia al final.

Vanzetti podría enfrentarse a Osborne y dispararle; aquello solucionaría un problema, pero crearía otro. Cobrarse una vida en venganza por un acto bárbaro ¿era justicia? La idea de Osborne yéndose de rositas me tocó la fibra y sabía que pasara lo que pasara, no podía quedarme quieta y permitirlo. Mis ideas se movían en círculos sin darme ninguna respuesta. Al amanecer, me levanté de la cama exhausta pero decidida a ponerme manos a la obra.

Después de desayunar y hacer una visita rápida a la oficina para comprobar los mensajes y otros asuntos mundanos, fui en coche hasta la granja de Osborne en las afueras de Llancarfan. Encontré a Osborne y a su mujer en el campo, admirando su caballo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Osborne cuando me apoyé sobre la valla.

—Me gustaría hablar un poco —dije.

—Estoy ocupado. —Osborne me dio la espalda. Se preparó para montar al caballo.

—Sobre Vittoria Vanzetti.

Lentamente, se dio la vuelta. Se dirigió hacia mí con paso pesado. Sus botas se hundían en el barro y hacían ruidos obscenos al chapotear. Aquel hombre como un oso torció el gesto mirándome y luego le dijo a su mujer:

—Creo que deberías de ocuparte de Folio.

Osborne le pasó las riendas a Maya. Ella me miró con recelo, se quitó un mechón de pelo sedoso de la mejilla y luego tomó el control del caballo. Se lo llevó en dirección a los establos sin quitarme los ojos de encima en ningún momento.

Le dije a Osborne:

—Creo que su mujer debería quedarse y escuchar.

—Tengo hambre —llamó a Maya y por encima del hombro le gritó—:
Prepárame la cena.

—¿La cena? —Fruncí el ceño—. No es ni la hora de comer.

Osborne me sonrió. Llevaba una gorra de montar que se ajustó tirando de la visera sobre la frente.

—A lo mejor podría comérmela a usted —dijo.

Lo dejé correr aunque sí que hice una mueca.

—He encontrado a Vittoria.

—¿Y qué quiere? —se burló—. ¿Un premio?

—He hablado con Vittoria. Sé por qué huyó.

Osborne se encogió de hombros. Cogió un palo largo y se puso a quitarse el barro de las botas.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó en tono ronco, descortés.

—Usted la violó —dije sin rodeos—. Lo tiene todo que ver con usted.

—¿Eso quién lo dice? —Se echó a reír.

—Ella lo dice.

Se volvió a reír.

—¿Y la cree?

—Había un experto presente, un psicólogo. Vittoria decía la verdad, no hay duda.

Osborne examinó el palo, ahora recubierto de barro. Lo sacudió hacia mí manchándome la gabardina.

—Vale. —Puso una mirada lasciva entrecerrando aquellos ojos azules y ofreciendo una sonrisa de político, falsa e hipócrita—. A lo mejor tuvimos sexo, a lo mejor me encontró irresistible, ¿qué va a hacer usted al respecto?

—La violó —dije.

—No se cansaba de mí. —Se rio agitando el palo de nuevo, a pesar de que el palo ya no tenía barro.

Hice un mohín. Me llevé la mano al bolso hacia mi pistola. Estaba a punto de perder el control, pero de alguna manera conseguí mantenerlo.

—Es un enfermo —dije—, diciendo cosas así.

Osborne se quitó la gorra de montar dejando al descubierto una mata de pelo rubio. Se pasó la mano por la cabeza y se rio en alto.

—Una violación trata de poder, de ejercer poder —dije—. Trata de enfado y odio, humillación y castigo, violencia y control. Para todo el dinero

que tiene —dije, asintiendo con la cabeza en dirección a su gran casa— veo que es usted una persona airada, una persona invadida con facilidad por el odio y la violencia; alguien que necesita humillar y castigar, alguien que ansía control.

—Váyase a la mierda —gruñó Osborne.

—El dinero no es suficiente para usted, ¿verdad? Estafar a la gente con préstamos desorbitados no es bastante. Explotar a gente que no tiene casi nada no le basta.

Golpeó el palo contra la valla y la rama se rompió en mil trozos. Consciente de que había traicionado sus propias emociones, examinó lo que quedaba del palo y luego lo tiró al suelo. Estaba enfadado conmigo, furioso, y el sentimiento era mutuo. La valla servía de barrera, un obstáculo contra mayor violencia. Si la valla se hubiera abierto, sé que nos habríamos enfrentado y la lucha habría sido despiadada, incesante, hasta que uno de nosotros hubiera quedado tendido en el suelo.

Osborne se contuvo. Lidió con sus emociones. Una sonrisa burlona volvió a dibujarse en su cara y dijo:

—Suenas disgustada.

—Ya lo creo que estoy disgustada.

—Y no puede hacer nada al respecto.

—Podríamos ir a la policía.

Un reactor pasó por encima de nosotros, ahogando con su rugido las carcajadas obscenas de Osborne.

—Es una Vanzetti —dijo—. ¿Cree que la escucharían? ¿Que les daría pena?

—Yo podría dejar salir a Vanzetti de su jaula.

Un segundo reactor pasó por encima de nuestras cabezas, otro avión militar, posiblemente de maniobras. Mientras su rugido hacía temblar el campo, Osborne dijo:

—Vanzetti va cuesta abajo. Está para el arrastre. Ha perdido su toque. No le tengo miedo.

—No se saldrá con la suya —dije inclinando mi esbelta figura sobre la valla, deseando echarla abajo.

—¿Quién me va a detener? —Osborne puso una sonrisa burlona. Antes de que pudiera contestar, un tercer reactor rugió en el cielo, completando la demostración de poderío militar—. ¿Usted? ¿Cómo lo va a hacer? ¿Me va a atar con su melena? —Estiró el brazo y me tiró del pelo. El tirón me dolió y

me entraron ganas de gritar, pero no lo hice—. Es usted un chiste, guapa. Si me da problemas, yo le daré problemas, justo como le di problemas a Vittoria.

—¿Por qué se metió con ella? —pregunté pasándome el pelo por detrás de las orejas, poniéndolo a salvo.

—Eso no es asunto suyo.

—¿Qué amenaza representa para usted?

Osborne me miró fijamente con sus fríos ojos azules. Sus labios se movieron, pero no contestó.

—¿Qué quiere demostrar?

Miró hacia el campo, hacia un toro que observaba a un rebaño de vacas. Se pasó la lengua por los labios humedeciendo una sonrisa maliciosa.

—A lo mejor lo hice por el sexo.

—No lo creo. Violó a Vittoria para demostrar algo. La violó por algún motivo. ¿Qué motivo?

Osborne se inclinó hacia mí. Frunció el ceño. Mientras hablábamos, se balanceaba ligeramente de lado a lado, como una marioneta enorme colgando de hilos. En general, sus movimientos eran lentos y pesados, aunque sus antebrazos eran enormes, mostrando su gran fuerza. Si Osborne te agarrase, te podría partir como a una ramita. Él lo sabía; yo lo sabía. Y, sospecho, que también lo sabían muchas otras mujeres además de Vittoria Vanzetti.

—Tal vez debería de cerrar la boca e irse de aquí mientras pueda andar —sugirió Osborne, dirigiendo la mirada hacia mi Mini, que estaba aparcado en el camino.

—¿Sigue drogándose? —pregunté, ignorando su comentario, manteniéndome firme.

—¿Eh? —Torció el gesto.

—Apuesto a que tomaba drogas cuando era joven. Después de todo, es tan fácil acceder a drogas como a caramelos cuando uno tiene influencia y poder.

—Habla demasiado. Cállese.

—Dinero y poder son drogas, ¿no? Destruyen la sociedad, son las drogas más venenosas de todas. Por supuesto, lo irónico es que destruyen a los ricos y a los poderosos, pero la gente como usted no se da cuenta, incluso cuando ya es demasiado tarde. Deja un reguero de tristeza y destrucción detrás solo para satisfacer su eterna codicia. Pero la codicia es un monstruo insaciable; da igual cuánto alimentos al monstruo, nunca tiene suficiente. Y pronto, ese monstruo te devora y tú te conviertes en la bestia.

Osborne había tenido suficiente. Arrastró la valla para abrirla. Mientras andaba hacia mí, dijo:

—¿Y qué pasa si la bestia la quiere a usted para cenar?

—Inténtelo —dije sacando la pistola. Llevaba una Smith and Wesson del calibre .32 para defenderme, aunque en esos momentos, furiosa, estaba lista para pasar al ataque—. Inténtelo —repetí—. Venga, inténtelo; me encantaría meterle una bala y hacerle un agujero entre las piernas.

Osborne se retiró detrás de la valla, como si aquello fuera una barrera efectiva contra una bala.

—Es la siguiente en mi lista —dijo agitando un brazo inestable, apuntando en mi dirección—. Fíjese en lo que le digo.

—Así que tiene una lista, ¿eh?

—Fuera de mis tierras —gritó.

—Podríamos discutir sobre la propiedad —dije—. Después de todo, Dios o la naturaleza, dependiendo de sus creencias, crearon estas tierras. Usted no tuvo que ver nada en su concepción. Adquirió unas tierras en algún momento de su vida, pero es un mero custodio, no un dueño; estas tierras pasarán a otras manos cuando usted se muera.

—Le encantaría matarme, ¿verdad? —Osborne torció el gesto interpretando mi estado de ánimo—. Pero no tiene valor.

—No estoy segura sobre lo de matarle —dije, con la pistola con la culata de nogal suave al tacto aún entre mis manos—, pero me interesa fraguar su caída. Y no se equivoque, cuando escoria como usted cae, no se vuelve a levantar.

Dejé caer la Smith and Wesson dentro del bolso y empecé a irme hacia el Mini. Mientras iba andando por el camino, miré por encima del hombro hacia los establos. Allí vi a Maya, que había estado escuchando nuestra conversación a escondidas. Miré hacia ella y, por un segundo, nuestras miradas se cruzaron. Tenía una expresión difícil de interpretar, de empatía o simple curiosidad. Antes de que pudiera averiguarlo, Osborne cogió a Maya de los hombros. La empujó dentro de casa y cerró la puerta.

Maya Osborne: ¿podría reclutarla como aliada o debería de verla como enemiga? A lo mejor podía hablar con ella, cuando estuviera sola. Me quedé con dudas sobre Maya, pero con las cosas claras sobre Osborne. Después de aquel encuentro, estábamos en guerra.

Capítulo Veintidós

Al amanecer, me encontré a mí misma sentada en una arboleda ajustando unos prismáticos y espiando a Maya y a Osborne. Tenía un termo de café por compañía, variedad de sándwiches integrales y mucho en lo que pensar.

El sol había salido ya dos horas antes cuando a las 7 a. m. Maya salió de casa. Fue andando a los establos y desapareció de mi vista. Cerca de una hora después, Osborne pasó andando al lado de su Ferrari para ir a su Range Rover. Abrió la puerta del conductor, sacó algo del vehículo, un paquete pequeño, y volvió a casa. El paquete podría haber contenido drogas o podría haber contenido bocadillos —imposible saberlo desde mi posición entre los árboles. Con el sol brillando, los pájaros cantando en los árboles y el olor a hierba recién cortada en el aire, todo parecía tranquilo; la casa emanaba una atmósfera de felicidad doméstica.

Hacia la mitad de la mañana, Maya fue a montar a caballo. Llevó a Folio hasta la valla, le puso la silla y se fue al galope por el camino. A pesar de que soy ligera y veloz, y poseo bastante vigor, no soy capaz de correr más que un caballo, así que una persecución inútil parecía fútil y contraproducente. Por lo tanto, me recliné contra un árbol, bebí café y disfruté del calor de los rayos del sol.

Cuando Maya volviera, quizás podría interceptarla en el camino. De todos modos, que Osborne nos viera juntas significaría problemas y el final de mi plan, aunque llamar «plan» a mi iniciativa era demasiado generoso.

Maya reapareció a mediodía, Osborne salió a recibirla a la valla. Hablaron y sonrieron; Maya se quitó el pelo sedoso de la cara y se rio, pero en ningún momento se dieron un beso o se tocaron.

Con Folio ya en los establos y con Osborne y Maya en su gran casa, me senté bajo un árbol y mordisqueé mis sándwiches —pepino ligeramente encurtido. No soy ninguna diosa doméstica, sobrevivo con cosas básicas, a no ser que Alan cocine. Me hacía preguntas sobre Alan y Vittoria; me hacía preguntas sobre la familia Vanzetti en general; me preguntaba qué tal estaría Vittoria aquel día.

Si Osborne salía de casa y me dejaba vía libre hasta Maya, ¿qué debería decirle? A lo mejor me podía indicar alguna debilidad o alguna manera de

hacer caer a Osborne.

Pero, Osborne no salió de casa. De hecho, aparte de algún que otro paseo a los establos y a los edificios anexos, la feliz pareja se pasó el día entero dentro de casa.

A las 5 p. m. una peste a fertilizante se extendió por los campos. El fragante aroma me hizo recordar que debía responder a la llamada de la naturaleza, un momento matador en la mayoría de las vigilancias.

Así que, doce horas más vieja y con las mismas dudas, me fui en coche a casa, hice lo que cualquier chica tiene que hacer y luego me pasé por la oficina. En la oficina me encontré a Marlowe esperando en el alféizar de la ventana. Abrí la ventana, dejé entrar al gato y le di de comer un plato de succulento salmón en su jugo natural. Marlowe me recompensó con un ronroneo gutural y montones de atenciones felinas mientras se sentaba en mi regazo, arqueaba la espalda y frotaba el cuerpo contra mi cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con Osborne? —le pregunté a Marlow. No tenía un plan, lo que, en el mejor de los casos, me ponía de los nervios.

Todavía estaba pensando en Osborne cuando sonó el teléfono.

—Eh, guapa, soy Slick.

Suspiré.

—Justo cuando pensaba que el día no podía ir peor.

—Vamos a abrir una nueva línea de negocio, ¿lo sabías? Servicio de chat, sexo sin adular. Me preguntaba si te gustaría hacer una audición. ¿Eh? ¿ahora, por ejemplo?

Me quedé mirando el auricular y dije:

—¿Es que no te cansas?

—Proporcionamos asistencia social.

—Por supuesto que sí —dije—. ¿Esta conversación tiene alguna finalidad o debería colgar ya?

—Rudy quiere verte —dijo Slick abruptamente—. Urgente. En el campo de críquet.

Dejé a Marlow en mi escritorio, durmiendo. Al fin y al cabo, un gato tiene que hacer lo que tiene que hacer, y dormir es lo que mejor hacen.

Todo estaba tranquilo en Pontcanna Fields cuando llegué —los jugadores de críquet no estaban aquel día de desfile.

Fui andando por el camino que tenía árboles altos a ambos lados de manera regular. Los árboles llamaban la atención, cual verdes soldados en fila formando una guardia de honor. Al este del río, crecían árboles en abundancia,

atestando los senderos del bosque. Los árboles actuaban como parachoques, como barrera contra las marcas urbanas de la ciudad. Del parque a la metrópolis, todo a tiro de piedra. La bella y la bestia, mano a mano, ofreciendo el eterno contraste de nuestra bella tierra.

Al final del camino, junto a un estrecho puente, un puente colgante que se extendía a lo largo del río Taff, encontré a Rudy Valentine. Afortunadamente, Valentine había dejado a Slick en su gruta.

Valentine me vio. Sonrió y se inclinó con elegancia.

—Buenas tardes, señora mía.

—Buenas tardes —dije con la vista fijada en la espuma que se formaba sobre las turbulentas aguas del Taff cuando el río pasaba por una zona de cañas y rocas irregulares.

—Enhorabuena, señora mía, tengo entendido que ha encontrado a Vittoria Vanzetti.

Asentí.

—Las noticias vuelan.

—Sherri. —Rudy Valentine sonrió. Alzó su torcido dedo índice y luego hizo un punto con él, representando la letra i —. Sherri tiene un amplio círculo de contactos sociales. Naturalmente, tenemos a nuestra propia gente entre dichos contactos.

Fuimos andando a lo largo de la orilla del río, observando las islas cubiertas de césped que había en medio, pasando cerca de un hombre con abrigo y sombrero de cuero y una mujer con un refulgente pelo morado. El hombre y la mujer andaban y hablaban como una pareja. Él llevaba las uñas pintadas de rojo mientras que ella tenía un tatuaje de un dragón en el cuello. También llevaba una camiseta que proclamaba: «Tom Jones es Dios».

Mientras miraba a la mujer, Valentine juntó las yemas de los dedos, los apoyó en la barbilla y dijo:

—Me parece que Vittoria ha sufrido algún tipo de terrible experiencia.

—Por decirlo suavemente —afirmé.

—Sherri no quiso entrar en detalles, pero leyendo entre líneas me pareció que Grant Osborne es quien atormenta a Vittoria.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasaría si lo fuera?

—Osborne estaría fuera de lugar —dijo Valentine. Con la mandíbula apretada observaba el agua espumosa; tenía el cuerpo arqueado, la mirada fija

y una fina capa de sudor se le estaba formando en aquella orgullosa frente—. Un hombre que se comporta así pierde mi respeto por él.

—Creo que yo tampoco le voy a poner en mi lista de navidades —dije.

—Pero usted sí que está en la lista de Osborne —dijo Valentine. Volvió a juntar los dedos y me miró casi rozando la preocupación—. Se dice por ahí que quiere borrarla permanentemente de dicha lista.

—¿Y a usted qué más le da? —pregunté.

Valentine se detuvo. Sonrió hacia una joven que llevaba un vestido de verano muy corto. El vestido era blanco, a juego con el traje de Valentine; a pesar del buen tiempo, Valentine llevaba un traje de tres piezas y un abrigo fuerte, lo cual probablemente explicaba el sudor que le estaba naciendo en la frente.

—Estoy dispuesto a ofrecerle mi protección —dijo Valentine—. ¿Se acuerda de George?

Dije que sí con la cabeza.

—¿Cómo me iba a olvidar de él?

George, el Guapo, era un matón de Rudy Valentine. Le iban los juegos sexuales con cuerdas y las sesiones de flagelación y, en una ocasión, tuve la desgracia de colarme en una mientras buscaba respuestas para unas preguntas urgentes; aquella fue una entrevista que jamás olvidaré.

—George es bueno con una pistola —dijo Valentine—. Podría cuidar de usted.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿A qué viene este interés?

Valentine sonrió complacido.

—A veces es bueno ofrecer un poco de caridad, hacer cosas por los demás y no solo por uno mismo.

Asentí y luego conjeturé:

—Y cuando haya pasado la tormenta y Osborne haya quedado reducido a una porquería, a usted le gustaría meterle mano a sus estafas financieras.

Los labios de Valentine se abrieron mostrando una agradable sonrisa, como la sonrisa de tu tío favorito.

—Se me ha pasado por la cabeza —confesó.

—Gracias Sr. Valentine, pero puedo cuidarme yo sola.

Valentine asintió. Se metió las manos en los bolsillos del abrigo y con el sol lanzando destellos sobre su cadena de oro dijo:

—Permítame advertirla, señora mía. Osborne no tiene conciencia, ni respeto por nadie. Es un bárbaro, no tiene ni principios ni escrúpulos. Está

moralmente en bancarrota, es poco más que una criatura de cloaca. Muchos le desprecian y muchos más le temen. Si le sobreviniera una tragedia al Sr. Osborne, nadie derramaría una lágrima. Si se le acercase, señora mía, y creyera necesitar defenderse, hágalo sin reparos. Proporciono un tipo de... servicios para después de confrontaciones. ¿Me explico?

Asentí y luego dije:

—Se libraría de su cadáver.

Valentine sonrió y dijo que sí con la cabeza.

—Cuídese, señora mía.

Luego, con el cuerpo ligeramente encorvado, se fue andando en dirección a la gran avenida arbolada dispensando afabilidad a la gente que pasaba, saludando civilizadamente y de buen ánimo. Era un tipo amistoso, sí, pero uno que podía dormir fácilmente con un asesinato en su conciencia.

Capítulo Veintitrés

Tras otro día infructuoso más vigilando a Maya y a Osborne, me fui en coche a Newton a ponerme al día con Vittoria, Alan y Mac.

Siguiendo nuestro patrón habitual, Mac y yo paseamos por las dunas mientras Alan y Vittoria lo hacían por la playa. Aquel día evitaban los restos flotantes. En lugar de eso, hablaban seriamente o, más bien, Vittoria hablaba mientras Alan escuchaba atentamente.

Con el sol desapareciendo por el horizonte, levanté una mano para protegerme los ojos. Una vez más, el tiempo estaba cambiante y se acumulaban nubes grises sobre nuestras cabezas llevadas allí por una enérgica brisa del oeste. Las nubes tenían un efecto disuasorio, así que la playa estaba prácticamente desierta, aunque sí que vi a un hombre con una cámara y un cachorro juguetero. Incongruentemente, el hombre escribió «Feliz Navidad» en la arena y capturó la imagen mientras el cachorro de perro cavaba furiosamente y amenazaba con hacer un agujero hasta Australia.

—Hoy he recibido una llamada —dijo Mac con tono pesado, sombrío.

—Ah, vale —dije.

—De Grant Osborne.

Me giré de golpe, torciéndome el tobillo en la arena.

—¿No sabe que estás protegiendo a Vittoria?

—Hasta ahora, hemos conseguido mantenerlo en secreto.

—¿Qué quería? —pregunté.

—A ti, jovencita. Me ha pedido que te secuestre.

Asentí. Para ser sincera, las palabras de Mac no eran ninguna sorpresa. De todos modos, me produjeron escalofríos en la espalda.

—¿Qué le has dicho?

—Bueno, le dije la primera palabra que me vino a la cabeza... Le dije sí.

Torcí el gesto mirando a Mac, lanzándole una mirada tan potente como un millón de megavatios.

—No me mires así, jovencita. Menos mal que no me estoy bebiendo un vaso de leche porque se me cortaría.

Mac se colocó el abrigo, se subió el cuello para protegerse la nuca. La brisa era fresca aquella tarde y yo empecé a temblar. Por lo menos, me dije a

mí misma que temblaba por la brisa y no por la amenaza de Osborne.

—Deja que me explique —continuó Mac—. Dije que sí porque pensé que si yo aceptaba no se lo pediría a nadie más, al menos de momento.

—Gracias, Mac.

Asintió.

—Así que te he conseguido un poco de tiempo. Pero quizá no debería de alejarme mucho, por si acaso hace algo a mis espaldas y contrata a alguien más para secuestrarte.

—No —dije—. Tú quédate con Vittoria. Te necesita. Confía en ti.

Mac frunció el ceño. Miró hacia Vittoria y luego hacia mí, atrapado entre la espada y la pared. Mac era un hombre de acción, no le gustaba quedarse sentado, le intranquilizaba; suponía demasiado tiempo para pensar. Preferiría enfrentarse a Osborne abiertamente sin importarle las consecuencias.

—El bueno del Dr. Storey se disgustaría mucho si te pasara algo.

Dije que sí con la cabeza y luego pregunté:

—¿Qué sabes de Osborne? ¿de sus antecedentes?

—Tiene sangre bávara, o eso creo. Su familia amasó una fortuna reciclando chatarra antes de que reciclar se pusiera de moda —Mac hizo una pausa. Arrugó la frente—. ¿Tienes algún plan para lidiar con Osborne?

Sacudí la cabeza y me mordí un labio.

—Todavía no.

—Siempre podemos pegarle un tiro —dijo Mac—. Después de todo, el muy desgraciado se merece una bala; unas cuantas, de hecho.

El cachorro llegó corriendo a las dunas siguiendo al hombre de la cámara. En la playa, la marea estaba subiendo sobre las palabras «Feliz Navidad» mientras Alan y Vittoria continuaban su paseo y hablaban, desapareciendo en la distancia.

Mac y yo fuimos hasta la playa, a una zona cubierta de guijarros. Mientras andábamos le pregunté:

—¿Has disparado a alguien a sangre fría?

Mac se detuvo. Se agachó y cogió una piedra. La piedra era redonda y suave, tan suave como el cráneo pelón de Mac. Pasándole el pulgar por encima, Mac dijo:

—He disparado a gente, ya lo sabes, para evitar un asesinato o en defensa propia. Pero disparar a alguien a sangre fría... Para eso hace falta una mentalidad diferente, una mentalidad que no registre ninguna emoción.

—Una mentalidad como la de George, el Guapo, el matón de Rudy Valentine.

—Sí —coincidió Mac—. George lo haría, sin hacer preguntas.

Mac dobló una rodilla. Con cuidado, dejó la piedra sobre la arena. Para ser un hombre grande y tosco podía ser muy delicado.

Cuando Mac se estaba irguiendo se giró y me dijo:

—¿Alguna vez te he hablado de un tío que era sicario? Uno que había sido contratado para cargarse a alguien. Hizo sus deberes, preparó al objetivo. Y luego, cuando llegó el momento de la verdad, no pudo apretar el gatillo.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—El objetivo estaba desnudo. Hace falta una mente fría para llevar a cabo un asesinato. Hace falta una mente congelada para pegarle un tiro a alguien desnudo, una mente que pueda vivir luego con la imagen.

En ese momento, se me pasó por la cabeza una imagen, la de un Grant Osborne medio desnudo con una servidora detrás del gatillo. ¿Sería capaz de disparar? ¿Podría matarlo? Llamadme cobarde, pero no tenía ningún interés en averiguarlo.

—¿Entonces? —preguntó Mac—. ¿Qué vas a hacer con Grant Osborne?

Arrastré los pies por la arena. Miré a lo largo de la playa, al otro lado de la bahía. Estaba pensando demasiado: la experiencia me decía que me dejara llevar, que me abandonara a mi subconsciente porque en el mundo de la intuición era donde solía encontrar las respuestas.

—Lo consultaré con la almohada —dije—. Y espero que se me ocurra un plan.

Capítulo Veinticuatro

Me fui a la cama pensando en Grant Osborne, así que, claro está, inundó mis pesadillas. En las pesadillas perseguía a Osborne, luego me perseguía él a mí. Le apuntaba con un arma y luego él subía las manos y me estrangulaba. En ese momento, me desperté con un sobresalto por culpa de mi teléfono que estaba sonando. Me quité el pelo de los ojos, me estiré para coger el teléfono y murmuré un «¿Hola?» confuso.

—Le han pegado un tiro al muy cabrón —dijo Vincent Vanzetti.

Parpadeé y en un segundo me desperté del todo.

—¿Qué cabrón?

—Osborne.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Está muerto?

—No lo sé.

—¿Quién le ha disparado? —pregunté.

—Tampoco lo sé —dijo Vanzetti—. Pero la pasma acusa a V. J. de ello.

Salí como pude de la cama y miré por la ventana. Las calles estaban húmedas, mostrando que había llovido por la noche. Un dato insignificante, probablemente, pero lo archivé en mi cabeza y luego le dije a Vanzetti:

—Vale. Preguntaré por ahí. Estaremos en contacto.

Después de darme una ducha rápida y comerme una tostada a carreras para desayunar, fui en coche a la ciudad, a la comisaría central de policía. Allí pregunté por el inspector de policía *Sweets* MacArthur, diciendo que tenía unas pruebas que enseñarle. Era una mentirijilla, una que ya había usado antes. *Sweets* siempre parecía perdonarme, aunque si se girasen las tornas, dudo que yo fuera tan magnánima.

Vi a *Sweets* en aquella oficina suya que parecía una pecera. Allí le pregunté:

—¿Tienes un minuto?

Sweets correteaba por la oficina, del archivador al ordenador y de vuelta.

—Tengo treinta segundos —dijo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Grant Osborne, el financiador, le han disparado, herido.

—¿Vivirá?

—Probablemente —Sweets se detuvo. Se apuntó a la parte superior del brazo—. La herida es bastante superficial.

Asentí y di un paso atrás mientras Sweets contestaba al teléfono. Mientras Sweets ofrecía una serie de gruñidos monosilábicos a la persona que llamaba, eché un vistazo por la oficina: a un mapa que detallaba puntos conflictivos locales, a un perchero que sostenía el abrigo y el sombrero de Sweets y luego a una foto de su mujer y sus hijos que tenía en el escritorio.

Al terminar la llamada di un paso adelante y pregunté:

—¿Crees que V. J. Parks es el que le ha disparado?

Sweets se metió un caramelo en la boca. Luego asintió mientras lo chupaba vigorosamente.

—Vieron a Parks en la escena del crimen.

—¿Quién le vio?

—La mujer de Osborne, Maya. Vio a Parks inclinado sobre su marido. Y lo que es más, Parks tenía la pistola de Vincent Vanzetti en las manos.

—¿Habéis comprobado quién es el dueño del arma?

—Sí. Es de Vanzetti.

—¿Y la bala que ha rozado a Osborne fue disparada con esa arma?

Sweets dijo que sí con la cabeza.

—Coinciden perfectamente.

—Entonces, a lo mejor disparó Vanzetti.

—Si Vanzetti hubiera disparado el arma —razonó Sweets—, ¿crees que Osborne seguiría vivo?

Lo pensé un momento, solo un segundo.

—Probablemente no —dije.

—Definitivamente no —dijo Sweets. Se sentó en el escritorio, se echó para atrás, subió los brazos y se puso las manos detrás de la cabeza. La elegancia a la hora de vestir escapaba a Sweets; de hecho, si no le conociera, hubiera jurado que era daltónico. Aquel día llevaba una camisa de color verde lima, pantalones azul marino y una corbata naranja. La corbata estaba arrugada y tenía restos del desayuno: huevos y beicon con montones de kétchup, adiviné.

Mientras Sweets chupaba con fruición el caramelo, preguntó:

—¿Alguna idea de por qué iba Parks a disparar a Osborne? Quiero decir, solo está a una pelea de intentar conseguir el título mundial, lo tiene todo a su

favor.

—Lo tiene —admití—, excepto que Osborne ha violado a su novia.

—¿Qué? —Sweets se inclinó hacia adelante y puso los codos sobre la mesa.

Ignorando la actividad frenética que tenía lugar fuera de su oficina —teléfonos sonando, gritos, alguna que otra explosión de carcajadas— le conté a Sweets lo de la violación y el efecto que había provocado sobre Vittoria Vanzetti; y también le hablé sobre la familia Vanzetti y su deseo de venganza. Toda aquella información puso a V. J. Parks aún más en el punto de mira, proporcionándole un motivo. Pero, a veces hay que echarse hacia atrás para poder seguir avanzando.

—¿Por qué no lo denunció Vittoria? —preguntó Sweets.

—Porque es una Vanzetti —dije—. Y porque es una mujer.

Sweets torció el gesto. Cogió un bolígrafo y se rascó la cabeza.

—Los tiempos han cambiado, Sam. Hoy en día, las víctimas de violación reciben más apoyo.

—Sí —dije—, pero los jueces siguen sonriendo con indulgencia a los violadores antes de darles una condena simbólica o dejarlos libres. Los tiempos han cambiado, pero la actitud de algunas personas no.

—O sea —razonó Sweets—, que Parks se tomó la justicia por su mano.

Me encogí de hombros. Obviamente, V. J. Parks tenía un motivo para cometer

asesinato y las evidencias estaban en contra suya. No obstante, aunque solo fuera por el bien de Vittoria, esperé poder encontrar un vacío, alguna laguna en las pruebas, algo que supusiera una salida.

—Me gustaría hablar con Parks —dije.

—No puedo dejarte, Sam —Sweets arrugó la frente—. No estás autorizada.

—Trabajo para la familia, ¿recuerdas?

Se detuvo y luego sacudió la cabeza.

—No, es más de lo que me permite mi cargo.

Suspiré y agité una mano por la habitación demostrando mi frustración y mi necesidad de hablar con Parks.

—¿Cuándo te has vuelto tan tiquismiquis, Sweets?

Sweets rompía las reglas para hablar conmigo; rompía las reglas para pasarme información; a lo mejor estaba dando por sentadas esas indiscreciones; a lo mejor le debía más respeto y gratitud. Algún día, de

alguna manera, encontraría el modo de devolvérselo, pero por el bien de Vittoria, por mi propio bien, tenía que hablar con V. J. Parks en ese momento.

—No sé, Sam —dijo Sweets, con tono y lenguaje corporal vacilantes.

—¿V. J. Parks tiene abogado? —pregunté.

Sweets asintió.

—Lawrence Gouldman.

—¿De Fry, Gouldman y Fletcher?

—Ajá.

—¿Qué tal si les consulto para ejercer como investigadora para ellos?

Sweets se quedó quieto. Se tragó el caramelo. Miró brevemente hacia sus colegas de la oficina. Revolvió unos papeles sobre la mesa. Miró la foto de su familia, de sus hijos y su hija. Luego asintió y dijo:

—Vale, pero yo estaré presente durante la charla.

Lo pensé un momento y sonreí. Cuando te hacen una oferta que no puedes rechazar, tienes que aceptarla.

Capítulo Veinticinco

Usando mi teléfono móvil llamé a Fry, Gouldman y Fletcher. Manny Fry era amigo mío, es más, la empresa me contrataba de manera habitual. En un momento de telepatía, Lawrence Gouldman dijo que estaba a punto de llamarme él: tenía dudas sobre el disparo y me preguntó si podría ayudar. Naturalmente dije que sí. Se lo comuniqué a Sweets y él puso las cosas en marcha. Una hora más tarde, iba andando por el pasillo camino a entrevistar a V. J. Parks.

La sala de entrevistas era gris y verde: paredes y rodapiés grises, suelo verde y un tablón de anuncios. La habitación contenía una mesa cuadrada pequeña, gris con patas verdes, mientras que las sillas ofrecían cierto contraste al ser negras con patas verdes. V. J. Parks se sentó en una de las sillas, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos.

Sweets se quedó montando guardia junto a la puerta mientras yo me sentaba en otra silla. Cuando me estaba acomodando, V. J. dijo:

—Sabes lo que significa la V de mi nombre, ¿verdad?... Vivian. Es un nombre de chica, un nombre de nenaza. Por eso me llaman V. J. Parks. Por eso me dediqué al boxeo.

—Como Johnny Cash y su *A boy named Sue* —dije.

—¿Eh? —V. J. alzó la mirada y frunció el ceño.

—Una canción, *A boy named Sue*.

V. J. se quedó mirando fijamente a la mesa, con la cabeza descansando entre las manos; aquel no era el momento de ponerse a hablar de los grandes de la música, así que, en lugar de eso, le pregunté:

—¿Qué paso, V. J.?

—Se está desmoronando todo —se quejó.

—¿Le disparaste?

Sacudió la cabeza.

—No.

—Pero, ¿estabas en la granja con una pistola en la mano?

Una pausa, luego una inclinación reacia de cabeza.

—Sí.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Fui a hacer frente a Osborne. Pero si hubiera ido a causar algún daño, habría usado mis puños, ¿no?

V. J. Parks elevó la vista y me miró. Mientras me miraba flexionó los dedos y apretó los puños, creando dos armas tan potentes como cualquier pistola. Su camiseta revelaba bíceps marcados y tríceps compactos: un puñetazo de V. J. Parks haría dar vueltas a un hombre normal; dos puñetazos lo dejarían sin sentido.

Con eso en mente, pregunté:

—¿Has disparado alguna vez una pistola, V. J.?

—Nunca. Jamás había cogido una antes de hoy.

—¿Viste a alguien en la granja?

—Solo a Osborne y a su señora. Y a Osborne ya le habían disparado cuando yo llegué allí.

—Explícate —dije.

—La puerta con cristal, los...

—Los ventanales.

—Estaban abiertos y yo simplemente entré y me encontré a Osborne en el suelo, gimiendo y gruñendo.

—¿Luego qué pasó? —pregunté.

—Vi la pistola. La cogí. Pensé que Osborne a lo mejor se lanzaba a por ella para usarla contra mí.

—¿Y luego?

—Su señora entró y nos vio. Se puso a gritar, me entró el pánico, solté la pistola y me eché a correr.

—Y la policía te pilló luego.

—Sí, en el gimnasio. No me estaba escondiendo ni nada. O sea, si le hubiera disparado, me habría escondido, ¿no?

Miré hacia Sweets para valorar su reacción, para ver qué pensaba de la historia de V. J. Parks. Un hombre justo, Sweets, observaba con interés; no le echaría el muerto ni lo inculparía solo para cerrar el caso. Al igual que yo, Sweets tenía una sed insaciable de justicia. Había gente en su departamento que no entendía nuestra relación, nuestra amistad, pero quizá aquel deseo de justicia era lo que más nos unía.

—¿Estás enfadado con Osborne? —pregunté afirmando algo obvio, buscando una reacción.

Nerviosamente, Parks miró primero a Sweets y luego a mí.

—Por supuesto —dijo.

—¿Qué hay de tus sentimientos hacia Vittoria?

Se inclinó hacia adelante y se quedó mirando la mesa. Una ventana alta y estrecha dejaba entrar un haz de luz que atravesaba la mesa cruzando la cara de V. J. y formando una sombra alargada. La sombra llegaba hasta la puerta, hasta los pies de Sweets, cubriendo sus zapatos marrones. V. J. meneó la cabeza y perturbó la sombra. Con la voz entrecortada dijo:

—No estoy seguro.

—¿Por qué no estás seguro?

Miró hacia arriba, hacia mis ojos, luego retiró la mirada de nuevo.

—Ha estado con otro hombre, ¿verdad?

—La violó —dije.

—Sí, lo sé, pero... —V. J. se encogió de hombros y los músculos se le marcaron bajo la fina tela de la camiseta. Comprensiblemente, parecía tenso, listo para saltar en cualquier momento, listo para ponerse agresivo. Suspiró y dijo—: Es como si ya no fuera mía.

—Te necesita —dije—. Este no es el momento de abandonarla.

—No la estoy abandonando —insistió V. J.—. Pero... No sé...

Miré hacia Sweets. Desde su posición junto a la puerta, observaba con interés. Había cruzado los brazos y estaba apoyado contra la pared, ofreciendo una pose de indiferencia y despreocupación. Pero, por mi experiencia personal con Sweets, sabía que estaba archivando cada palabra, cada gesto. Le gustaba hacerse el tonto, a veces parecía tonto, pero era listo como el hambre.

—Sácame de aquí —me suplicó V. J. dando un grito de desesperación—. Odio sentirme enjaulado.

—Te sacaré —dije—. Pero puede que me lleve un poco de tiempo.

Me quedé callada un momento ordenando mis ideas y considerando cómo podría mantener la promesa. Luego, desde el pasillo llegó un eco de pisadas, seguidas de un alarido ebrio y una refriega menor. Mientras se desvanecían los quejidos y las protestas hacia una habitación distante, pregunté:

—¿Por qué Osborne fue a por Vittoria?

—¿Qué quieres decir? —V. J. arrugó la frente.

—La violó por algún motivo que va más allá de la lujuria.

V. J. miró hacia Sweets. Miró a la pared. Se removió en la silla con cara preocupada, apesadumbrada y angustiada.

—No lo sé —dijo en tono receloso y defensivo.

—¿Quieres salir de aquí? —pregunté con timbre tenso e impaciente—. ¿Quieres que te ayude?

V. J. tragó saliva. Asintió.

—Bueno, pues entonces...

—Osborne es un animal —dijo V. J.—. Los de su clase no son humanos.

—¿Por qué violó a Vittoria?

V. J. volvió a tragar. La nuez le subía y bajaba con aspecto incómodo. Hizo una mueca, gimió como se si hubiera tragado media docena de cuchillas. Una capa de sudor se le formó en la frente y en las palmas de las manos. Se limpió la frente, se limpió las manos en la camiseta y luego continuó:

—Osborne quiere que me tire, que pierda mi próxima pelea.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tiene contactos en Asia. Está metido en apuestas deportivas, amaño de encuentros. Si él anda cerca, no hay deporte limpio.

—¿Y te negaste a tirarte?

—Estoy limpio —V. J. afirmó—. Todos los combates en los que he participado han sido legales. —Se levantó con la cara roja, manoseó la mesa y golpeó la superficie suave con la palma de la mano izquierda—. Es mi carrera. Quiero ese título.

Mi mirada le pidió prudencia, así que V. J. se sentó de nuevo, sujetándose la cabeza con las manos.

—Supongo que violó a Vittoria para darme una lección —dijo V. J. con voz queda, triste.

—Así que te sientes culpable por la violación.

—No sé qué pensar. —V. J. sacudió la cabeza como para aclarársela. Se cogió el puente de la nariz con la punta de los dedos, conteniendo las lágrimas—. Ya no sé qué sentir.

Miré hacia Sweets. La declaración de V. J. había convertido aquello en algo más que violación, algo más que intento de asesinato. Ahora, habíamos añadido un elemento internacional, un asunto peliagudo, un asunto que se arrastraba bajo el nombre de amaño de combates. No hace falta decir que todo aquello quedaba fuera de mi control, de mis recursos. Lo que es más, a juzgar por la expresión de perplejidad de Sweets, tendríamos que llamar a la caballería.

Mientras tanto, V. J. miró con anhelo hacia la puerta, hacia la perspectiva de libertad.

—Sácame de aquí —suplicó.

Entrecerré los ojos con decisión, me estiré por encima de la mesa y puse una mano sobre uno de sus brazos. Reflexioné: Vittoria iba a necesitar asistencia psicológica a largo plazo, era comprensible, pero V. J. también era una víctima y necesitaba nuestra ayuda.

Capítulo Veintiséis

Aquella tarde me encontraba en el camino a las afueras de Llancarfan echando un ojo a la granja de Osborne. Osborne seguía bajo control policial, siendo atendido y entrevistado, así que decidí que era seguro acercarme a Maya a intercambiar unas palabras.

Como era comprensible, la escena del crimen era una zona sin acceso delimitada con cinta policial. De hecho, todavía se podía ver policía registrando el área. No quería tener un conflicto ni interferir con ellos, así que me senté a esperar.

Cuarenta y siete minutos más tarde, Maya se subió al Range Rover y avanzó con dificultad por el camino. Cuando dobló la curva, me monté en el Mini y seguí sus huellas en el barro.

Maya fue hasta las afueras de Cardiff, donde fue a ver a un corredor de apuestas. Entró en la casa de apuestas, sin duda, a hacer una apuesta. Y, teniendo en cuenta los contactos criminales de su marido, apostaría al ganador.

Grant Osborne ya tenía más dinero que sentido común, así que ¿por qué iba Maya, probablemente, a hacer una apuesta pequeña para ganar un poco más de dinero? Avaricia: cuanto más dinero tienes, más dinero quieres. Hace unos años un vagabundo me dijo que era un rey porque tenía libertad para hacer todo lo que quisiera, libertad para ir allá donde le apeteciera. Tenía razón.

De la casa de apuestas Maya se fue al campo. Fue a una escuela de equitación y estuvo charlando con una mujer de aspecto caballuno, una mujer con pelo largo rubio, y luego se mezcló con los caballos. La rubia desapareció dentro de una casa grande de piedra llevando una silla de montar. Maya estaba vestida para cabalgar, así que pensé que lo mejor sería interceptarla antes de que se fuera galopando hacia el ocaso.

—Le encantan los caballos —dije mientras observaba como Maya acariciaba las crines de un semental de color castaña.

—Son tan elegantes —dijo apoyando la cara contra el caballo.

Levanté una mano para proteger mis ojos. Mientras los entrecerraba por la luz del sol, dije:

—¿Sabe su marido que está usted aquí?

—Todavía está con su abogado y con la policía.

A la vez que Maya hablaba, inspeccionaba el caballo comprobando su bienestar general, los estribos y la silla. Mientras tanto, el caballo estaba quieto, mostrando un temperamento sosegado, aunque de vez en cuando miraba con cierto recelo a una servidora.

—¿Cómo está su marido? —pregunté.

Maya se encogió de hombros.

—La herida no es nada. Solo un rasguño.

—Pero aullaba de dolor.

—Hombres. —Sonrió—. Son como niños.

—Usted encontró a su marido —dije—, después del tiroteo.

Maya se alejó del caballo y me dirigió toda su atención por primera vez.

—Sí —dijo con un tono cargado de cautela.

—¿Llamó a la policía?

—Sí —siguió hablando con tono cauto y reticencia a mirarme a los ojos.

—¿Vio usted a V. J. Parks con la pistola?

Maya vaciló. Arrugó la frente, como componiendo una respuesta. Por experiencia, sé que la respuesta verdadera sale rápido. Si la gente tiene que dudar, pensar mucho, están mintiendo y su lenguaje corporal lo recalca.

—Sí —dijo Maya después de una larga pausa para pensar.

—¿Vio a V. J. disparar el arma?

Silencio prolongado. Luego:

—Sí.

—¿Vio a alguien más?

Maya se recogió el pelo por detrás de las orejas. Llevaba pendientes de perlas blancas brillantes que contrastaban con el brillante negro de su pelo.

—No —dijo mientras me miraba de lado—. No vi a nadie más.

—V. J. dice que él no lo hizo.

—Lo hizo —insistió Maya, aunque su tono no era firme ni mucho menos.

—¿Le ha dicho su marido que acuse a V. J.? —pregunté.

Maya frunció el ceño, quizás aquel fuera el primer gesto sincero desde que comenzó la conversación. Sacudió la cabeza, sonrió y dijo:

—No entiendo.

—¿Vio su marido a V. J. disparar el arma?

—Creo que sí —dijo Maya lentamente.

—Así que usted estaba en la habitación cuando dispararon el arma.

Otra larga pausa mientras llevaba al caballo hacia el portón de madera. El portón daba acceso a un amplio terreno rural y a un camino de herradura. El caballo reconoció el camino y se puso juguetón, así que Maya levantó una mano para calmarlo.

—Yo estaba en los establos —dijo, por fin encontrando una respuesta a mi pregunta.

—¿A las 7 a. m.?

—Correcto.

—¿Se mojó?

Maya se detuvo. Miró al cielo, a las nubes dispersas.

—No —dijo—, porque había dejado de llover.

—¿Pero usted estaba en los establos?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo pudo ver el tiroteo?

Con un movimiento ágil y suelto, Maya se montó en la silla. Ajustó las riendas y luego le dio unas palmaditas al caballo en el cuello.

—Por los ventanales —dijo—. Vi el tiroteo por los ventanales, estaban abiertos.

Asentí y luego dije:

—¿Sabe que su marido violó a Vittoria Vanzetti?

Se giró y agachó la cabeza.

—Sí.

—¿Cómo se siente al respecto?

Encogió ligeramente el hombro derecho descolocándose el chaleco.

—Es mi marido. Debo estar a su lado.

—A pesar de que ha violado a una mujer.

—Sí.

—A pesar de que es un monstruo.

Maya se dio la vuelta para lanzarme una mirada asesina. Levantó la fusta que tenía en la mano izquierda.

—Mi marido es un buen hombre —dijo despacio, con paciencia, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. Dona mucho dinero a caridad.

—Su marido es un monstruo —dije.

—Debo estar a su lado —insistió—. Le apoyaré.

—¿No siente odio hacia él? ¿enfado?

Maya se echó a reír y el caballo relinchó, como con desaprobación.

—¿Cree que yo le disparé? —preguntó.

—Quizá. Y él la está encubriendo. A primera vista, podría ser un golpe profesional o un crimen pasional. Si fuera un golpe profesional, el pistolero habría sido más eficiente, así que parece ser que fue un crimen pasional. Y, por definición, la mayoría de los crímenes pasionales los cometen las esposas o las amantes.

—Yo no disparé a mi marido —insistió Maya—. Si levantara un dedo contra él, me mataría.

—¿Le tiene miedo? —pregunté.

Antes de que Maya pudiera contestar, el caballo sacudió la cabeza y rascó el suelo, ansioso por algo de acción. A decir verdad, el caballo estaba demostrando gran tolerancia y mucha paciencia, cualidades que se le estaban agotando a Maya.

—Le quiero —dijo.

—Aunque es un monstruo.

Maya frunció el ceño. Pasó la fusta por encima de mi cabeza. El caballo reaccionó y ella tuvo que girar en círculos para mantener el control.

—¿Por qué no deja de decir eso?

—Solo estoy diciendo la verdad —dije—. Admiro la lealtad, pero hay un momento y un lugar para cada cosa. A lo mejor usted debería de decidir dónde reside su lealtad: con un hombre al que teme o con Vittoria y las otras mujeres de las que, sin duda, su marido ha abusado.

Fue la gota que colmó el vaso y a Maya se le acabó la paciencia. Se levantó sobre los estribos y se inclinó hacia adelante sobre la silla. Con palabras de ánimo llevó el caballo hacia el campo. Caballo y amazona se fueron galopando campo a través, con las crines color castaña y el pelo negro ondeando al viento. Eran como uno solo, felices, libres.

Aquello dejaba la siguiente pregunta: ¿quién apretó el gatillo? ¿quién intentó asesinar a Grant Osborne? Un hombre en su posición tiene, obviamente, múltiples enemigos. Pero, ninguno de ellos tiene acceso a la pistola de Vincent Vanzetti, y eso incluía a Maya Osborne, así que las sospechas apuntaban hacia el mafioso.

Después de hablar con Maya, no estaba convencida de la culpabilidad de Vanzetti. No obstante, estaba segura de que la respuesta se encontraba en su casa.

Capítulo Veintisiete

Vincent Vanzetti, Catrin y Sherri estaban en la sala de estar dorada. Yo andaba de un lado a otro por donde antes estaba la mesa de cristal baja, preguntándome cómo exponer los hechos, cómo presentar mi acusación. De todos modos, y con toda la razón, Vanzetti le dio prioridad a su hija.

—¿Cómo está Vittoria? —preguntó.

—Está haciendo progresos con Alan. Con suerte, volverá a casa pronto.

—No la culpo por lo que pasó —dijo Vanzetti con la mirada baja, perdida en las profundidades de su vaso de *whisky*.

—Tiene que convencerla de eso —dije—. Asegurarse de que entiende que ella no ha deshonrado a su familia.

Vanzetti asintió. Pegó un trago y se acarició las puntas de su gris bigote. Parecía mayor, pensativo, preocupado por los acontecimientos recientes, cargado con el peso de las responsabilidades de su estilo de vida.

—¿Cómo está V. J.? —pregunté.

—Disgustado. Confuso. Insiste en que él no disparó a Osborne.

—¿Entonces quién lo hizo?

Me detuve y pegué un trago de mi bebida, un zumo de frutas, mi único sustento desde el desayuno. Normal que tuviera una talla diez; la dieta de Samantha Smith: no comas, preocúpate, mantente activa. Compre el DVD ahora.

—En principio —dije— pensé en Maya, pero el arma suponía un obstáculo a tal conjetura. En cualquier caso, ahora creo que ha sido alguien de esta habitación; alguien que tiene acceso a su pistola, Sr. Vanzetti.

—¿Cree que lo hice yo? —Vanzetti frunció el ceño arqueando una ceja gris.

—Tiene un motivo de peso. Y, algunos también dirían, que los medios. Pero el intento fue demasiado chapucero para llevar su sello, y por nada del mundo se habría dejado el arma en la escena del crimen o, ya puestos, habría usado su propia pistola.

—Entonces, ¿cree que lo hizo Catrin? —preguntó Vanzetti.

Miré hacia Catrin Vanzetti. Estaba sentada junto a su exmarido con cara de preocupación y con la mano izquierda acariciándose el muslo de manera

distraída. Había una cómoda familiaridad entre ellos, me atrevería a decir, la familiaridad de un matrimonio que lleva mucho tiempo casado.

En respuesta a Vincent Vanzetti dije:

—¿Quién censuraría a Catrin si le pegase un tiro a Osborne?

—Lo pensé —confesó Catrin saliendo de su ensimismamiento y poniéndose las manos en el regazo—. Pero, como ya he dicho antes, pegarle un tiro a Osborne no solucionaría nada. Si muriera a manos mías, sería una muerte lenta y dolorosa. Querría ver sufrir al muy cabrón.

Asentí. Aquello me lo podía creer. Le dije a Catrin:

—Ayudaría si pudiera proporcionar una coartada.

Catrin miró hacia su exmarido. Le cogió la mano derecha y entrelazaron los dedos.

—Vince es mi coartada —dijo mientras miraba a Vanzetti a los ojos.

Parpadeé, carraspeé y dije:

—¿Sr. Vanzetti?

Con reticencia, Vanzetti miró hacia Sherri. No se sonrojó, exactamente, pero parecía avergonzado al decir:

—Yo estaba con Catrin en la habitación de invitados. Estuvimos juntos toda la noche. —Se pasó un dedo por dentro del cuello de la camisa, estiró los músculos del cuello y se aflojó la corbata—. Asuntos pendientes. —Se encogió de hombros—. Ya me entiende.

—¡Oh, Vincent! —sollozó Sherri. Cerró las manos en dos pequeños puños y se frotó los ojos. La mujer, a pesar de sus largas piernas, ligeros y generoso canalillo, parecía una niña pequeña.

—Lo que deja solo a Sherri —dije.

Sherri estiró los dedos. Hizo un intento patético de hacer un círculo con el dedo índice para formar la letra i.

—Con i —dijo llorando.

—Con i —repetí—. ¿Estuvo sola toda la noche?

Sherri dijo que sí con la cabeza. Luego, en un gesto dramático, se lanzó al suelo cayendo de rodillas delante de Vanzetti.

—Lo hice por ti, Vincent. Pensé que estarías orgulloso de mí. Te lo iba a contar. No quiero perderte por culpa de esa horrenda zorra. —Miró hacia Catrin y gruñó, se transformó de la señora Jekyll en la señora Hyde—. Te quiero, Vincent. No puedo vivir sin ti. Te necesito en mi vida.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté.

—Fácil. —Sherri se levantó de un salto. Se giró hacia mí y me ofreció una sonrisa de niña. Mientras hablaba ejecutaba cada acción demostrando el intento de asesinato haciendo mimo—. Cogí la pistola de debajo de la almohada de Vincent. Sabía que estaba con esa golfa, así que cogí la pistola de debajo de la almohada y me fui en coche a casa de Osborne. Iba a recuperar a mi amor verdadero, como hacen en las películas, como hice en *Orgía mafiosa*.

La idea de Sherri al volante me dejó helada, pero lo dejé correr.

—Llamé a la puerta de cristal —continuó Sherri—, le enseñé una pierna y me dejó entrar. Luego le disparé. —Se puso el pulgar derecho sobre los labios, se balanceó alegremente de lado a lado y luego se mordisqueó el dedo con cara pensativa—. Supongo que me entró el pánico... el disparó hizo tanto ruido... se me cayó la pistola y salí corriendo. Disparé a matar, pero supongo que fallé. No encontrarán mis huellas en la pistola —dijo alzando la mirada al techo—. No soy tan estúpida. Llevaba guantes. Lo vi en *Colombo*.

Sherri hizo una pausa. Dejó de hacer mimo. Dejó de actuar. La actriz había desaparecido y en su lugar vi a la verdadera Sherri, una joven vulnerable que necesitaba que la protegieran de sí misma.

—Lo hice por ti, Vincent, y por Vittoria. Os quiero a los dos. —Grandes lágrimas le cayeron por las mejillas hacia el suelo, fruto de un torrente de emoción. Se sorbió las narices, se lamió una lágrima de los labios y dijo—: A mi padre no le importaba. Mi madre solo quería que me hiciera famosa, nunca me quiso, ni siquiera por quien realmente soy. Le daba igual que fuera actriz porno, siempre y cuando fuera famosa. Nadie te quiere hasta que eres famoso. Pero yo te quiero, Vincent. Quiero a Vittoria. Sois mi familia.

Vanzetti y Catrin se quedaron mirando a Sherri. Luego se revolvieron en sus asientos y se miraron el uno al otro. Parecían confusos, avergonzados.

Me bebí todo el zumo de frutas y dejé el elegante vaso largo sobre el mueble bar. Sherri estaba llorando así que le ofrecí mi hombro. Mientras sus lágrimas humedecían mi blusa, le dije al mafioso:

—Pues esto es lo que hay, Sr. Vanzetti: o V. J. Parks o su esposa van a ir una larga temporada a la trena. ¿Qué le parece?

Vanzetti se cogió la cabeza con las manos. Se pasó los dedos por la cara. Parecía tan cansado como el viejo Padre Tiempo. Me miró a mí, luego miró hacia su vaso vacío y suspiró:

—Necesito un trago.

Capítulo Veintiocho

A la mañana siguiente, mientras iba en coche hacia Newton, estuve reflexionando sobre los acontecimientos recientes. Le había pasado la patata caliente del intento de asesinato a Vanzetti; bien V. J. Parks bien Sherri tendría que pagar los platos rotos. Cada uno a su propia manera, ambos me parecían inocentes. Pero, se había cometido un crimen y no podíamos ignorar tal hecho.

Sweets les había pasado a sus superiores las acusaciones de amaño de combates, aunque como solo se sostenían sobre las declaraciones de V. J. Parks, no era muy optimista respecto a los resultados. Lo que era más, Parks estaba intentando cubrirse las espaldas contradiciendo su declaración al no querer verse envuelto en un caso de nivel internacional; ya había desafiado una vez a Osborne, no tenía ningún deseo de enfurecer al mafioso y a sus matones otra vez. Supongo que al final se reducía a miedo, esa palabra de cinco letras en la que todos los tiranos confían, la palabra de cinco letras más importante de nuestra lengua. Sin duda, el miedo de V. J. giraba en torno a Vittoria y a su deseo de protegerla, y le entendía bien.

Todo aquello me había dejado con Osborne y el dilema de hacer justicia con Vittoria. Según estaban las cosas, el inocente se enfrentaba a Guatemala mientras que el culpable se libraba de Guatepeor.

En Newton, decidí seguir el ejemplo de Alan: invité a Vittoria a dar un paseo por la playa. Con aspecto más relajado aquel día, aceptó.

Mientras Mac nos vigilaba desde las dunas, Vittoria y yo nos quitamos las playeras. Fuimos andando hacia la marea que estaba subiendo y dejamos que las olas nos bañaran los pies desnudos. Vittoria llevaba un sombrero, para esconder su pelo mal cortado, no para protegerse. Noté que le avergonzaba el pelo, lo que implicaba un progreso. Gradualmente se estaba descubriendo a sí misma, asimilando su situación.

Chapoteamos un rato disfrutando de la impecable vista, la paz, la soledad. Luego, cuando nos paramos a admirar unas conchas, me giré hacia Vittoria y le pregunté:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Ahora los días son llevaderos, pero odio las noches. Odio el silencio y estar atrapada en mis propios pensamientos.

Seleccionamos un puñado de conchas y las metimos en una bolsa que había llevado para ello. El sol nos calentaba la nuca, las gaviotas volaban alto graznando perezosamente, como temerosas de perturbar la quietud. Mientras tanto, la marea se acercaba somnolienta, con olas suaves besándonos los pies.

—Tu chico es un hombre encantador —dijo Vittoria. Se llevó una mano a los ojos y miró hacia las suaves olas, luego parpadeó con la luz del sol—. Tienes mucha suerte.

—Es un encanto y sí que tengo suerte —coincidí—. Y a lo mejor, a veces, fracaso a la hora de mostrar mi aprecio.

Vittoria asintió y seguimos andando en silencio.

Nuestras huellas me recordaron a Robinson Crusoe el día que descubrió a Viernes, la alegría desatada al liberarse de las cadenas de la soledad. Pero, no hace falta pensar en lejanas islas desiertas: estar a solas con tus propios pensamientos oscuros es el lugar más solitario del mundo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Vittoria. Se quedó mirándose los dedos de los pies, los dibujos que hacía con ellos sobre la arena y la delicada impresión que quedaba al levantar el pie—. Quiero decir, no tienes ninguna obligación—. Miró por encima del hombro hacia las dunas, hacia la imponente figura de Mac—. Te has puesto en peligro, lo sé porque Mac está preocupado por ti.

—Puedo cuidarme —dije.

Vittoria observó como se retiraban las olas y como se formaban pequeñas depresiones que se llenaban de agua salada.

—Yo pensé que podía cuidarme —dijo—. Hasta que me encontré con Osborne.

Las palabras sobraban, así que nos sentamos en una gran roca absorbiendo el tranquilo entorno quedándonos un rato en silencio.

Luego Vittoria repitió:

—¿Por qué lo haces?

Cogí una piedra, suave y de un verde brillante. La piedra mostraba una serie de ondulaciones regulares que formaban un atractivo patrón. Mientras sujetaba la piedra con la mano izquierda, dije:

—Al principio, me dejé llevar persiguiendo a mi exmarido por una aventura amorosa. Supongo que luego le cogí el gusto, descubrí que era algo que era capaz de hacer.

—Pero te entregas mucho al trabajo —dijo Vittoria—. Más que la mayoría de la gente.

Me encogí de hombros. Tenía razón. Dicho esto, no era única en mi profesión ni mucho menos; la mayoría de los investigadores privados que conozco son gente entregada a su trabajo.

Dejando caer la piedra dentro de la bolsa, dije:

—Sé lo que es sufrir, estar sola, padeciendo; sobre todo sufrir dolor emocional en soledad. De alguna manera parece lo correcto intentar ayudar a otra gente que está en una situación parecida, ¿no te parece?

—Sí. Pero mucha gente no estaría de acuerdo contigo, insisten en que uno tiene que valerse por sí mismo.

—¿Tu madre y tu padre piensan así? —pregunté.

—Mi madre sí. Es dura. Supongo que le ha tocado serlo estando casada con mi padre. Y su educación tampoco fue un camino de rosas. Mi padre puede ser duro, como ya sabes; puede llegar a ser despiadado, pero no es un hombre malvado. No disfruta viendo a la gente sufrir.

—Pero sí que hace sufrir a gente.

—Si le enfadan, sí. Al final, hará sufrir a Osborne. Cuando sea el momento adecuado, se cobrará su venganza.

—¿Cómo te sientes respecto a eso? —pregunté.

—Odio a Osborne. Lo quiero muerto.

Fue llegando gente poco a poco a la playa, con ganas de disfrutar del sol matutino. El hombre del tiempo había prometido lluvia para más tarde y las nubes se estaban acumulando en el oeste, sobre Swansea, así que parecía que en aquella ocasión el pronóstico era correcto.

—Me gustaría ver a V. J. —dijo Vittoria.

Nos detuvimos y nos secamos los pies en la hierba antes de ponernos las playeras. Con el calzado bien atado, fuimos andando hacia Mac.

—Puede que sea difícil —dije.

—¿Por los cargos de intento de asesinato?

—Sí. Y porque V. J. también está sufriendo. Necesita tiempo para asimilar lo que ha sucedido.

Vittoria frunció el ceño. Sus rasgos mostraron una mirada de halcón familiar.

—¿No quiere verme?

—Necesita tiempo —dije—. Como tú.

—Entiendo.

Seguimos andando hacia Mac, que estaba en la cima de una duna. Con el abrigo agitándose al viento y el sol lanzando destellos sobre su calva, tenía un

aspecto impresionante. Incluso a lo lejos, intimidaba, como un cruce entre un espantapájaros, un faro y una versión escocesa de la Estatua de la Libertad.

Antes de que llegáramos a Mac, Vittoria se detuvo. Se volvió hacia mí y dijo:

—Supongo que es el momento de la verdad para V. J. y para mí. Me imagino que ahora descubriremos si realmente estamos hechos el uno para el otro.

Capítulo Veintinueve

La tarde se estaba convirtiendo en noche cuando recibí un correo electrónico de Faye. Había terminado su trabajo de huésped misteriosa. Se iba a tomar dos días de descanso en Gales Central para recargar las pilas, luego volvería a casa con Marlowe y conmigo. Aunque había disfrutado rememorando los viejos tiempos

trabajando sola, estaría bien volver a verla y disfrutar de su compañía.

Estaba recostada en la silla de la oficina pensando en Faye cuando sonó el teléfono. Era Maya.

—He estado pensando —dijo—. Sobre lo que dijo. Me gustaría que nos viéramos para hablar, en secreto.

—¿Dónde? —pregunté.

—En Westlands —dijo—. La mina de carbón abandonada.

Paré un momento para tomar una nota mental del lugar.

—De acuerdo —dije—. ¿Cuándo?

—Mi marido no tiene que enterarse —insistió Maya en tono preocupado, nervioso.

—No se enterará por mí. ¿Cuándo le gustaría que nos viéramos?

—Dentro de una hora.

—Allí estaré —dije, después ella colgó el teléfono.

Westlands era una mina de carbón abandonada situada al norte de la ciudad. Las tierras habían sido parcialmente recuperadas para usarlas como mercado y para el mercadillo de los domingos por la mañana. Pero el Ministerio de Sanidad había descubierto un hundimiento de tierra en la zona y había cerrado el mercado. Un lugar silvestre, solitario y desolado, allí podríamos vernos en secreto.

Sin embargo, seguía sin tener las cosas claras sobre Maya. ¿Podía fiarme de ella? Sonaba sincera, desesperada por verme. Con su ayuda, tal vez pudiera derribar a Osborne y conseguir justicia para Vittoria.

Metí el móvil y la Smith and Wesson del .32 en el bolso y me fui.

La primavera había vuelto a ser invierno y, tal como habían pronosticado, llovía torrencialmente. De hecho, una barca habría circulado mejor por las carreteras secundarias que mi Mini.

Fui salpicando por la carretera hacia el campo, hacia un bosque. Nueve minutos después, llegué a un claro donde se ubicaba la vieja mina de carbón.

Maya estaba sentada en el Range Rover, esperándome. Mientras yo aparcaba, salió del vehículo y vino hacia el Mini.

—¿No la habrán seguido? —preguntó mientras miraba furtivamente alrededor.

—No me ha seguido nadie —dije.

Salí del coche, cerré la puerta con llave y luego busqué un muy necesario lugar donde guarecerme. Aparte de un viejo vagón oxidado para carbón y labores mineras abandonadas dispersas, los antiguos aseos eran el único sitio donde refugiarse.

—¿Está segura? —insistió Maya.

—Estoy segura —dije.

Me subí el cuello de la gabardina, aunque no sirvió de mucho para protegerme de la lluvia. En verano, seguiría el consejo de moda de Catrin y me pondría la chaqueta corta de cuero. Faye usaba una chaqueta de cuero y le quedaba genial; eso sí, Faye podría ponerse una bolsa de basura y seguiría estando espectacular. Pero me estoy yendo por las ramas.

Mientras mirábamos a nuestro alrededor, buscando cualquier cosa que pudiera darnos problemas pero sin encontrar nada más que fantasmas de lo que una vez fue nuestra orgullosa industria minera, pregunté:

—¿Quiere hablar?

—Tengo que enseñarle algo —dijo Maya. Llevaba un chubasquero y un sombrero que descansaba, inapropiadamente, sobre su sedoso pelo negro—. Por aquí —dijo—. En los aseos.

Salpicando al pisar los charcos y pasando con cuidado por encima de cadenas oxidadas, seguí a Maya hacia los aseos.

Mientras Maya soltaba un cerrojo oxidado del corroído pestillo, me miró y me preguntó:

—¿Usted quiere castigar a mi marido?

Dije que sí con la cabeza.

—Quiero justicia para Vittoria.

—Aquí dentro —dijo—. Hay una caja. Escondida detrás de aquella rejilla. Contiene pruebas de los negocios de mi marido.

Mi mirada siguió el largo y delgado dedo que apuntaba a una rejilla de ventilación situada en la parte alta de una pared. La pared estaba negra, cubierta de polvo de carbón. Los viejos cubículos para las duchas también

estaban negros. El polvo se había hecho camino a través de las grietas de las ventanas y las paredes. Las ventanas eran estrechas y altas, y estaban protegidas con malla metálica que se había oxidado y roto por algunas partes. Durante más de cien años el carbón había sido el rey, la piedra angular de nuestros pueblos y ciudades, nuestras carreteras y ferrocarriles, nuestros puertos y lugares de ocio. Ahora, el rey carbón era un pobre, un viejo sucio al que nadie quería.

Mientras miraba fijamente la rejilla de ventilación pregunté:

—La caja... ¿Contiene detalles de los amaños de los combates? ¿De préstamos sucios?

—Todos los detalles —dijo Maya.

—¿Por qué los esconde ahí? —pregunté.

—Es seguro —dijo—. La caja es mi póliza de seguros.

—¿Quiere dejar su matrimonio?

Se mordió el labio inferior, miró hacia abajo a su botas negras, suspiró y soltó un gemido.

—¿Me ayudará?

—La ayudaré —dije. Sonreí y puse una mano sobre su brazo.

Mientras estaba debajo de la rejilla de ventilación, levanté un brazo y lo estiré, extendí mi mísero metro sesenta y cinco al máximo.

—No llego —dije—. Necesitamos una escalera o una caja.

—Allí —dijo Maya apuntando hacia el rincón más alejado—. Hay una caja, la he usado otras veces.

Dejé que se me escurriera el bolso del hombro y me fui hacia la caja, un cajón grande de embalar vacío, y lo arrastré por el suelo. Con el cajón en el sitio, me subí encima. Pasé los dedos por la rejilla. Tenía una serie de tornillos, todos oxidados aunque mostraban signos de haber sido usados recientemente.

—Necesitamos un destornillador —dije.

Maya asintió.

—Iré al coche a por uno.

Mientras Maya rebuscaba en la caja de herramientas, intenté mirar por la rejilla, pero no era lo bastante alta. Además, estaba anocheciendo y me hacía falta una linterna. Tenía polvo de carbón en las manos, la ropa, la cara y un gran manchurrón en la punta de la nariz.

Por algún extraño motivo, sentí la necesidad de limpiarme el manchurrón, así que fui a sacar un pañuelo del bolso. Pero el bolso no estaba allí, así que

miré hacia la puerta de salida. Maya estaba de pie al otro lado de la puerta, con mi bolso en la mano. Según salté para bajar del cajón e ir hacia la puerta, tiró el bolso sobre un montón de carbón mojado por la lluvia y me encerró. No había ido a por un destornillador, había ido a por una llave y un flamante candado nuevo.

—Lo siento —dijo, aunque su tono carecía de compasión alguna o sinceridad—. Pero es mi marido y debo apoyarle.

Miré a través de los cristales rotos a Maya, con la cara contra la malla que cubría la parte superior de la puerta. Vi como andaba hacia atrás y desaparecía en la oscuridad y la lluvia.

—Lo siento —repitió. Luego se subió al Range Rover, arrancó y se fue.

Al doblar la esquina, las luces de atrás brillaron como llamas. No miró hacia atrás por encima del hombro, ni una sola vez miró hacia mí.

Mientras tanto, sacudí la puerta y luché contra las ganas de sucumbir al pánico. Estaba encerrada, atrapada. No podía hacer nada excepto sentarme y esperar a Osborne. No podía hacer nada excepto, quizás, abrazar la religión y rezar.

Capítulo Treinta

Siempre he sido demasiado confiada, ese es mi problema. Siempre veo lo bueno de la gente, incluso cuando no está ahí.

Me habían tendido una trampa. Maya y Osborne habían colocado allí el cajón de embalar, se habían inventado lo que ella iba a decir y habían raspado los tornillos de la rejilla para hacer que la historia pareciera verídica. Por lo tanto, los documentos detallando las artimañas de Osborne no existían, o si lo hacían, no estaban ocultos en aquellos aseos.

Sacudí el cerrojo otra vez, sin resultados. Pateé la puerta y lo único que conseguí fue hacerme daño en los dedos de los pies. Tenía que escapar, pero ¿cómo?

A pesar de las grietas en las paredes, la mampostería era sólida; no había manera de que pudiera echarla abajo. El suelo era de hormigón mientras que el techo, aunque con goteras, tenía la estructura bien y lejos de mi alcance. Asimismo, las ventanas eran demasiado estrechas y altas y, de todos modos, estaban cubiertas de malla metálica oxidada. No llevaba nada encima, nada con lo que aflojar los tornillos y soltar la malla. Si tan solo fuera capaz de coger mi bolso...

Miré a través de la malla de la puerta. El bolso estaba tirado sobre un montón de carbón, empapándose. A un brazo de distancia, el bolso me atormentaba; pero incluso si pudiera tocarlo con los dedos, no podría pasarlo por debajo de la puerta. Las llaves del coche, la pistola, el teléfono móvil, todo estaba en el bolso, esperándome, ofreciendo la posibilidad de salvación, de liberación de aquella pesadilla.

Piensa, Samantha, piensa... Se te da bien... Deja de preocuparte y empieza a pensar... La puerta estaba un poco suelta. A lo mejor podía sacarla de las bisagras. Pero, las bisagras estaban oxidadas, me haría falta un lubricante: una lata de aceite, margarina, mantequilla..., cualquier cosa grasienta. Ojeé las duchas buscando restos, cualquier remanente del pasado de la mina, del mercado o del mercadillo. A pesar de buscar detalladamente, solo encontré jeringuillas de yonquis entre la basura y latas corroídas. Nada de aceite. Ninguna salvación. Luego, divisé una palanca...

Cogí la palanca con las manos, pesaba. Genial, necesitaba su peso, me vendría bien. Levanté la palanca por encima de la cabeza y la golpeé contra la puerta. Se podrán decir muchas cosas de la industria minera, pero saben como construir estructuras firmes. A pesar de los repetidos golpes, la puerta no se movió. Era hora de un poco de sutileza. Coloqué un extremo de la palanca entre la puerta y el marco, luego empujé. El marco se astilló, así que volví a empujar. Seguí empujando metiendo la palanca en el hueco hasta que un crujido fuerte anunció una amplia fisura. La puerta estaba suelta, pero seguía sin abrirse. Me quité el sudor de mi ennegrecida frente y paré para tomar aliento.

Una vez más metí la palanca. La bisagra inferior se soltó de la pared al caer unos tornillos al suelo. Metí la palanca entre la bisagra y la pared. La bisagra se dobló, pero los tornillos que quedaban se negaban a moverse. Así que dirigí mi atención a la bisagra superior, solté los tornillos, hice un hueco entre la pared y la bisagra y avisté una posibilidad de libertad.

La puerta estaba colgando del resplandeciente candado nuevo y de un puñado de tornillos oxidados. Los tornillos eran la parte más débil; con un poco de esfuerzo tendrían que caerse. Y lo hicieron. Al final, el marco se astilló, los tornillos cayeron y pude abrir la puerta a empujones. Salí de los baños a la lluvia, solo para encontrarme a un sonriente Grant Osborne.

—Se lo advertí —dijo—. Ahora voy a darle una lección.

Levanté la palanca por encima de la cabeza. Si Osborne agarraba la palanca y la usaba contra mí, me mataría. Pero no si la usaba yo primero contra él.

—Disfruta causando dolor, ¿verdad? —gruñí.

Él continuó sonriendo.

—Me gusta ver a la gente suplicar, por su vida, por su dinero. La gente debería saber cual es su sitio. Las mujeres son basura, escoria. No se merecen nada bueno.

Osborne estiró un brazo, intentó coger la palanca. La sonrisa de su cara revelaba inmenso placer. Lo que es más, sus pasos lentos y pesados mostraban que estaba saboreando cada momento. Mientras tanto, la lluvia caía a cántaros poniéndole la mata de pelo rubio de un marrón fangoso.

A la desesperada, lancé la palanca contra su cabeza, pero esquivó el golpe y consiguió agarrar la palanca. La herida de la parte superior de su brazo, el arañazo de bala, no le molestaba así que forcejeamos por tener el control hasta que, mientras mis pies resbalaban sobre el carbón, tuve que ceder. Era

demasiado fuerte, demasiado poderoso para mí. Solté la palanca y eché a correr.

Por instinto, me agaché y agarré el bolso. Luego me fui a toda mecha a través el antiguo aparcamiento, pasando una caseta de aluminio, apenas notando la cinta de delimitación roja y blanca y las señales que gritaban: «¡Aviso! ¡Suelo inseguro! ¡Peligro! ¡Hundimientos! ¡No cruzar! ¡No pasar! ¡Prohibido el paso!». Ignoré dichas señales, atravesé la cinta y luego subí como pude por un montón de escombros con trozos irregulares de hierba que había reclamado de vuelta la naturaleza.

Después me encontré en una zona plana, sobre hierba, corriendo hacia quién sabe dónde, pero lejos de Osborne. Luego me patinó el pie derecho sobre la hierba. Entonces me desapareció una pierna entera en un agujero. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba metida en el agujero hasta la cintura con las piernas colgando en el aire y agarrándome a la hierba mojada con los dedos como si me fuera la vida en ello.

Poco a poco desaparecí en el agujero. Mientras tanto, Osborne se acercaba. Como un oso empapado por la lluvia, atravesó pesadamente el montón de escombros. Yo me había caído en un viejo pozo de la mina o una galería de ventilación, una de las muchas del yacimiento. Prestar atención y ver las cintas de seguridad avisa de las zonas de peligro. Pero, cuando estás corriendo para salvar tu vida, ensimismada, esas zonas parecen firmes e inocentes, ocultas por hierba crecida, por los contornos naturales, por el exuberante paisaje verde.

Estaba metida hasta los hombros en el agujero con los dedos escarbando en la tierra, las piernas agitándose y los pies buscando algún saliente. Me hundí unos centímetros más. Luego mis pies tocaron roca. Apoyé mi peso sobre dicha roca; parecía firme, segura, asentada en el lugar.

En un segundo, tomé la decisión de dejar caer todo mi peso sobre aquella roca y utilizarla como un trampolín para salir del agujero y alejarme de Osborne. O para desaparecer en la oscuridad y no volver a ser vista nunca más.

Caí sobre la roca. Aguantó. Usando los brazos salí del agujero impulsándome, justo cuando Osborne se lanzó contra mí. Me desgarró el abrigo, así que lo dejé caer sobre la hierba y luego me di la vuelta para enfrentarme al monstruo.

Osborne había dejado la palanca sobre los escombros. Con un movimiento salvaje se lanzó para intentar agarrarme la blusa, pero le esquivé. Mientras él

recuperaba el equilibrio, conseguí arañarle la cara. Le arranqué los botones de la camisa dejando a la vista un pecho y un abdomen hirsutos. Él estaba de pies jadeando, con los pantalones y la camisa llenos de barro y polvo y la cara muy sucia. Avanzó. Yo di un paso atrás. Se lanzó de nuevo contra mí pero falló.

Tenía el bolso en la mano izquierda, sujeto con fuerza. Me enrollé la correa a los dedos. Me clavé las uñas en la palma de la mano mientras mis nudillos brillaban blancos. Cogí el bolso como si me estuviera aferrando a mi propia cordura. Luego mi mano derecha desapareció en las profundidades del bolso y reapareció sujetando la pistola.

Osborne se quedó mirando la pistola. Se echó a reír.

—No me va a disparar.

—Dé un paso más —dije—, y lo haré.

—No lo hará —dijo con voz firme, confiada, segura—. No es del tipo de persona que mata a otra.

—Ya he disparado a alguien antes —dije con el brazo estirado y la pistola apuntando a Osborne, con el dedo vibrando contra el gatillo.

—Lo sé. —Osborne sonrió—. He comprobado su historial. Disparó porque iban a dispararle a usted. Pero yo no voy a dispararle; solo voy a darle una lección.

—Un paso más —avisé.

Continuó sonriendo. Aquello era divertido para Osborne. Era el placer personificado. El hombre vivía para momentos como ese, momentos en los que pudiera hacer sufrir a la gente.

—Le gustaría solo herirme, ¿verdad? —dijo—. Pero no es lo bastante buena como para hacerlo, no dispara lo suficientemente bien. Si dispara esa pistola, será para matar y no podría vivir con ello. —Estiró el brazo y me rasgó la blusa completamente—. No me va a disparar.

Levanté la pistola, envolví el gatillo con el dedo. Me quedé mirando su piel desnuda y recordé la conversación con Mac, aquel comentario sobre disparar contra piel desnuda y luego vivir con las pesadillas. ¿Sería capaz de vivir con las pesadillas?

Osborne dio un paso pesado hacia mí. Yo di uno atrás. Seguía sonriendo. La pistola tembló en mis manos.

Se volvió a mover hacia adelante. Yo me eché atrás. Podía oler su aliento rancio, verle las venas rojas de los ojos, notar el sabor metálico del miedo en la garganta.

Osborne estiró el brazo hacia la cintura de mis vaqueros. Apunté. Dio otro paso pesado hacia mí. Pisó mi abrigo. Luego, desapareció de mi vista. Se había puesto encima de la galería, sobre la puerta al infierno. Agitó los brazos frenéticamente y gritó, dio un alarido que ponía los pelos de punta, y luego desapareció en la oscuridad.

El grito de Osborne duró eternamente, o al menos eso me pareció, aunque al final llegó el silencio. Inclinándome hacia adelante miré dentro del agujero, pero no vi nada más que oscuridad.

La tierra se había tragado al monstruo. Grant Osborne ya no atormentaría a nadie más.

Capítulo Treinta y Uno

Llamé a la policía. Media hora después llegaron al lugar y organizaron la búsqueda del cuerpo de Osborne. Sin embargo, no pudieron encontrarlo. Habrían alargado la búsqueda, pero los expertos determinaron que el suelo era inseguro; la zona no era estable para soportar el peso del equipo, los andamios y la maquinaria requeridos para realizar una operación de rescate. Parecía probable que nadie recuperaría nunca el cuerpo de Osborne.

Muy temprano por la mañana presté declaración a la policía, les expliqué los antecedentes del caso y luego me fui, consciente de que más adelante me harían más preguntas. De momento, era libre de irme; libre para hablar con Alan; libre para disfrutar de un baño caliente. Así intenté limpiarme la suciedad y los recuerdos amargos. Sabía por experiencia que la suciedad se iría por el desagüe, pero que los recuerdos tardarían más en atenuarse.

Con el sol de la tarde calentándome la cara, me reuní con Vincent Vanzetti. Paseaba por su jardín, entre francesillas y margaritas, hacia una zona reservada para jugar al cróquet. Podía imaginarme a Vanzetti vapuleando a gente con un mazo de cróquet, pero me resultaba difícil imaginarlo disfrutando del juego. Quizá aquello decía más de mí que del mafioso; sinceramente, estaba demasiado cansada como para que me importara.

—Mis contactos me han contado lo que ha pasado —dijo Vanzetti. Se detuvo junto a un banco del jardín y pasó un dedo sobre el liquen y la desgastada pintura—. Le debo una.

—Osborne se cayó —dije—. Yo no le empujé.

—Pero hizo el trabajo —dijo Vanzetti—. Y eso jamás lo olvidaré.

Asentí.

Paseamos por un camino con adornos: liebres boxeando hechas de bronce, una pequeña fuente y un hada solitaria y pensativa.

—¿Y si Osborne siguiera vivo? —pregunté mientras observaba el hada.

—Yo me ocuparía.

—Por Vittoria.

—Por supuesto.

—Y para demostrar que no lo ha olvidado.

Vanzetti se atusó el bigote, acariciándose las puntas. Entrecerró los ojos y me miró con intensidad.

—A veces —dijo—, hay que demostrarle al mundo que uno va en serio. Habría acabado con Osborne. Nadie se mete con un Vanzetti.

Una conmoción en el patio llamó nuestra atención: voces femeninas agudas chillando. Sherri y Catrin estaban discutiendo, quejándose.

—¿Qué va a hacer con Sherri? —pregunté, consciente de que ella era el tipo de persona que cree que hay hadas en el jardín, una persona que había llegado a gustarme a pesar de sus debilidades y peculiaridades.

—Ya ha hecho una declaración para exculpar a V. J. Tiene la historia bien preparada: había quedado con Osborne para acostarse con él. La pistola era parte de un juego sexual. Se disparó por accidente. Puede que su historia me avergüence un poco, pero podré vivir con ello. Puede que vaya a juicio; si lo hace, pediré algunos favores.

—Quedará libre —dije.

Vanzetti sonrió. Se tocó la punta de la nariz.

—No se trata de lo que conoces, sino de a quién conoces.

Yo sabía que Vanzetti tenía, al menos, a un ministro metido en el bolsillo. Calculé que si el cargo por intento de asesinato recaía sobre Sherri, disfrutaría de un día en los juzgados haciendo de actriz.

—¿Y qué hay de Catrin? —pregunté.

Vanzetti se encogió de hombros. Miró al otro lado del jardín hacia su exmujer. Estaba sentada en una silla, igual que Sherri, aunque se estaban dando la espalda. Ambas estaban bebiendo: Catrin de un vaso largo, Sherri de uno con pajita.

—A lo mejor podemos llegar a un acuerdo —dijo Vanzetti—. Catrin podría quedarse en la habitación de invitados, echar una mano en el negocio.

—¿Estará de acuerdo?

Dijo que sí con la cabeza.

—Al final, Catrin y Sherri estarán de acuerdo con lo que yo diga.

—¿Está seguro? —pregunté arqueando una ceja.

—Sherri me quiere. Catrin adora ser el poder detrás del trono. Llegaremos a un acuerdo.

Un ruido cortó el aire, el sonido del motor de un coche. Miramos hacia la entrada y vimos el Bugatti de Mac.

Mac aparcó junto al Bentley de Vanzetti. Bajó, luego abrió la puerta del pasajero y ayudó a salir a Vittoria.

Como una niña que está dando sus primeros pasos, Vittoria apoyó los pies sobre la gravilla. Titubeante, caminó hacia su familia. Catrin fue la primera en verla. Dejó el vaso y salió corriendo. Envolvió a su hija en un emotivo abrazo, le besó el pelo, la cara, la apretó fuerte contra su cuerpo.

Luego Sherri se acercó y abrazó a Vittoria. El abrazo fue sincero, natural; la actriz no estaba de representación.

Finalmente, Vanzetti fue a saludar a su hija. La abrazó y luego sollozó, apoyó la cabeza en el hombro de Vittoria. Le caían lágrimas por las mejillas y no hizo intento de limpiárselas.

Vanzetti cogió a Vittoria de la mano y la llevó hacia la casa. Cuando Vittoria pasó junto a mí, me echó una mirada de agradecimiento. Luego estiró el brazo y me ofreció una pulsera de conchas. Acepté la pulsera y sonreí, luego me la puse en la muñeca derecha.

Estábamos de pie en el patio a punto de entrar en la casa cuando llegó un coche a la entrada principal. El conductor, desconocido para mí, dejó a V. J. Parks desamparado en la verja, mirando hacia el camino para coches, con aspecto inseguro. V. J. dio un paso con cautela hacia Vittoria. Ella dio un paso prudente hacia él. Luego corrieron a saludarse, lloraron y se abrazaron.

Mientras V. J. besaba y abrazaba a Vittoria, Mac se giró hacia mí y me dijo:

—Es un momento familiar, y nosotros no somos familia.

—Entendido —dije—. Nos montamos en nuestros respectivos coches y nos fuimos.

Fuimos al puerto.

Mientras pasábamos paseando junto al edificio Pierhead y Senedd, la Asamblea General de Gales, Mac murmuró:

—Entonces, me toca el treinta y tres por ciento, ¿no?

—Sí —dije—. Solo que he decidido donar mis honorarios a caridad: a un refugio para mujeres maltratadas; le hace mucha falta los fondos.

Mac frunció el ceño. Se le erizó el enorme bigote pelirrojo.

—O sea, que me llevo el treinta y tres por ciento de nada.

—Sí, es lo que hay.

Mac se apoyó contra una barandilla. Se quedó mirando a la bahía, hacia las tranquilas aguas, luego apretó los labios pensativo.

—Recuérdame que no salga corriendo la próxima vez que silbes, ¿vale, jovencita?

Sonreí y luego le pregunté:

—¿Te has decidido ya con lo de tu amante?

Mac dijo que sí con la cabeza. Retiro su enorme estructura de la barandilla. Luego, conmigo detrás, se fue andando con decisión hacia el Bugatti.

—Gracias a ti no tengo un duro. Soy un indigente. Supongo que no me queda otra opción que mudarme con él.

Capítulo Treinta y Dos

Una quincena después, con la playa de Newton llena de gente de vacaciones, paseaba por las dunas con Alan. El tiempo había pasado, las emociones se habían enfriado. Podía pensar con claridad de nuevo. Llevaba puesta a la Sam responsable.

Mientras ojeaba las noticias en el móvil, sección de deportes, dije:

—V. J. Parks noqueó a su oponente en el primer asalto.

Alan asintió.

—Canalizó su agresividad, la combinó con su talento natural. Teniendo en cuenta el estado de ánimo de V. J., el oponente no tenía ninguna posibilidad.

Subimos a una duna y miramos hacia la playa. Mientras Alan admiraba a la gente guapa y bronceada, yo me ajusté la pulsera de conchas y dije:

—Hoy has visto a Vittoria.

—Sí. En una reunión social.

—¿Qué tal le va?

Alan se giró hacia mí. Dijo:

—Está interactuando bien con su consejero. Le llevará tiempo, pero está asimilando lo que pasó. Es fuerte, se recuperará. Y, aunque no se lo deseo ni a ella ni a nadie, esa horrible experiencia la convertirá en una mejor psicóloga a la larga.

—Por su perspectiva personal del sufrimiento emocional y psicológico.

—Sí.

—Antes de que Elin muriera, ¿tú eras tan buen psicólogo como ahora?

Alan arrastró los pies. Se metió las manos en los bolsillos y le dio una patada a la arena.

—Probablemente no —admitió.

—Pero es un precio enorme a pagar por ser bueno en lo que uno hace.

Asintió.

—Un precio realmente excesivo.

Pensativos, continuamos el paseo por las dunas. En un momento dado, nos cruzamos con una pareja, un hombre joven y una mujer que iban andando juntos. Ambos hablaban por sus móviles. A lo mejor estaban hablando entre ellos, al fin y al cabo, así son los tiempos modernos.

Me di la vuelta hacia Alan y dije:

—La gente te admira y te respeta.

Sonrió y se encogió de hombros tímidamente, como si le costara aceptar el cumplido.

—La gente también te admira y te respeta a ti —dijo.

—No lo he dicho para que me halagaras.

—No sueles hacerlo, y eso es parte de tu encanto.

Seguimos andando, alejándonos de la gente en dirección este, hacia las ruinas del castillo de Candleston, una mansión fortificada del s. XIV.

Mientras caminábamos sobre la arena, Alan me preguntó:

—¿Cómo te sientes respecto a los acontecimientos recientes?

—¿Respecto a Osborne?

—Ajá.

Me detuve un momento, luego dije:

—No creo en la pena capital, pero hay que admitir que hay gente que va demasiado lejos. Osborne tuvo lo que se merecía.

Alan asintió. Preguntó:

—Si te hubiera puesto al límite, ¿le habrías disparado?

—Sí —dije—. Lo habría hecho. ¿Eso me convierte en un monstruo?

Una sonrisa franca se dibujó en el rostro de Alan. Me pasó un brazo por los hombros y me dio un gran abrazo.

—La historia nos enseña que hay momentos en los que los ángeles tienen que guardarse las alas y coger las armas. Pasase lo que pasase, sigues estando del lado de los ángeles.

Le di un beso y dije:

—Estoy muy orgullosa de como manejaste la situación con Vittoria.

—Ajá.

—Lo que es más. Estoy muy orgullosa de ti. Te quiero y me gustaría convertir ese amor en algo permanente.

—¿A través del matrimonio? —preguntó Alan.

—Sí. Antes de que cambies de idea.

Se echó a reír.

—Nunca cambiaré de idea respecto a ti.

Mientras andábamos, cogidos de la mano y ajenos a todo y a todos, solo pensando el uno en el otro, Alan me preguntó:

—¿Tienes alguna fecha en mente?

—¿Qué te parece en algún momento del verano? Cuando hace sol y calor.

—No podemos controlar el tiempo —dijo encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Aunque llueva —dije—, siempre podremos estar juntos resguardados bajo un paraguas.

—Mano a mano.

Le besé de nuevo.

—Boca a boca.

—Muslo a muslo.

Rodamos por la arena riéndonos.

—No estoy segura de poder hacer eso —dije— y sujetar un paraguas a la vez.

—Bueno, no sé. —Alan sonrió. Me quitó el pelo de la cara y me plantó un beso largo—. Eres muy creativa.

Aunque tenía la cara roja como un semáforo, me daba igual. Estaba contenta. Más que eso, era feliz. Suspiré.

—Una boda de verano, entonces.

Alan asintió.

—Un matrimonio que durará para siempre.

—Hasta que el mundo se quede sin arcoíris.

—Hasta que suene la última melodía.

Le abracé y le besé.

—Hasta el invierno de nuestros días.

* * *

El canto de Sam

Hannah Howe

El amor duele. Para Derwina de Caro, cantante, icono femenino, sueño adolescente, el éxito traía consigo drogas, alcohol y un novio mujeriego. También traía dinero, fama y un acosador, o eso decía ella, y ahí es donde entré yo, para investigar la identidad de aquel acosador, sin pensar que el rastro me llevaría hasta un asesinato y un escándalo que permanecerían en los titulares de los periódicos durante meses.

El amor duele. Para mí, Samantha Smith, investigadora privada, el amor llegó al final de un puño. Primero, tuve que lidiar con una madre alcohólica, que

descargó sus frustraciones en mí durante mi infancia. Luego, mi esposo, Dan, que

veía la violencia doméstica como una parte esencial de nuestro matrimonio. Pero sobreviví y obtuve el divorcio, mantuve mi sentido del humor y un aire de optimismo. Establecí mi negocio y me gané el respeto de mis compañeros de trabajo. Sin embargo, no estaba preparada para el regreso de Dan a mi vida, ni para el afecto que me demostraba el doctor Alan Storey, un compasivo y apuesto psicólogo.

El canto de Sam. La historia de una semana que cambió mi vida para siempre.

Love and bullets *

Hannah Howe

Había transcurrido una semana desde el incidente en la cantera abandonada; una semana desde que me habían disparado y yo había matado a alguien; una semana desde que mi exmarido había sido asesinado. Pero la vida sigue. Me habían contratado para averiguar quién estaba enviando amenazas de muerte a la Dr. Ruth Carey, una psiquiatra controvertida. El rastro me condujo hasta dos delincuentes poderosos y, pronto, las amenazas de muerte iban dirigidas hacia mí; amenazas que aumentaron después de dos asesinatos.

Mientras tanto, después de años de violencia doméstica, yo intentaba organizar mi vida privada. El Dr. Alan Storey, un prominente psicólogo, afirmaba que me quería, y a mí él me atraía mucho. Pero los años de violencia me habían dejado cicatrices emocionales y era reacia a comprometerme a una relación.

Love and bullets es la historia de una semana dramática en mi vida, una semana de introspección, de autodescubrimiento y de redención.

* En proceso de traducción.

The big chill *

Hannah Howe

—¡Ayuda!

—¡Dios mío! ¿Quién la ha disparado?

—No lo sé.

—Qué desastre.

—Será mejor llamar al Dr. Warburton.

Luces brillantes. Un fuerte olor a antiséptico. Dolor. Nauseas. Estoy tan débil. El gato, ¿quién dará de comer al gato? Marlowe.

—Está balbuceando. Ha perdido mucha sangre.

Oscuridad.

—¿La hemos perdido?

¡No quiero morir!

Un revoltijo de imágenes: mi madre, mi padre, pero tiene la cara tan borrosa. ¡Papá! Nada. Un hombre frunciendo el ceño, tiene una aguja.

—Voy a dormirte. No sentirás nada. Tú solo cuenta desde diez.

—Diez, nueve, ocho...

Cuerpo dolorido de arriba abajo. No puedo mover el hombro derecho ni el brazo. Estoy muy cansada. Más pesadillas: demasiado oscuras para pensar en ellas; que alguien las haga desaparecer...

Sudor. Me ahogo. Me quedo sin aliento, es como respirar por primera vez. Parpadeo. Jadeo. Me intento levantar pero la cabeza me duele demasiado. Me duele todo, ¡pero estoy viva!

Estaba viva. Pero había un temporal de nieve sacudiendo la ciudad y un asesino acercándose. Me enfrentaba al momento más peligroso de mi vida y a la muy real

perspectiva de enfrentarme a la destrucción.

* En proceso de traducción.

Ripper *

Hannah Howe

Me encanta romper las normas

Jack Cardiff

Alguien estaba asesinando prostitutas, colocando sus cuerpos en la bahía y cubriéndolas con rosas. Para los medios de comunicación era Jack Cardiff; para el resto de nosotros, era un hombre al que había que temer y evitar.

Mientras tanto, yo estaba buscando a Faye Collister, una prostituta. ¿Por qué hacía la calle Faye, una mujer bella y de un entorno privilegiado? ¿Por qué había desaparecido? ¿Y cuál era su conexión con Jack Cardiff?

Al ir dando respuesta a las preguntas, hice un descubrimiento impactante; un descubrimiento que resonaría en mi cabeza el resto de mi vida.

Ripper, la historia de una semana de mi vida que dio nueva forma a mi pasado, perturbó el presente y me trajo promesas de un futuro incierto.

* En proceso de traducción.

The hermit of Hisarya *

Hannah Howe

Algunas personas no se detienen ante nada a la hora de perseguir riqueza y poder. De hecho, los codiciosos recurren a menudo al asesinato.

—Has pasado una temporada muy estresante últimamente —dijo mi prometido, el Dr. Alan Storey—. Me voy a Bulgaria a una conferencia sobre psicología, así que ¿por qué no te vienes conmigo y aprovechamos para ir de vacaciones también?

Gran idea, pensé. Pero, cuando llegué a Bulgaria, mi naturaleza curiosa me atrajo hacia un misterio que se remontaba a la Segunda Guerra Mundial. Aquel misterio implicaba a Emil Angelov, el Hermita de Hisarya. Mientras rebuscaba en el pasado, removí algunos fantasmas, lo cual condujo a un asesinato y a la posibilidad de pasarme el resto de mis días en una prisión búlgara.

The hermit of Hisarya, una historia de corrupción, de asesinato, de una mujer y el sueño que había tenido durante setenta y dos años; una historia que demuestra que el pasado, el presente y el futuro están intrínsecamente entrelazados.

* En proceso de traducción.

Secrets and lies *

Hannah Howe

¿Suicidio o asesinato?

La mayoría de la gente que conozco esconde secretos y muchos de ellos son expertos a la hora de contar mentiras. Pero, ¿cómo descubres la verdad sobre alguien que ya no está entre nosotros?

Barclay Quinton fue el autor de *Fabringjay*, la historia de un hombre que llevaba una vida secreta durante la Segunda Guerra Mundial, la cual fue bien recibida por los críticos, pero ignorada por los lectores; también escribió *Illicit Lust*, un libro que odiaba y que tan solo escribió para satisfacer a su agente y a su publicista. *Illicit Lust* se convirtió en un número uno en ventas, un hecho que molestaba a Barclay. Sin embargo, aquel éxito le abrió puertas y se dispuso a documentarse para su próxima novela, la historia de un mafioso que envejecía. La investigación de Barclay le puso en contacto con gente poco recomendable, incluyendo delincuentes, investigadores privados dudosos y encargados de clubes de stripteas. El informe oficial sobre la muerte de Barclay afirmaba que había cometido suicidio. No obstante, un amigo cercano insistía en que Barclay había sido asesinado y fui contratada para investigarlo.

Mientras tanto, en un terreno más personal, descubrí un secreto, la verdad sobre el que era mi compañero desde hacía mucho tiempo. ¿Era el hombre de mis sueños o nuestra relación estaba a punto de terminar?

Secrets and lies, una historia de amor, engaño y las muchas caras que todos poseemos: la cara pública, la privada y la profundamente personal.

* En proceso de traducción.

Enlaces de Internet

Para encontrar más información y detalles sobre Hannah Howe y sus libros, se puede visitar:

<https://hannah-howe.com>

Elogios a Hannah Howe y su serie de misterio de Sam Smith.

- Hannah Howe es una escritora con mucho talento.
 - La autora ha creado algo especial con esta serie.
 - Una joya de lectura.
 - Sam es un personaje encantador. Las valoraciones que hace sobre la gente que encuentra en su camino hacen que te rías de su retorcida mente. Otras veces, hace que llores por el dolor que ha sufrido.
 - Sam es el tipo de heroína que no da nada por sentado a la que no he podido evitar adorar.
 - *El canto de Sam* fue un hallazgo maravilloso y una lectura realmente apasionante. El primero libro de la serie de misterio de Sam Smith, ¡un primer libro ganador!
 - Sam es un personaje interesante y muy creíble.
 - Fascinante y verosímil a la vez. Muy bien escrito.
 - Sam es una heroína que desafía a los estereotipos.
 - Hannah Howe es una escritora fabulosa.
 - ¡No puedo esperar a leer el próximo de la serie!
 - *The big chill* es una lectura ligera, pero llena de mensajes poderosos.
 - La serie es cada vez mejor.
 - Lo que hace destacar a este libro por encima del resto de los *thrillers* de investigadores privados es la atención a los detalles, que lo hacen muy real.
 - Sam es un personaje redondo y muy auténtico.
 - Howe es una autora a tener en cuenta, capaz de cambiar el tono de ligero a profundo, haciendo la lectura fácil y a la vez muy gratificante. ¡Genial!
 - Fabuloso libro de una autora fabulosa. Lo recomiendo encarecidamente.
 - Howe crea personajes con profundidad y los hace muy interesantes.

- Me encanta el estilo conversacional relajado que la autora ha utilizado a lo largo del libro. Algunos de los coloridos modos en los que el personaje principal se expresa me han hecho reír.

- Me encanta el estilo literario de Hannah Howe: conmovedor en un momento, aterrador al siguiente, y gracioso en otro. Estaba en vilo rezando para que no le pasara nada a Sam y luego iba y soltaba un chiste o alguna ocurrencia y me hacía echarme a reír y quedarme sin aliento. ¡Me encanta!

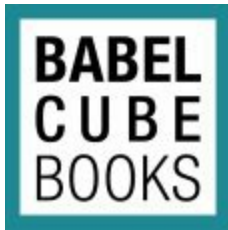
- *El canto de Sam* no es solo un libro ligero de suspense. Howe trata sobre drogas, abuso dentro del matrimonio, abuso infantil y más. Mientras que los temas sobre los que escribe son serios, Howe hace un trabajo fantástico a la hora de mostrar la dura realidad al lector a la vez que enseña que en la vida hay cosas buenas y esperanza de que lleguen tiempos mejores.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com